



BESOS QUE
DEJAN CICATRICES

Alissa Brontë

ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

BIOGRAFÍA

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Tereza, la hija de Dragos, decide empezar una nueva vida lejos de su padre y sus negocios ilegales la noche en que es testigo del asesinato de un joven en el sótano de su casa.

Benjamin MacKinney es el teniente del equipo de salvamento pero, desde hace un tiempo, participa en todas los combates ilegales organizados por Dragos con la intención de entrar en su mundo y vengar la muerte de su hermano.

La noche que Tereza sufre un fatal accidente, Ben será el responsable de su rescate y, a partir de ese momento, sus destinos quedarán unidos para siempre.

¿Qué sucederá cuando Ben descubra que la mujer a la que pretende utilizar para saldar la deuda con el hombre que más odia es la única capaz de iluminar sus sombras? ¿Podrá dejar de lado el rencor y darse la oportunidad de ser feliz?

**BESOS QUE
DEJAN CICATRICES**

Alissa Brontë

*Para todos aquellos que saben que un beso
puede dejar profundas cicatrices*

PRÓLOGO

Cuando se coló en la sala, situada en una zona de la casa prohibida para ella, no esperaba toparse con la visión que apareció ante sus ojos. Por fin entendió el porqué del empeño de su padre por mantenerla lejos de allí.

El ruido resultaba ensordecedor y su primer acto reflejo fue llevarse las manos a los oídos para amortiguar el sonido. No sabía dónde mirar, todo pasaba a una velocidad a la que no estaba acostumbrada y eso provocaba en su cuerpo una sensación parecida al vértigo... Mesas de juego, gente metiéndose coca como si fuese tan natural como coger un canapé de una bandeja, mujeres dejándose manosear como si sus cuerpos no valiesen nada... pero lo que más le llamó la atención de todo fue ver el espectáculo por el que todos jaleaban: la pelea en el ring.

Se acercó con disimulo. A pesar de odiar lo que estaba viendo, había algo mágico que la atrapaba en esa espiral de perversión y corrupción, algo que tiraba de ella y la obligaba a mantener los ojos abiertos de par en par para no perderse detalle. Y en el centro de todo: su padre.

Éste se paseaba por aquel reino de decadencia con una gran sonrisa en la cara y Elisa, su mejor adorno, iba colgada de su majestuoso brazo. Todos permanecieron en silencio cuando un hombre se situó en mitad del tatami, micrófono en mano, y empezó a presentar a los luchadores.

Uno de los dos contrincantes apenas se mantenía en pie. Era evidente que las drogas habían hecho estragos en ese joven, quien parecía haber sido guapo, pero que ya sólo era una sombra apenas con vida.

No podía creer que su progenitor permitiese que ese muchacho, que debía de tener más o menos su edad, fuese a pelear con el otro, quien, a su lado, parecía

un mastodonte. Iba a usarlo como un saco de boxeo; podía ver la sed de sangre en la mirada de uno y la necesidad de otra dosis en la del otro. No se equivocó, pues el más fuerte lo vapuleó sin piedad mientras todos en la sala se divertían y lo animaban a poner fin al sufrimiento del chico... pero su padre no podía aprobar aquello, ¿verdad?

En realidad nada de lo que veía entraba en su joven e inocente cabeza. Su padre siempre había sido receloso de hablar de sus negocios, pero ¿eso? La escena que se desplegaba ante ella no la hubiese imaginado ni en sus peores pesadillas, y su progenitor se paseaba por allí como un pavo real, presumiendo de su poder, de una autoridad que lo volvía tan osado que incluso era capaz de decidir sobre la vida de los demás.

Todos ovacionaron al contrincante que iba ganando cuando el chico cayó al suelo, luchando por seguir aferrado a la vida. En ese momento, salió de su escondite y se plantó frente a su padre, desesperada. Tenía que conseguir que esa atrocidad finalizase y que llevaran a ese pobre muchacho al hospital.

—¡Papá! ¡Detén esta salvajada ahora mismo! —exigió con lágrimas en los ojos.

Dragos, sorprendido al ver a su pequeña en ese sucio ambiente, ese que él había creado y con el que obtenía tantos beneficios, se quedó lívido. ¿Cómo había llegado su niña hasta allí? ¿Cómo había logrado entrar? Acabaría con los responsables de ese fallo, aquellos que debían encargarse de controlar que su hija nunca accediese a los sótanos de la casa.

—Tereza, ¿cómo...?

—Eso ahora da igual, papá, ¡detenlo! Lo va a matar —chilló mientras lloraba con amargura, desconsolada.

—Su vida no vale nada, hija.

—¿Su vida no vale nada, papá?

De repente el sonido del ambiente dejó de existir, desapareció cualquier ruido... sólo estaban ella y él, ese hombre al que adoraba y al que, de repente, creía no conocer. Estaba espantada, ¿su padre era un criminal? Sin duda lo era, todo lo que la rodeaba resultaba prueba más que suficiente de ello.

—Por favor... —rogó una última vez.

—Dragos... —intervino Elisa, que hasta ese instante se había mantenido en silencio. ¿Ella estaba al tanto de toda aquella barbarie?

—No puedo detener el combate, y él sabía lo que se jugaba, ha sido su elección.

El grito del público y el aullido del chico la obligaron a volver el rostro para ver cómo su oponente le propinaba una fuerte patada en el cuello y éste dejaba de luchar. El golpe le dolió a Tereza tanto como al joven. No quedaba apenas vida en su maltrecho cuerpo.

La chica quiso salir corriendo para subir al ring y detener personalmente aquella locura, pero su padre adivinó sus intenciones y ordenó a uno de sus gorilas que la agarrase por la cintura para levantarla y arrastrarla de vuelta a su habitación, aunque no sin que antes pudiese ver cómo, con una postrera patada en el pecho del muchacho, su contrincante acababa por romper el último hilo que lo sujetaba a la vida.

Con los ojos inundados por las lágrimas y sintiéndose culpable de haber disfrutado durante años de unos privilegios que habían sido pagados gracias a sacrificar la vida de chicos como ése, tuvo apenas tiempo de ver cómo lo sacaban de la zona de lucha arrastrándolo como si su existencia no importara nada, como si valiera menos que aire.

La discusión siguió en la planta superior, y Tereza quiso creer que su padre tenía una buena explicación, pero no la hubo. Aceptó todo con una naturalidad pasmosa; a sus ojos, ese hombre que lo había sido todo, se había convertido en unos segundos en un monstruo.

Esa noche supo que no podía seguir allí. Esa noche supo que el hombre al que quería y al que llamaba «padre» no existía. Había sido una ingenua y la habían engañado durante toda su vida, pero ya no lo harían más. Se iría y no regresaría jamás, y se marcharía con las manos vacías. Empezaría de cero, porque tenía claro que de ese hombre no querría nada nunca más, ni siquiera llevaría en adelante su apellido.

CAPÍTULO 1

Seis meses después...

Un ruido sordo la devolvió a la realidad. Parpadeó con fuerza y, al hacerlo, sintió como si su cabeza fuese a explotar, y con toda seguridad así lo haría.

Miró a su alrededor tratando de averiguar dónde estaba y qué había sucedido. Era tarde, los rayos plateados de la luna brillaban nítidos y le molestaban en los ojos. Al frente vio la pared; su coche estaba empotrado contra la dura superficie, y ella, al volante. Entonces pensó en lo que había ocurrido... Recordó el volantazo que tuvo que pegar para esquivar aquel vehículo, que ella iba demasiado deprisa pues trataba de escapar de ese coche que la perseguía, que terminó estampada contra un edificio... ese edificio.

Estaba a punto de salir y pedir ayuda, pero por suerte advirtió el sonido justo después de ver las chipas: un cable eléctrico.

Un cable de alta tensión se había roto debido al impacto y bailaba amenazante sobre su capó, sacando su lengua eléctrica para burlarse de ella. ¡Genial! Atrapada en su propio coche.

Golpeó enérgicamente el volante, desesperada, y el claxon chilló, rompiendo la quietud de la noche. Sabía que no podía salir, pues de hacerlo corría el riesgo de morir electrocutada.

Pero estaba tan asustada... Quizá los que la habían perseguido seguían por allí, en algún lugar cercano, esperando para rematar el trabajo. Además, le dolía la cabeza y sangraba por una brecha que se había abierto encima de una ceja, pero en ese instante nada de eso era tan importante como abandonar el maldito vehículo.

¡El jodido airbag no se había activado! ¿Por qué? No tenía ni la más remota idea, pero era consciente de que las quejas no le servirían de nada. Con todo, llevaba una semana horrible que acababa de empeorar y necesitaba desahogarse, así que gritó y lloró sin saber qué más podía hacer, aparte de permitir que el miedo, que no la dejaba pensar con claridad, escapase de su cuerpo a través de las lágrimas que humedecían su rostro y arrastraban con ellas restos de sangre.

Tras unos minutos tratando de discernir qué era lo mejor, recordó su móvil, pero entonces se percató de que todo el contenido de su bolso se había desparramado por el interior del coche y no fue capaz de dar con él. Sopesó sus posibilidades y decidió que, aunque no le hiciera ninguna gracia arriesgarse a salir del vehículo, no le quedaba otra opción para tratar de encontrar ayuda. Tomó aire para llenar sus pulmones de una seguridad que estaba muy lejos de sentir, cuando las sirenas interrumpieron sus pensamientos con su estridente alarido.

Antes de darse cuenta, las luces de un camión de bomberos y las de una... ¿ambulancia?... la tenían acorralada, sin escapatoria. Quienquiera que los hubiera avisado acababa de salvarle la vida, y tal vez también, si sus sospechas eran ciertas, la suya propia, porque, si detrás de su aparatoso accidente estaba alguno de los hombres de su padre, tenía la seguridad de que éste no les perdonaría tal descuido.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —preguntó una voz varonil y ronca desde el otro lado del cristal.

—Sí, eso creo, aunque estoy sangrando —dijo colocando su mano a modo de visera para ver con claridad tras la luz brillante de la linterna que la cegaba.

—No se preocupe. Ha hecho lo correcto quedándose dentro del coche —gritó.

—No quería freírme —soltó sin más.

La risa de su interlocutor resonó en sus oídos como un cosquilleo ardiente y, pese a la preocupación, rio también. Apenas podía verlo, el traje y el casco ocultaban casi todo de él; sin embargo, se movía con seguridad, era atlético —aunque eso era de esperar en un bombero— y su voz tenía una cadencia que se deslizaba como una lengua de fuego sobre la piel, erizándola.

Su profesión era la de apagar incendios, pero Tereza tuvo la sensación de que él era capaz de provocarlos tan sólo con su presencia.

—MacKinney —dijo de repente otra voz más aguda—, no podemos esperar a que llegue la compañía eléctrica. Mira esto...

Al percibir el tono de preocupación del otro bombero, su cuerpo tembló; estaba segura de que corría verdadero peligro. De repente se sintió desfallecer, confusa y rodeada de un murmullo que empezaba a colapsar sus oídos y no la dejaba oír ni entender nada.

Se centró en las palabras del otro bombero y observó sin más cómo su rescatador se agachaba para mirar los bajos del vehículo, y ésa fue la confirmación de que algo iba realmente mal.

Analizándolo desde una perspectiva racional, lo peor que podía pasar, ¿qué era? Que su coche perdiese combustible, algo lógico ya que la parte delantera había quedado como un acordeón al golpear primero contra un poste y, después, de rebote, contra la pared.

Respiró con fuerza y trató de relajarse, aunque, cuando se tiene la certeza de que se puede morir, eso resulta algo complicado.

—Señorita, vamos a tratar de apartar el cable de alta tensión de encima del vehículo, no podemos esperar más. Por favor, mantenga la calma.

—Tranquilo. Haga su trabajo.

MacKinney, ya nunca olvidaría su nombre, se alejó unos pasos hasta posicionarse junto al camión de bomberos, del que cogió una cuerda.

Pidió ayuda a su compañero y, entre los dos, pasaron la cuerda bajo el cable, que no dejaba de amenazarlos a todos con su baile furioso y resbaladizo.

Lograron pasar la soga por debajo del mismo y, con sumo cuidado, lo alzaron, trasladando el cable hacia una zona con dos pivotes de dura roca a los cuales lo sujetaron, gracias a la larga cuerda; durante ese proceso, el cable no dejó de quejarse y escupir chispas mortales.

Tereza respiró más tranquila cuando el bombero se acercó hasta su puerta y la abrió de un tirón para ayudarla a salir de allí. El hombre la abrumó por su envergadura... Dentro del coche parecía más grande, más fuerte y, aunque seguía sin poder ver su rostro, podía notar el calor que desprendía y ese aroma varonil mezclado con heroísmo que siempre pensó que tenían todos los hombres que, de alguna forma, salvaban el mundo... todo lo contrario a su padre.

El bombero le tendió una mano, ya desprovista de guante, y ella la aceptó sin rechistar. La calidez de su piel la traspasó y, al topar con sus ojos color avellana,

quedó fulminada, como si el cable de alta tensión la hubiese rodeado y le estuviese friendo las entrañas. Lo que no habían conseguido los esbirros de su padre, el accidente y el cable eléctrico, iba a conseguirlo él con una mirada: que su corazón se detuviese.

—¿Puede bajar sola o necesita ayuda? —se ofreció.

La verdad es que estuvo tentada a decir que era incapaz de salir sola, pues deseaba saber qué se sentía al ser rescatada por los brazos de un fuerte y apuesto bombero, pero negó con la cabeza, se desabrochó el cinturón de seguridad y abandonó el automóvil por su propio pie.

Él la ayudó a alejarse, pues cojeaba, hasta una zona fuera del alcance del maldito cable, que no dejaba de protestar y escupir destellos plateados que semejaban pequeños fuegos artificiales. MacKinney se quitó el casco y ella pudo ver su pelo, oscuro como la noche y alborotado por haber estado atrapado, sus mejillas afiladas, que mostraban una incipiente barba que peleaba contra la piel para salir de nuevo, y su boca... tan perfecta que no parecía real. El hombre le sonrió y aparecieron unos hoyuelos que acentuaron aún más su atractivo, impidiendo que los ojos de la chica se pudiesen apartar de él.

El cable, sin previo aviso, chisporroteó enérgicamente y Tereza se acobardó e, instintivamente, se refugió en los brazos de su salvador, descubriendo en ese momento lo dura que podía estar esa parte de la anatomía masculina. En sus clases, había visto muchos torsos, los había tocado antes de abrirlos, pero no era igual que eso, ¡ni de lejos! Ese hombre no tenía masa muscular, tenía acero bajo la piel. Y no era que estuviese deleitándose en plan sexual, ¡no!, sólo estaba constatando lo que conocía sobre anatomía humana... aunque cuando practicaba con los cadáveres nunca se quemaba.

—¿Está bien, señorita? —murmuró él con su tono ronco.

—Podría estar mejor, supongo... —mintió ruborizada, ¡estaba en la gloria!—. Me he asustado —susurró al mirar hacia sus ojos y ver que seguían muy cerca.

—¿Qué le ha pasado? ¿Ha perdido el control del vehículo?

—Eso parece.

Tereza tenía demasiados sentimientos diferentes en ese momento. Estaba inquieta por lo que había sucedido y también furiosa, porque estaba convencida de que quienes la habían perseguido eran esbirros de su padre... También estaba asustada, pues pensar en él así le provocaba escalofríos, pues no era quien había

creído que era durante toda su vida; la había engañado con respecto a la forma tan ruin como se ganaba la vida, y por ello lo odiaba.

—Debería ir al hospital con mis compañeros de la ambulancia —comentó el bombero mientras observaba la brecha que tenía sobre la ceja con detenimiento.

—Podría ir, pero no es necesario; estoy bien.

MacKinney le devolvió una sonrisa a cambio de ese comentario, a la vez que sus ojos no dejaban de mirar, curiosos, a la chica. Las manos de ésta se paseaban por su frente y estudiaban una herida que, por suerte, no era demasiado grave. Mientras lo hacía, él no podía evitar agradecer mentalmente la suerte que había tenido esa noche... pues como caída del cielo le había llegado la solución a su problema. El caso es que llevaba un tiempo acechando a esa joven, pues necesitaba conocer todo lo que pudiese de Dragos para acabar con él como él había arrasado con lo único que tenía... y, de repente, por casualidad, acababa de convertirse en su héroe.

Y podía ver en su mirada que había despertado su interés. ¿Qué mujer se resistiría a su héroe? Y, para qué engañarse, la muchacha era preciosa... Tenía una mirada penetrante, como si se hubiese llevado toda la luz de la que Dragos carecía, y no podía evitar sentir esa atracción que sin duda no debería experimentar, pues ella era una parte del hombre que más detestaba y despreciaba.

—Van a tener que darle puntos. Le quedará una bonita cicatriz de la que presumir. —Sonrió para disimular lo que de verdad hervía en su interior.

Tereza no pudo evitar que su boca se curvara imitando el gesto... Si él supiera la de cicatrices que tenía...

—Inspector —se dirigió a él uno de los sanitarios—, ¿cree que podemos revisar ya a la joven?

—Sí, perdonad. Parece que está bien, tal vez una leve conmoción y algunos puntos que habrá que ponerle sobre la ceja, poco más.

—Estoy de acuerdo con el diagnóstico. ¿Qué hay, Manuel?

—¿Tereza? ¿Eres tú? ¡Dios! ¿Estás bien?

—Sí, de verdad, no es nada.

—¿Os conocéis?

—Estudia medicina, va a ser doctora, ¿verdad?

—Eso espero, todavía estoy en tercer curso.

—No le haga caso, es un genio. Va la primera de clase. Estoy con ella en algunas asignaturas y se lo puedo asegurar.

Manuel era un joven técnico sanitario que trabajaba, igual que ella, para pagarse los estudios. Habían empezado juntos el mismo año y se llevaban bien; había sido una verdadera casualidad, una más, que su unidad atendiese ese aviso.

—Así que doctora, ¿eh?

—Algún día. —Se encogió de hombros y sonrió.

—Deja que te examine.

—Estoy bien, en serio, Manuel —repitió mientras el chico tocaba el cuerpo de la chica en busca de más heridas. Una vez que le hubo comprobado el pulso y que el examen previo no indicó ningún síntoma neurológico, se quedó más tranquilo.

—Tenemos que irnos. Encantado, doctora...

—Tereza, sólo Tereza. —Sonrió al estrechar su mano.

—Inspector del cuerpo de bomberos Benjamin MacKinney, de la brigada de salvamento.

—Gracias por el rescate. —Le dedicó una última sonrisa y se alejó.

Manuel la acompañó hasta la ambulancia e insistió en quedarse con ella en el hospital para su tranquilidad, a pesar de que Tereza no lo creía necesario.

—Doc, no se preocupe por el parte y los trámites con la Guardia Civil. Ya me encargo yo, tengo contactos.

—No lo dudo —afirmó Manuel mientras, de forma eficiente, cerraba la puerta de la ambulancia.

Se alejaron del sitio donde había tenido lugar el accidente, dejando allí a su rescatador. ¿Dónde se habría metido el otro bombero? Ni siquiera le había agradecido su buen hacer, pues había quedado cegada por la mirada del inspector y no se había acordado de darle las gracias a su otro héroe. Tendría que arreglar eso.

Una vez en el hospital, la reconocieron y confirmaron que estaba sana y salva. Tal y como Benjamin había pronosticado, le pusieron algunos puntos, aunque no los suficientes como para coser todas las cicatrices que tenía dentro.

Dejó el hospital al amanecer, hambrienta y cansada, y se detuvo a comprar algo para comer en un local que abría todos los días del año, las veinticuatro horas del día; allí compró lo que se le antojó.

Luego su primer impulso fue ir a coger su coche, pero, claro, eso resultaba imposible, porque éste sin duda seguía empotrado contra la pared, así que llamó un taxi y, sin saber muy bien por qué, le pidió al conductor que la llevase al lugar de trabajo de su particular y guapo héroe.

CAPÍTULO 2

El taxi se detuvo en la acera de enfrente del parque de bomberos; bajó y pagó en efectivo tras indicarle que no era necesario que la esperase. La verdad era que le temblaban las rodillas, ¿qué demonios estaba haciendo? Por lo general no se comportaba de esa forma... pero había estado a punto de morir y tenía miedo de que los hombres de su padre la próxima vez lograsen cogerla y llevarla junto a él sin que ella hubiese vivido de verdad y, ese inspector parecía estar lleno de vida y poseer la experiencia que a ella le faltaba.

El lugar estaba tranquilo, así que decidió curiosear un poco. Se dijo que, si no lo encontraba, llamaría a otro taxi para que la llevase de regreso a su casa, aunque en realidad ésta no estaba demasiado lejos de allí, calculaba que a unos veinte minutos andando.

Se asomó por la puerta de entrada, que la estaba invitando a pasar pues estaba abierta de par en par, y vio la sala donde supuso que descansaban entre intervención e intervención. El reflejo de un televisor y unas piernas sobre una mesa baja la advirtieron de que el resto del cuerpo al que pertenecían descansaba en el gastado sofá marrón de cuero que tenía frente a ella.

Todo estaba en silencio y se dio media vuelta para marcharse, ya que acababa de arrepentirse de lo que fuera que había pensado con anterioridad. ¿Qué hacía allí? Suspiró, rindiéndose a la tontería que había estado a punto de hacer; con total seguridad su manera de proceder era culpa del golpe, de la conmoción.

Salió del parque de bomberos antes de que nadie la viera y, cuando estaba a punto de marcar el número de la central de taxis, decidió que lo mejor era irse a casa dando un paseo, así despejaría un poco la mente. Tenía mucho en lo que

pensar.

Llegó a su apartamento al cabo de más de media hora, rendida. Le dolía la cabeza por la colisión, pero estaba tranquila porque no había sido nada grave, a pesar del susto. Se quitó la ropa, sucia después de tanto trajín y del accidente, y se dirigió al baño para darse una ducha. Sentía que la necesitaba más que comer o que el aire que respiraba. Al ver su reflejo en el espejo, ahogó un jadeo. Estaba horrible. Menos mal que se había largado de la estación de bomberos antes de que él la viera, pues parecía una aparición. Tenía el pelo revuelto y pegajoso en las puntas, en las que la sangre que había manado de la brecha sobre la ceja se había secado. La parte derecha de la cara estaba inflamada, y en ese momento, además, con unos bonitos puntos en la frente. La zona empezaba a verse morada por la contusión, y el maquillaje estaba en todos lados menos en su sitio. ¡Un espanto! No entendía cómo a ese hombre no le había dado un infarto cuando la rescató.

Se metió en la ducha y dejó que el agua caliente se llevase la suciedad, el estrés y los restos de sangre reseca. Se sentía tan bien bajo el chorro, tan relajada, que no pudo evitar que su mente viajase de nuevo a su intensa mirada, a ese pecho que había podido palpar por encima de la ropa y, sobre todo, recordar esos malditos hoyuelos que le otorgaban un aspecto de niño canalla.

Salió de la ducha al cabo de un largo rato y, al pasar por el salón, decidió que tenía más cansancio que hambre y se metió en la cama. Esperaba no sufrir pesadillas, para variar, y deseaba con todas sus fuerzas soñar con su atractivo héroe.

* * *

El sol entró por la ventana con fuerza. Se había olvidado de bajar la persiana del todo y la claridad se colaba por las rendijas de ésta, iluminándolo todo con delicados haces de luz. Parpadeó confusa, ¿dónde estaba? Por un momento no lo tuvo claro; las imágenes de lo acontecido la noche anterior aparecieron en tropel y la dejaron fuera de juego unos instantes, hasta que se dio cuenta de que estaba sana y salva en su habitación.

El primer sollozo la pilló desprevenida y ya no pudo retener los que llegaron detrás. Sólo había dos opciones para lo que había ocurrido, y ninguna le parecía

buena. La primera era que los matones de su padre la estuviesen vigilando y que hubiesen provocado de forma accidental la colisión. La segunda era que su propio padre la quisiera muerta y ése hubiese sido el objetivo de los esbirros que la perseguían... pero, aunque Dragos fuese quien era, ¿de verdad iba a querer eliminarla del tablero? Deseaba creer que no, aunque tampoco podía convencerse de que esa posibilidad no tuviese una buena base en la que sostenerse, pues nada en su vida había sido real... Ni siquiera Elisa, su madrastra, era la esposa de su padre en realidad; la había comprado, como hacía con todo lo que poseía.

Al cabo de un largo rato, ya más relajada, se levantó y se fue directa al salón. Tenía hambre, no había probado bocado desde el almuerzo del día anterior, y, además, tenía clase en un par de horas y luego turno en el bar, así que comió algo de lo que había comprado la noche anterior y después se marchó a la facultad sin poder quitarse de su dolorida cabeza al hombre que la había salvado; era como si su recuerdo se hubiese grabado, con el fuego que él se dedicaba a extinguir, en su mente.

Las clases se le hicieron eternas, y tuvo que dar explicaciones de cómo y porqué tenía ese lamentable aspecto a sus compañeros que no dejaron de acribillarla a preguntas para satisfacer su propia curiosidad.

Cuando la última asignatura acabó, estaba feliz de poder irse a trabajar. Sólo anhelaba que allí no la molestaran también con lo mismo, pero no fue así, pues lo primero que hizo su jefe al verla ocupar su lugar tras la barra fue mirarla fijamente y asentir con la cabeza, como si que se presentase con ese aspecto fuera algo que se pudiese esperar de ella.

—Tuve un problema ayer noche —se justificó, aunque él no le había preguntado nada.

—¡Joder! ¿Qué pasó? —preguntó el gorila del local—. ¿A quién tengo que partirle las piernas?

—A nadie; sufrí un accidente de coche cuando volvía a casa.

—¿En serio? ¿Te encuentras bien?

—Sí, aparte de las magulladuras, nada grave.

—Pues, si estás bien, ¡menos hablar y más trabajar! —gritó su jefe, siempre tan amable.

Éste prefería que lo llamasen así, «jefe», en vez de por su nombre, que

Tereza ni siquiera conocía. Era un hombre mayor y malhumorado para el que nunca curraban lo suficiente, pero pagaba bien y ella dependía de ese dinero... pues necesitaba hasta el último mísero céntimo que pudiese ahorrar para poder costearse la carrera y pagar el alquiler del pequeño apartamento, así como un coche que ya no tenía.

Empezó su turno tras la barra; ella se encargaba de que no le faltara a nadie bebida, pues las apuestas eran algo exclusivo del jefe. Había otro chico con el que apenas había hablado con el que se intercambiaba los turnos, Alberto o Álvaro, no estaba segura ni de cómo se llamaba. En la única conversación que había mantenido con él, habían canjeado, más que palabras, algunos sonidos parecidos a gruñidos.

El local se fue llenando poco a poco y el calor, apoderándose de todo. En el fondo se sentía mal porque le gustaba el ambiente y no podía evitar odiarse porque le hacía pensar que tal vez, en el fondo, era como su padre.

—Te —interrumpió sus divagaciones Aitor, el chico que hacía las veces de guardaespaldas y portero—, tienes visita —explicó señalando con la cabeza a un tipo que estaba entrando en el bar.

—¿Yo? —interrogó sorprendida.

—Sí, han preguntado por ti en la puerta —confirmó mientras señalaba a los que la andaban buscando.

Al ver al que iba delante, tuvo miedo y deseó salir corriendo de allí, pues se dijo que se trataba de los matones de su padre. ¿Se la llevarían a rastras del local? ¿Aitor podría con ellos? El primer tipo parecía... fiero... pero entonces se fijó mejor y lo vio a él, a MacKinney. Venían juntos. ¿Qué querían?

El joven inspector pareció darse cuenta de su temor y le sonrió para calmarla, algo que no surtió efecto, porque acababa de ponerse más nerviosa que nunca antes en su vida. ¿Cómo le podía resultar alguien tan atractivo sin apenas conocerlo? No tenía una explicación convincente, lo único que lo explicaba eran los músculos que se definían bajo la camiseta de manga corta y ver esas fuertes piernas bajo los ajustados vaqueros. Parecía otro y, si con el traje de bombero era ya seductor, vestido así era capaz de incendiar a alguien, a ella en concreto.

—Buenas noches, sólo Tereza. —Sonrió recordando lo que ella le había dicho la noche anterior.

—Buenas noches, inspector —saludó sin saber muy bien cómo había podido

pronunciar una sola palabra.

—Éste es el teniente Ferrer. Quiere hacerle unas preguntas sobre anoche.

—Buenas noches, señorita —dijo serio.

Tereza miró al guardia civil; era un hombre algo más mayor, pero también muy atractivo. Se movía con una seguridad que envidiaba en esos momentos, porque ella no tenía ninguna, ni siquiera sabía cómo era capaz de mantenerse en pie... y encima tenía la cara morada y algo inflamada todavía.

—¿Qué desea saber, teniente? Como ya le conté al inspector, tan sólo perdí el control del coche. Creo que últimamente no he dormido lo suficiente.

—Señorita, puede confiar en mí. Si necesita ayuda... —intervino Ferrer, sin estar convencido del efecto que eso causaría.

—Necesito ayuda, pero no de la que usted me pueda brindar. —Sonrió para quitarle hierro al asunto, que se estaba poniendo peliagudo—. Tengo que estudiar para los exámenes finales, aunque eso sin duda debo hacerlo yo solita.

—Está bien... Sólo quería asegurarme de que el accidente de ayer fue algo fortuito. De todas maneras, si en algún momento necesita algún tipo de ayuda, pregunte por mí en la Guardia Civil.

—Gracias, aunque, como acabo de decirle, teniente, estoy perfectamente.

—Pues no lo parece, la verdad —intervino de repente Ben, que se había mantenido, hasta ese instante, al margen.

—Bueno, son sólo unas magulladuras. Ayer noche me atendieron en el hospital y comprobaron que todo estaba bien —murmuró girando el rostro para ocultar al máximo el lado afectado y los puntos de sutura.

—¿Regresó a casa directamente desde el hospital?

—Sí, cogí un taxi. ¿Por? —En ese momento sí que temblaba, ¿la habría visto la víspera en el parque de bomberos?

—Por nada, el caso es que vi a alguien que me recordó mucho a usted —soltó como si nada.

—Bueno, tengo una cara muy corriente, me lo dicen a menudo —replicó, deleitándose con una bonita sonrisa—. ¿Quieren algo de beber?

—Dos botellines de cerveza —pidió.

—¿No trabaja hoy, inspector? —se atrevió a indagar.

—En el turno de noche, pero aún me quedan unas horas —explicó sonriendo. Se alejó para coger la bebida de los frigoríficos donde tenían los tercios y

respiró con calma. ¿Estaba asustada o nerviosa? Definitivamente, las dos cosas.

Regresó y les entregó las cervezas.

—Aquí tenéis, chicos —dijo dirigiéndose a ellos igual que al resto de clientes.

—Gracias, Doc —contestó Benji, dedicándole una sonrisa que le llenó los ojos.

Su corazón palpitó más fuerte y rápido de lo normal y se marchó a seguir desempeñando sus quehaceres. Estupendo, ahora tenía que concentrarse en lo que hacía no sólo por el cansancio y el dolor de cabeza que aún persistía, sino porque no quería mirar al sitio de la barra donde se habían sentado y sus ojos se empeñaban en fijar la vista justo ahí.

—¿Tú qué crees?

—Que la perseguían, aunque eso sólo lo sospecho, pues cuando llegamos ya había impactado contra la pared. Nosotros volvíamos de un aviso y pasamos por allí por casualidad; si no lo hubiéramos hecho, podría haber muerto por culpa de un cable de alta tensión cortado. No puedo decirte nada más, Ferrer.

El local cada vez se quedaba más pequeño por la afluencia de clientela, pues se iba llenando de todo tipo de gente; algunos de los presentes no le gustaban ni un pelo, pero al menos tenían a ese chico grande para poner orden si hacía falta... Aunque ése no era su problema, o tal vez, de alguna manera, sí lo era, porque él quería ser quien la destrozara para luego dejarla en la puerta de Dragos, igual que ese monstruo había hecho con su hermano... sólo que el padre de Tereza no se había dignado dejarlo en su puerta, ni siquiera en la calle, sino que lo había tirado a un puto contenedor de basura, sin vida. Solo. Había muerto solo.

Apretó la mandíbula y cerró los ojos con fuerza un instante, como si con ese acto reflejo fuese a ser capaz de borrar la imagen de Adam mezclado con los desperdicios.

—¿Sigues yendo? —rompió sus pensamientos el teniente.

—Conoces la respuesta a eso.

—Sabes que no debes hacerlo, nosotros nos encargaremos.

—Era mi hermano pequeño. ¡Joder, Ferrer!, tengo que hacer esto, por mi propia salud mental.

—Pero, si la cosa se pone fea, sabes que no podré hacer nada para ayudarte. Cuando estoy allí metido soy Khaos, no Ferrer.

—No te preocupes por mí, tengo mi propio plan para acabar con Dragos. Cuando lo lleve a cabo, no te va a costar ningún esfuerzo detenerlo —declaró fijando sus ojos en Tereza. ¿Cómo podía alguien podrido hacer algo así de hermoso?

—Ten cuidado, he visto cómo la miras —susurró Ferrer, centrando sus ojos hacia donde él lo estaba haciendo.

—La miro como a la hija del hombre que más odio.

—¿Nunca has oído decir que del amor al odio tan sólo hay un paso?

Benji lo encaró y brindó con la cerveza para darle luego un largo sorbo; no, no la miraba de ninguna forma especial, ella sólo iba a ser el medio que le permitiría llegar a su fin. A través de esa chica conseguiría destrozar a Dragos y dejarlo tan mal como estaba él.

Tereza no dejaba de espiar hacia los dos hombres; no podía oír de qué hablaban, ya que el local estaba cada vez más lleno de gente y de ruido, así que trató de no darle importancia y se dejó atrapar por la vorágine de los que ganaban y de los que se quejaban porque acababan de perder.

Al cabo de un rato, Benjamin se situó frente a ella.

—¿Cuánto es, Doc?

—Déjelo, inspector, yo invito.

—Gracias, pero prefiero pagar —replicó, depositando un billete de diez euros encima de la barra—. ¿Es suficiente con eso?

—Me gustaría agradecerle de alguna forma su rescate. —En cuanto lo hubo dicho en voz alta, se dio cuenta de lo mal que había sonado eso, aunque... ¿había sonado mal o exactamente como quería?

—No hace falta, es mi trabajo; hubiera actuado del mismo modo por cualquiera.

—Aun así —continuó diciendo, mientras esbozaba una sonrisa que no sentía—, me gustaría invitarlo a la cerveza.

—Quizá en otra ocasión, Tereza. —Se despidió dando un último sorbo al botellín y dándole un par de golpecitos al billete sobre la barra antes de desaparecer.

Ella observó cómo salían del bar y se quedó pensando en qué significarían sus palabras. ¿Quería verla otra vez? Ella, desde luego, se moría de ganas de verlo a él.

CAPÍTULO 3

Tereza no pudo apartarlo de su mente en toda la noche. ¿Eso había sido una invitación real o bien era lo que ella anhelaba que fuese? A medida que la noche avanzaba, seguía sin saber qué hacer. Le apetecía mucho conocerlo más, pasar algún tiempo con él a solas. Le gustaba, eso no podía negarlo, ni tampoco podía negar que era muy atractivo.

Al final se dijo que, al finalizar su turno, se dirigiría a la estación de bomberos y preguntaría por él. También quería darle las gracias al otro compañero que la había rescatado.

Era tarde cuando se largó el último cliente y más tarde todavía cuando salió del local. Estaba agotada y hambrienta. Se dirigió a su sitio favorito, ese que siempre estaba abierto, y compró unos bocadillos, unas cervezas, agua y unos dulces. Se proponía invitarlo a una cena tardía o, quizá, a un desayuno temprano, lo que más le apeteciera.

El taxi la dejó en la puerta del parque de bomberos y, de nuevo, el valor que había tratado de reunir la estaba abandonando y se sentía desfallecer, y a eso tenía que sumar la pinta que llevaba. Desde luego no estaba en su mejor momento... pero era lo que había.

Respiró con fuerza y se encaminó a la puerta principal, que estaba entreabierta. Todo permanecía tranquilo, como la noche. El silencio que la rodeaba sólo se veía interrumpido por el ruido que emitía algún que otro coche que pasaba esporádicamente y por el sonido de algún bicho que no pensaba molestarse en identificar.

Caminó sin saber muy bien qué coño hacía allí, ¿estaba loca? Tal vez el accidente sí que la había afectado más de lo que creía. Se estaba dando ya la

vuelta para irse —otra vez sin saludarlo, pues su valor, debía confesarlo, se había esfumado; era una cobarde— y entonces lo vio por la pequeña ventana de plástico de la puerta del garaje. Sin duda era él.

Disfrutó de esa espalda bien torneada, tanto que al moverse dejaba entrever cada músculo bajo la piel, resaltados por los movimientos. Hacía algo en el camión de bomberos, pero no fue capaz de distinguir qué, aunque de repente se imaginó esos movimientos sobre ella, su cuerpo retorciéndose de placer entre sus piernas, ambos gimiendo al compás del deseo que los embargaría y nublaría sus mentes... ¡Mierda! ¿Estaba húmeda? Lo estaba. Muy húmeda. No aprendía. Debería salir de allí pitando; si un hombre al que apenas conocía provocaba que lo deseara de tal forma, eso era síntoma inequívoco de que era peligroso para ella.

Pero es que ese Benjamin tenía algo... «¡Venga, Tereza! ¿Algo?» Lo tenía todo, como un cartel en mayúsculas y con luces de neón sobre su abdomen con una flecha apuntando justo hacia abajo, hacia aquello en lo que estaba pensando y que le gritaba que era la bomba en la cama... y ella estaba tan necesitada... Quería comprobar si de verdad era, como imaginaba, puro fuego.

Suspiró al recordar cuánto había sufrido al abandonar su hogar y, con él, al chico con el que salía; éste trabajaba para su padre y descubrir que Dragos era quien era... había sido demasiado. Había salido pitando de esa casa de la que no quería nada, y ni siquiera podía confiar en que, lo que Cosmin había declarado sentir por ella, fuese real; eso le partió el alma, como todos los de ese lugar. ¡Ni siquiera podía creer ya en Elisa! ¡Si su padre la había comprado!

Tenía que irse. Sólo habían pasado algo más de seis meses y no podía seguir ahí, arriesgándose; si Benjamin la rechazaba... no sabía cómo iba a encajarlo. Todavía quedaban muchos agujeros en su casa por tapar como para dejar que el tejado, que era lo único intacto, saliese volando por culpa de un capricho debido a un cuerpo de infarto.

Eso debía de ser, tenía alguno de esos famosos síndromes, de los que no era capaz de recordar el nombre, porque él la había rescatado. ¿Quién podría resistirse a un hombre así que te salvaba de una muerte segura?

Si la rechazaba, no tendría por qué importarle, tampoco sería la primera vez que le sucedía... Además, hacía ya mucho tiempo que había llegado la igualdad de género, ¿no? ¿Por qué ellos podían recibir un «no» y seguir adelante como si

nada y para las mujeres eso mismo tenía que suponer hundirse en la miseria?

Decididamente, no estaba dispuesta a algo así; era joven, era cierto, pero había perdido la inocencia de golpe y porrazo... y ese golpe y el porrazo habían sido astronómicos. Así que, ¿qué tenía de malo experimentar un poco de alivio con ese hombre que la hacía sudar en todos los recovecos de su cuerpo? ¿Qué tenía de malo que tomara la iniciativa? Se ganaba el pan con el propio sudor de su frente y, además, no estaba dispuesta a seguir como sus antepasadas... algunas de ellas habían luchado muy duro para avanzar en una sociedad dominada por el sexo masculino como para que ella diese entonces un paso atrás. No, no iba a retroceder. Ese hombre le gustaba, así que iba a intentar tener una cita con él, y nada ni nadie conseguirían detenerla.

Suspiró con fuerza y se giró para entrar por la puerta que la separaba de su héroe, cuando, por sorpresa, chocó, otra vez, con un muro, aunque en esa ocasión éste era de carne humana... dura como una roca, pero carne.

Iba sin camisa, sudado, despeinado... con el rostro cubierto por la capa de vello que en ese momento era más notoria que en las dos ocasiones anteriores que se habían visto.

Iba a morir. Necesitaba con urgencia su manguera dentro de ella, apagando el fuego que acababa de provocar. Le faltaba el aliento, se sentía como un pez boqueando fuera del agua desesperado por obtener oxígeno y su sexo palpitaba desbocado en busca de algo parecido; no aire, pero sí alivio.

¿Cómo era posible sentir esa clase de atracción por un hombre que estaba segura de que le destrozaría el corazón? Lo desconocía, no podía compararlo con nada, pero ahí estaba ese extraño y poderoso sentimiento, como un imán. Y no deseaba alejarse.

—Buenas noches otra vez, Doc... —susurró MacKinney sonriendo.

—Buenas noches, inspector —contestó ella lo más serena que pudo.

—¿Qué la trae por aquí?

—Pasaba a invitarlo a una cena algo tardía.

—Pues ya he desayunado —bromeó.

—¡Ah! Bueno, lo siento —dijo algo cortada.

Resultaba evidente que no estaba interesado en ella y, sin embargo, no podía dejar de mirarlo embobada con cara de lobo feroz babeando por su víctima. ¿En serio el lobo del cuento se comió a la abuelita, o fue al revés?

—Entonces, ¿qué le parece si comemos juntos más tarde...? —probó de nuevo, esgrimiendo un valor que no sentía.

—Lo lamento, no puedo.

—Entiendo —aceptó desilusionada.

Debería haber barajado la posibilidad de que simplemente no le pareciera atractiva, tal vez ni siquiera para un polvo.

—En ese caso, me marcho —anunció sin más.

—Verá, doctora —su voz la detuvo—: Como sabrá, hay quien dice que, a veces, las víctimas se sienten atraídas por sus rescatadores, pero no se preocupe, porque en media hora se le pasará.

Tereza lo miró sorprendida; era la prueba definitiva de que era la clase de hombre que podría destrozarla sin importar las consecuencias. «¿Media hora?»

—¿Media hora? —repitió, esta vez en voz alta.

—Media hora. —Sonrió cruzando los brazos sobre su fornido pecho—. Tendría que saberlo, es médica —soltó con burla.

—Está bien, entonces, ¿cree que dentro de media hora, inspector, ya no voy a querer comer con usted...? —«O comerte a ti», pensó.

—Eso creo. Firmemente —murmuró acercándose más a ella.

De nuevo el calor invadió su cuerpo, dejándola sin aliento. Sus ojos eran como dos trozos de carbón que quemaban su piel, recubriéndola de una ligera capa de sudor.

—De acuerdo, inspector. Nos vemos en una hora.

Tereza tenía clara una cosa: no iba a dejar que la amedrentase; ni siquiera lo había conseguido su padre, siendo quien era, así que no se lo iba a permitir a un guapo bombero, quien, aunque parecía morder fuerte, seguramente sólo sabía dar lametazos.

—No va a aparecer. Estoy seguro de ello —insistió.

—Si aún tengo ganas de verle dentro de una hora, ¿comerá conmigo? —«O mejor todavía, ¿a mí?».

—Sí, nada me gustaría más. —Sonrió mientras se secaba las manos con un trapo que hasta entonces ella no había visto.

—Está bien, hasta ahora entonces.

Cogió la bolsa repleta de comida y cruzó la calle para sentarse en el bordillo de la acera frente al parque de bomberos. A su espalda había un parque con

bancos y altos setos, pero quería que la viera allí, esperando.

El inspector la miraba pensativo; lo sabía porque había cruzado, de nuevo, los brazos bajo el pecho. Ese gesto le hacía parecer más fuerte y rudo, incluso algo salvaje... peligroso.

No le quitaba los ojos de encima y ella, despacio, sacó algo de lo que había adquirido y, sin molestarse en mirar lo que era, se lo llevó a la boca. Estaba muy rico. Era un *shawarma* de pollo. Cogió también una lata de cerveza y cruzó las piernas a la altura de los tobillos tras estirarlas sobre la calzada, apenas transitada a esas horas de la madrugada.

Su héroe desapareció de su vista, supuso que a seguir haciendo aquello que estaba haciendo cuando llegó, y decidió dejar que todo el estrés de lo que había pasado la noche anterior la abandonase. Todo había sido de locos... Estaba tan tranquila de camino a su casa y, en segundos, casi muere.

Darse cuenta de que podría haber fallecido le hizo replantearse muchas otras, y decidió que iba a hacer lo que le diera la gana en cada momento, porque tenía claro que, con un padre como el suyo, su futuro no estaba asegurado.

Comió con calma, planteándose con seriedad la posibilidad de largarse. ¿De verdad le merecía la pena? ¿Tan desesperada estaba por estar con un hombre? ¿Con *ese* hombre? ¿O era tan sólo el deseo de no irse porque él le había asegurado que sí lo haría pasada media hora? No pudo evitar reconocer que su mirada encerraba algo oscuro, algo que le recordó, durante unos segundos, a su padre. Esa misma mirada que parecía encerrar turbios secretos, un reto más por desentrañar que añadir a la no poco extensa lista de cosas de ese inspector que la atraían poderosamente. Esa misma mirada que la observaba con seriedad mientras cruzaba la calle que los separaba.

—Veo que sigues aquí —interrumpió su tranquilidad.

—Sí, te espero... y ya han pasado sesenta y un minutos.

—Pensaba que te irías, debes de estar cansada; por si no lo recuerdas, tuviste un accidente hace poco más de veinticuatro horas.

—Si no quieres comer conmigo, no hay problema, inspector —replicó malhumorada, levantándose.

La verdad era que no tenía por qué aguantar ese desprecio; era tan fácil como decir que no le apetecía estar con ella y ya.

—Espera...

—A ver, si no te apetece que comamos juntos, perfecto. Somos mayorcitos... no voy a morir de pena por eso.

—Yo no he dicho tal cosa.

—¿Entonces? ¿Qué quieres decir, inspector? —preguntó mientras se acercaba a él, demasiado. Pudo sentir ese calor que desprendía y de nuevo tuvo la sensación de que ese cuerpo contenía demasiado voltaje y que corría el riesgo de morir electrocutada.

Lo que no había conseguido el cable eléctrico lo iba a conseguir ese hombre que parecía no tener claro lo que quería, ¿y ella sí?

La miraba en silencio, y por un instante creyó que iba a despacharla, pues abrió la boca, aunque no dijo nada. Cansada de ese juego que tal vez él estaba disfrutando, pero ella no tanto, se giró molesta y frustrada. Quizá ésa era su táctica con las demás mujeres; tal vez sólo era un depredador que conocía a la perfección las técnicas de caza, pero ella no estaba dispuesta a seguir esperando a que se decidiera; se lo estaba poniendo fácil, ¿no?

Se dijo de pronto que quizá era eso precisamente, que lo estaba privando de la emoción de la cacería, pero eso era lo que podía ofrecerle, no estaba para perder el tiempo, bastante mal le habían ido las cosas hasta entonces. Además, tampoco es que fuera muy difícil, ¿verdad? Era una mujer adulta que mostraba interés en un hombre que presumía que estaba soltero, al menos no llevaba anillo, pero, si no era correspondida, pues otra vez sería... aunque se quedara con las ganas.

—Adiós. Por favor, dale estos dulces a tu compañero de mi parte; a ti he podido agradecértelo, pero a él no lo he visto más. Dale las gracias por el rescate.

Empezó a dar pequeños pasos, como si su cuerpo se resistiera a alejarse, y entonces la llamó.

—Doctora, espera —murmuró.

En el momento en el que su voz la detuvo, supo que lo deseaba de una forma inexplicable; sus muslos se habían humedecido y su corazón latía desbocado como un semental salvaje al galope.

Al darse la vuelta, lo vio... algo en su mirada tan frío como el hielo que se fundió enseguida para dejar paso a la calidez de sus oscuros ojos. Si algo había aprendido durante esos últimos seis meses era a prestar atención, pues después

del engaño y la traición de su padre no se fiaba de las personas con facilidad y siempre estaba alerta, leyendo en los ojos y los gestos para encontrar algo que le diese pistas sobre la personalidad de los demás. Con el inspector que la había salvado le era casi imposible.

—Vamos a ver qué has comprado para desayunar. —Sonrió dirigiéndose a uno de los bancos del parque.

—No tienes por qué hacerlo, si no te apetece; ya te he dicho que no voy a morirte por un desplante.

—Tal vez tú no, pero yo sí me muero... de hambre —bromeó.

Tereza asintió sin añadir nada más y se sentó a su lado en el duro banco, donde colocó las bolsas de papel que ya comenzaban a mostrar la humedad que la comida que contenían iba dejando escapar con lentitud.

El silencio se posó sobre ellos. Tereza sacó de una de las bolsas un bocadillo de queso y le dio un bocado. Cogió otra cerveza y se la llevó a la boca. Podía sentir sus ojos clavados en ella y su pulso tembló. Unas gotas de cerveza resbalaron por su barbilla y, avergonzada, fue a limpiarse con una servilleta cuando notó los dedos del inspector sobre su delicada piel, recogiendo las gotas ambarinas.

Los ojos de la chica se dilataron por la sorpresa y un leve rubor cubrió todo su cuerpo cuando se llevó los dedos húmedos por la cerveza a la boca y los lamió. Tereza tuvo que obligarse a tragar el gemido junto con el bocado, aunque no logró ahogarlo del todo.

Al oírla, sonrió complacido.

Era evidente que se sentía atraída por él y, además, tampoco pretendía ocultarlo, y al inspector no parecía desagradarle o, tal vez, tan sólo sentía ganas de cazar.

—Delicioso —murmuró.

Quería decir algo, pero ¿qué? «¿Gracias?» «¿Tú también estás delicioso?» Por tanto, prefirió permanecer en silencio y acabarse el bocadillo.

Él abrió las bolsas y sacó otro bocata y una botellita de agua, a la que dio un largo sorbo antes de empezar a comer.

—Así que estudias medicina...

—Sí, eso parece.

—¿Qué sucedió anoche? ¿Cómo terminaste estampada contra una pared?

Tereza no podía contarle la verdad. Era un secreto que tenía que guardarse para sí, aunque también sabía que liberarlo le quitaría un gran peso de encima, pues era muy difícil tener que llevar esa carga sobre los hombros: conocer la identidad de un traficante de los más peligrosos y que encima, para colmo, éste fuese su padre...

—Ya se lo he dicho a tu amigo antes, el teniente de la Guardia Civil. No lo sé, creo que vi un coche, apareció de la nada, y al tratar de esquivarlo... tan sólo perdí el control.

—Tuviste suerte de que regresábamos de un aviso y pudimos sacarte pronto de allí... Todo podría haber tenido un final diferente.

—Podría haber muerto —dijo.

—Podrías haber muerto, sí —afirmó.

—De todas formas, no es como si alguien me fuese a echar de menos.

—¿No tienes familia? —preguntó confuso. Él sabía quién era ella.

—Sí, tengo, pero como si no la tuviera. No tenemos relación.

—Lo siento.

—Yo no —sentenció sin más.

Ben la miró y no pudo evitar notar otra vez esa sensación que no debía sentir por ella, como de protección. Recordaba los rumores referentes a que había discutido con su padre, pero no pensó que fuese hasta el punto de romper completamente la relación con él. Aun así, no debía olvidar que era la hija del Dragón al que deseaba arrancar las escamas, una por una.

¿Y qué mejor forma de hacerle daño que lastimando profundamente lo máspreciado que tenía? Ella, eso estaba claro, se sentía atraída por él y ése sería su punto de partida para iniciar su anhelada venganza.

—¿Y tú? Pareces de fuera.

—Mi padre era norteamericano; conoció a mi madre en la base de Rota, le hizo un par de barrigas y luego la dejó.

—Lo siento.

—Yo también, pero nos apañamos bien, incluso cuando mi madre falleció víctima de un paro cardíaco.

—Mi madre también murió —comentó ella sin más. Le resultaba fácil sincerarse con ese extraño, había algo entre ellos que le inspiraba confianza, seguridad... Quizá porque había arriesgado su vida para salvar la de ella y eso

tenía que contar, ¿no?—. ¿Y tu hermano? ¿A qué se dedica?

—¿Mi hermano?

—Bueno, o hermana. Acabas de decir que tu padre le hizo un par de barrigas —repitió sus palabras.

Una sombra tan oscura como una nube de tormenta cruzó su mirada. Su rostro se puso algo pálido y las manos empezaron a desmigalar el trozo de bocadillo que aún tenía entre ellas.

—Me gustaría enseñarte mi casa. —Sonrió, cambiando de tema radicalmente.

—¿Tu casa? —preguntó confundida.

—Sí, el parque de bomberos. Es mi casa ahora; paso mucho tiempo aquí y todavía no he buscado un lugar donde alojarme. —Benjamin prefería que no supiera mucho sobre él.

—Yo alquilo una habitación —mintió. Pero ¿por qué demonios había dicho eso? ¿Estaba loca?

—¿En serio?

—Sí, en serio —contestó entre dientes. Era una pésima mentirosa.

—Me lo pensaré. ¿Vamos?

—Sí, me gustaría echar un vistazo a tu casa por dentro.

—Te advierto que en este momento no hay muchos compañeros, estaremos prácticamente a solas.

—Eso ha sonado como una proposición indecente.

Se levantó sonriendo y cogió su mano, tiró de ella y la acercó a su duro pecho.

—Lo es —murmuró.

En ese instante dejó de respirar y de pensar, su cuerpo era tan sólo capaz de lubricar.

CAPÍTULO 4

Sin pensarlo demasiado, lo siguió. Sabía que no se trataba de un juego y que acaba de aceptar una proposición más que comprometida, pero tampoco es que fuera algo tan malo, ¿verdad? De hecho podría ser muy bueno... Eran dos adultos que se atraían y que podían compartir un rato juntos y después... adiós muy buenas.

Benji se dio la vuelta para ver si lo seguía y le dedicó una seductora y traviesa sonrisa que sacó algunas arrugas a sus ojos y que provocó que el corazón de la chica se encogiese tanto que dejó de latir.

En ese instante sí que estaba nerviosa.

«Calma, Tereza, calma. Es sólo un hombre. ¿Sólo un hombre? ¡Una mierda! ¿A quién quiero engañar?»

Notó que el vello de su nuca se erizaba y, aunque procuró normalizar su estado, fue incapaz. Éste la inquietaba realmente. ¿Qué tenía para hacerla sentir así? No estaba segura, pero de lo que sí estaba convencida era de que lo iba a averiguar en breve.

—Ésta es la sala de descanso. En ella vemos la tele, comemos, nos relajamos... mientras estamos de guardia, como ahora. Las cocheras están allí —dijo señalando el lugar donde lo había encontrado arreglando lo que fuera del camión— y más allá —señaló una puerta a la izquierda— tenemos un gimnasio para mantenernos en forma.

—Deduzco que lo usas mucho —comentó en voz baja, pero él la oyó y dejó escapar una sonrisa.

—Y por aquí —murmuró cogiéndola de la mano— están las duchas y los dormitorios. Ése es el mío, y mi despacho está justo al lado.

—¿Tienes despacho?

—Sí, para algo soy el jefe —presumió.

Tereza guardaba silencio mientras observaba el lugar; todo parecía impersonal... gris y rojo eran los colores que predominaban, y él ponía el toque de luz y a la vez el de oscuridad.

Caminó unos pasos para ver lo que le mostraba y se llevó los brazos al abdomen para controlar el leve temblor que la sacudía. Respiró profundamente cuando notó que los brazos de él la rodeaban, llenándola de calor.

—Hola, doctora —susurró logrando que cada centímetro de piel se le erizara, como si su aliento la acariciase por entero.

—Hola, inspector —contestó.

—Has vuelto.

—Sí, he vuelto.

—Me alegra —afirmó.

Sus brazos dejaron la cintura femenina y la giraron, para ponerla luego contra la pared. A continuación colocó los brazos sobre la dura superficie, acorralándola con ellos y dejando que la chica se deleitara con la fuerza que mostraban sus músculos flexionados. Inclino la cabeza y la acercó a su boca, que se había quedado tan seca que la saliva parecía haberse vuelto tan áspera como puñados de arena que le impidiesen respirar.

Tereza se fijó en sus facciones, marcadas, fuertes, masculinas... en sus ojos oscuros y en su boca, y advirtió que tenía una cicatriz que partía su labio superior.

Estudió su rostro, aprovechando que en ese momento la luz daba de lleno en sus profundos ojos oscuros, y no pudo evitar acariciar con la punta de los dedos la cicatriz. Resultaba algo extraño, porque sentía una urgente necesidad de besarla, de probar a qué sabía, comprobar si estar con él se parecía en algo a lo que imaginaba y, a la vez, necesitaba prolongar esa sensación, esa expectación. Tenía que alargar ese nudo que se apretaba en sus entrañas y que la dejaba sin aliento.

—Me lo partieron en una pelea —explicó con los ojos cerrados al sentir la suavidad de la piel de ella contra la aspereza de la suya.

Eso provocó un escalofrío en Tereza, quien no pudo evitar recordar la imagen de ese joven perdiendo la vida frente a ella sin que pudiera hacer nada

por evitarlo. ¿Estaría él involucrado de alguna manera en esos asuntos con su padre? No, ¿para qué? Era inspector del cuerpo de bomberos, se dedicaba a salvar vidas, ¿qué sentido tendría que pretendiese destrozar la suya?

—La verdad es que no sé si quiero oírlo. Si me contases algo que infringiera la ley, tendría el deber, como buena ciudadana, de denunciarlo ante las autoridades y no creo que ser bombero y estar bajo arresto resulte lo más adecuado.

—La verdad, doctora, es que la idea de que me esposen no me desagrada en absoluto, aún menos si las esposas me las pones tú.

«¡Oh, Dios mío! ¿Acaba de decirme lo que creo que he oído, o es una alucinación producto de mi mente?»

Tereza percibió cómo su humedad descendía como lentos ríos de lava entre sus piernas para mojar su ropa interior; el calor recorría su sexo, causándole espasmos. La imagen de ese hombre esposado a su cama sin poder evitar que ella se deleitase lamiendo cada centímetro de piel se grabó en su mente. Ahogó un jadeo y él pareció adivinar lo que pasaba por su cabeza, porque le dedicó una mirada de arriba abajo más que reveladora.

Nunca antes se había sentido tan excitada y mucho menos sin que ni siquiera le hubiesen puesto, todavía, una mano encima. Cuando lo hiciera, ¿qué le iba a suceder? ¿Combustión espontánea? Eso como poco...

—No sé qué decir al respeto, inspector MacKinney.

—Sólo que no te importaría tenerme esposado.

—No me importaría en absolut... —Antes de poder terminar la frase, la boca de Benjamin estaba sobre la de la mujer.

Sus labios, gruesos y suaves, la devoraban ansiosos; su lengua se adentraba en su boca, poseyéndola, tratando de doblegarla, de esclavizar su voluntad con sus apasionados besos.

Las manos recorrieron sus costados y se ciñeron a su estrecha cintura, apretándola contra él. Jadeó en su boca. Él la apisonó más y con ambas manos le acarició la espalda hasta perderse en la nuca y enredar sus dedos en los mechones de su pelo.

Gruñó y Tereza no pudo evitar emitir un sonido animal también; eso le dio más confianza al hombre, que llevó sus manos a la cintura de nuevo y la elevó, apoyándola contra la pared hasta que su sexo quedó a la altura del de él, que la

esperaba erecto y endurecido.

Ninguno pronunciaba palabra, tan sólo dejaban que los besos y las caricias hablasen por ellos. La mano masculina, sin previo aviso, apresó la de ella y la arrastró al dormitorio.

Una vez a salvo de posibles miradas indiscretas, la pasión tomó las riendas de la poca razón que gobernaba sus cuerpos en esos momentos. Las manos fueron despojando de ropa el cuerpo del otro, desesperadas por acariciar la piel desnuda. Los dedos de Tereza dibujaron las ondulantes formas de su cuerpo, y su boca no dejó de besarlo, sin que quedar saciada pareciera posible; mordió ese labio lleno y se deleitó en el perfecto trasero apretando la carne dura con ambas manos, dejando que sus gruñidos animasen las rudas caricias. Antes de darse cuenta, estaba casi sin ropa, sobre él.

La cama parecía demasiado pequeña y débil para soportar su arrebató. Tereza necesitó recuperar algo de aliento y dejó que su mirada descansara en la de él; era realmente atractivo y su piel ardía bajo sus dedos. Las manos de Ben acariciaron su vientre y uno de sus dedos se coló en su ombligo. Estaba sentada sobre su estómago con nada más que las pequeñas braguitas puestas; su trasero quedaba justo sobre su pubis y sus ojos le indicaban que estaba desesperado por penetrarla. Tenía esa mirada que empañaba la visión y deformaba las formas, esa mirada ruda, salvaje, esa mirada animal.

—¡Joder! —soltó de repente, algo que lo sorprendió incluso a él—. Eres preciosa —murmuró mientras sus dedos caminaban por los muslos femeninos hacia el interior de ellos, donde se topó con la humedad que destilaba.

Uno de ellos osó acariciar los mojados labios y un espasmo de placer recorrió la piel de Tereza como una pequeña descarga eléctrica. Benji gruñó, un sonido gutural y primitivo que reverberó en su pecho al saber que estaba lista para él. Sólo para él.

—Y ahora, doctora, ¿qué va a suceder? —preguntó excitado.

Tereza notó cómo su miembro golpeaba contra su trasero; casi podía jurar que había notado la humedad que desprendía. Pensó que examinar a ese hombre era lo más apasionante que había hecho nunca, con diferencia.

—Ahora voy a explorarlo, inspector, en profundidad.

Benjamin ahogó otro gemido; oírle decir eso había sido condenadamente sexy.

—Todo suyo, doctora —consiguió emitir en un susurro, con esa voz como el terciopelo rasgándose.

Tereza no se contuvo; no iba a volver a verlo, iba a ser sólo esa ocasión y seguiría adelante con su vida... al menos hasta que su padre lo permitiese, así que dejó que la fiera que trataba de mantener a raya y oculta en su interior saliera para cabalgarlo hasta dejarlo... hasta dejarlo sin alma.

Se deshizo de la ropa interior mientras él se colocaba un condón y dejó que la penetrara con exasperante lentitud. Cuando estuvo llena de él, se inclinó hacia atrás y cerró los ojos para disfrutar de ese momento, que tenía la certeza de que sería único.

Tras el impacto inicial, se alzó de nuevo y volvió a dejar que su sexo resbalase con calma por el miembro masculino, que, aunque no le parecía posible, crecía más a cada segundo. Después de repetirlo varias veces, dejó que sus manos vagaran por el duro abdomen mientras aceleraba el ritmo de sus movimientos sobre él. Ondulaba su cuerpo para amoldarse a su placer, y besaba su boca para grabar su sabor en ella.

Ben jadeaba, perdido en la pasión que esa mujer, inesperadamente, había despertado en él y obligó a sus ojos a permanecer abiertos para no perderse ninguno de sus movimientos, ninguna de las expresiones de su rostro. Estaba extraviado, pues se olvidó de todo, incluso de su propósito. Por un instante nada le importó, sólo se dejó llevar, disfrutar. Pasión, deseo y lujuria era todo lo que podía sentir, nada más, y resultaba adictivo.

Tereza aceleró el ritmo de su cuerpo con desespero por encontrar su alivio. Él se tensó bajo su peso, a la vez que ella arqueó la espalda hacia atrás para dejar que el orgasmo la fulminara con su impresionante fuerza. Llegó al clímax entre gritos y jadeos, estremecida por la intensidad que la embargó hasta dejarla paralizada, sin fuerzas, feliz, satisfecha...

Al oírla alcanzar su satisfacción, se unió a ella explotando en su interior, disfrutando del placer que le había dado y que ella le regalaba. De repente, cuando pensaba que ya no podía sentir con mayor intensidad, Tereza se inclinó hacia delante, apoyó las manos sobre sus hombros y lo cabalgó con furia.

Cada movimiento salvaje le hizo sentir más, alargar más el placer, y pensó que iba a perder la cordura. Nunca antes había sentido tanto con alguien, era como si le hubiese dado... vida.

Una vez satisfecho, trató de recuperar el aliento con los ojos cerrados y recordando cada minuto de placer que acababa de experimentar. Notaba su sexo aún inflamado secretar dentro de ella, podía sentir cómo se mezclaban, cómo se hacían uno.

Tereza, cuando percibió que no podía más, se dejó caer sobre su pecho, y su boca descansó en el hueco del cuello del hombre que retumbaba con fuerza gracias al latido acelerado de su corazón. La boca de Benjamin quedaba justo sobre su oído y se deleitó al oírlo jadear para recuperar el aliento mientras sus manos le acariciaban la espalda y el trasero.

Perdió la cuenta del tiempo que pasaron así, sumidos en ese silencio que queda después de saber que el sexo ha sido más que simple sexo.

Los primeros rayos del sol entraron por la pequeña ventana sin cortinas de la habitación y la avisaron de que todo había llegado a su fin. Igual que en un cuento de hadas, la luz del día había roto el hechizo que la noche había echado sobre ellos como una suave manta.

No quería que él saliera de ella, necesitaba quedarse sellada a su cuerpo, permanecer para siempre en una dulce y larga hibernación de placer. Podía sentir el calor de su piel calentar la suya y fue en ese preciso momento cuando tuvo claro que no iba a ser igual con ningún otro, porque con nadie más había sentido tanto... pero ¿era posible colgarse así por alguien a quien apenas conocía y basándose en el subidón que tenía por ese increíble revolcón? Aunque hubiese sido el mejor de su vida... o, mejor dicho, el mejor de todas las vidas que pudiera vivir, ¿era eso posible?

Ese pensamiento la asustó por su magnitud y decidió que había llegado la hora de irse. Era lo mejor, para ambos.

—Lo siento, Benjamin, he de irme —susurró.

Él no dijo nada; parecía confundido, como si el que debiera decir eso fuese él.

—¿No quieres darte una ducha?

—No, gracias, mejor me la doy en casa. Estoy agotada.

—Vaya, no me lo esperaba.

—¿El qué? ¿Que me fuera? No creerías que iba a reclamarte algo más, ¿no? Somos adultos, esto ha sido sólo un polvo. No voy a pedirte nada.

—No quería insinuar...

—No te preocupes, MacKinney, conozco a los de tu clase.

—¿A los de mi clase?

—Sí, los que no quieren comprometerse, los que sólo quieren un revolcón intenso y corto, sin ataduras. No te angusties, tampoco soy la típica mujer que sueña con casarse, tener hijos... así que estás a salvo.

—¿Eso significa que no voy a verte de nuevo, Doc?

—Bingo. —Sonrió guiñándole un ojo—. Adiós, inspector MacKinney; ha sido un verdadero placer.

Se alejó mientras se recogía la melena oscura en una cola que peinó con los dedos y se marchó de allí satisfecha, húmeda y... ¿feliz?

CAPÍTULO 5

Tras la ducha pensó en dormir un poco; luego tenía clase y después turno en el bar y no contaba ya con muchas energías, pues la intensa actividad y estar bajo el agua la habían relajado. Se metió en la cama sin molestarse en ponerse el pijama y cerró los ojos para descansar, cosa que no sucedió. No pudo quitárselo de la cabeza en ningún momento; las imágenes de lo sucedido se mezclaban en su mente, creando un *collage* de situaciones que la confundían.

Rememoró cómo la sacó de su coche, que en ese instante era como una bomba de relojería a punto de estallar; pensó en sus manos cálidas, en la fuerza y seguridad que irradiaba, en su maldita sonrisa con hoyuelos, en su cuerpo desnudo dispuesto a pelear para después rendirse al placer que habían compartido...

Se movía sin descanso entre las sábanas en ese estado entre la realidad y los sueños, los recuerdos resultaban tan reales que casi podía sentir sus manos sobre su piel desnuda, sólo que esta vez él la dominaba a ella.

Al cabo de unas horas que se le hicieron eternas, el hambre pudo al cansancio y se levantó a comer; de todas formas estaba claro que no iba a poder pegar ojo, así que tiraría de corrector de ojeras y salvaría el día como pudiera. Sólo esperaba estar tan agotada cuando regresara del trabajo para caer rendida en la cama y dejar de pelearse mentalmente con él, que es lo que había hecho hasta entonces.

Después de degustar una lasaña precocinada que le quedaba en el congelador, se vistió, se peinó y cogió la bolsa con los libros para irse a la facultad; afortunadamente sólo tenía dos clases esa tarde, porque no se veía con ánimo de aguantar muchas más.

Era temprano, pero, teniendo en cuenta que no tenía coche... su coche, ¿qué demonios habría sido de él? Ni siquiera se le había ocurrido preguntar por éste ni interesarse por si la grúa lo había llevado a algún sitio... ¡nada! ¿En qué estaría pensando? En que había estado a punto de morir y en ese guapo bombero que parecía empeñado en prender fuegos en vez de apagarlos; desde luego no sólo su cuerpo estallaba en llamas al verlo, al parecer su cerebro también.

—¡Mierda! —gritó frustrada.

—Buenas tardes para ti también, Doc. ¿Café?, ¿chófer? —oyó; era una voz que sonaba como el terciopelo al rasgarse. ¿Era él?

Se giró y se topó con el inspector, quien parecía... ¿esperarla?

Parpadeó un instante para asegurarse de que estaba allí de verdad. ¿Era Benjamin? ¡Maldita sea! ¡Sí lo era! ¿Qué querría? No podía creerlo, lo tenía frente a ella e incluso así no podía creerlo. Vestía ropa de calle: unos vaqueros azules desgastados y un jersey azul marino que en vez de ocultar su musculoso cuerpo parecía destacarlo aún más. Llevaba el pelo despeinado de la misma forma en la que le quedó al quitarse el casco de bombero en aquel primer encuentro y, lo peor de todo, esbozaba esa jodida sonrisa casi infantil, adornada por esos condenados hoyuelos que resultaban una mezcla explosiva.

Se dio cuenta, a pesar de esa distancia, de que no se había afeitado y de que sus ojos brillaban con esa oscuridad tentadora que poseían. Se le hizo la boca agua, sobre todo porque ya sabía lo que era tenerlo dentro, verlo gemir y sudar, sentir el placer que era capaz de dar y tomar...

Sus muslos se mojaron y su sexo comenzó a palpitar tan aprisa como lo hacía su propio corazón.

—Gracias, acepto el café —consiguió decir—, pero me las puedo apañar sin coche. Por cierto, inspector, ¿sabes dónde está el mío?

—En el desguace; se lo llevó la grúa. Lo siento, se me pasó decírtelo; me distraigo con facilidad —susurró mirándola con descaró a los ojos mientras le ofrecía uno de los cafés y el otro se lo llevaba a esa generosa boca de la que, todavía, no había olvidado el sabor.

—Vaya... ha quedado inservible... —comentó más para ella que para los oídos de él.

—Lo lamento, pero ha quedado hecho una pena. Cuando lo vi a la luz del día, me impresionó; la verdad es que no sé cómo te hiciste sólo ese rasguño,

Tereza.

Oír su nombre enlazado a esa suave voz le erizó el vello de la nuca... y el de otras zonas más al sur.

—No es culpa tuya, es que soy muy torpe.

—No es algo que debas ir confesando por ahí, si piensas ser médica; no inspira confianza.

—Supongo que tienes razón, Benjamin —replicó.

—Supuse que no tendrías vehículo para ir a la universidad.

—Cierto... tendré que arreglármelas sin coche. Ahora, inspector, te doy las gracias por el café, pero debo dejarte; tengo prisa.

—¿No quieres utilizarme de nuevo?

«¡Sí! ¡Mil veces sí!», gritó su mente.

—Gracias, pero debo irme o no llegaré a tiempo. Por cierto —añadió antes de marcharse—, ¿cómo has sabido dónde vivo? ¿Me acosas, inspector? ¿Tendré que llamar a tu amigo el guardia civil para que te espose?

—Cada vez que puedes, doctora, sacas a relucir lo de tenerme esposado... Ya te dije que no me importaría.

MacKinney sonrió y el corazón de Tereza se desbocó de nuevo y supo que era el momento de poner distancia entre ambos.

—Gracias otra vez por el café —contestó sin más.

—Entonces, ¿te acerco?

—No creo que sea una buena idea.

—Ya, porque soy un tipo para usar y tirar... Me ofendes, doctora —dijo como si realmente lo hubiese agraviado.

Era encantador, no podía negarlo. ¿Qué tenía de malo que la acercase a la universidad? Nada. Eran adultos y no tenían que darle explicaciones a nadie, al menos ella.

—Benjamin...

—Prefiero que me llames Benji.

Tereza lo miró un instante y suspiró. Era verdaderamente guapo; no, no era guapo, ésa no era la palabra que en realidad le iba bien a cómo era su aspecto... era interesante. Tenía un atractivo salvaje que se mezclaba con ese aire infantil que aparecía, al igual que sus malditos hoyuelos, cada vez que sonreía.

—Benji, lo de anoche fue sólo...

—Creo que eso debería decirlo yo, ¿no?

—¿Por qué? ¿Acaso a las mujeres no puede apetecernos tener una noche de sexo sin compromiso?

—Supongo, aunque por lo general...

—Por lo general, ¿qué? ¿Tan acostumbrado estás a que todas quieran darte caza? Pues lo siento, inspector MacKinney, pero no es mi caso.

—Vale, lo entiendo. Tienes que centrarte en tus estudios, en tu trabajo... me parece bien.

—Perfecto. Adiós.

Tereza se alejó de él tratando de caminar y no de correr, como en el fondo le apetecía, aunque tampoco es que tuviese fuerzas para ello. Ese hombre ejercía un extraño magnetismo en ella que la hipnotizaba y que la hacía desearlo con todo su ser, pero no era posible. No había tiempo para el amor en esa etapa de su vida y estaba segura de que no resultaría difícil caer en esa trampa con él.

Tomó un sorbo de café y se relamió, estaba riquísimo; entonces se dio cuenta de algo... era como si un coche la siguiera, despacio. El vello de su nuca se erizó al recordar el accidente y la corazonada de que su padre estaba detrás de todo no hizo más que acrecentarse.

Miró de refilón y su miedo se tornó en sorpresa cuando descubrió que el vehículo que la seguía era el del guapo bombero.

—Esto es acoso, inspector.

—Sólo quiero asegurarme de que llegas bien, no vaya a ser que tengas otro accidente.

—¿Vas a ir a veinte por hora todo el rato hasta el campus?

—Sí.

—Ya te he dicho...

—Lo sé, que sólo fue una noche; el problema es que no estoy de acuerdo.

—No estás de acuerdo, ¿en qué?

—En que sólo sea una noche. ¿Qué tiene de malo que nos veamos una vez más?

—Si permito que me lleves a clase, ¿luego me dejarás en paz?

—Puede.

—¿Puede?

Era incorregible, pero no le apetecía seguir dando el espectáculo en mitad de

la calle y, además, el resto de los vehículos se lo agradecerían, ya que estaba provocando un atasco sin razón alguna.

—Está bien, llévame a la facultad.

—Todo un placer, princesa.

—Si vuelves a llamarme así...

Prefirió no decir nada más. Ese apelativo le había dolido en lo más profundo, pues su padre siempre la llamaba de esa forma y ella lo había creído, igual que el resto de sus mentiras.

—Vale, vale... de todas maneras, más que una princesa, eres una fiera. — Guiñó un ojo, sonriendo.

Tereza se subió al coche y se abrochó el cinturón. No quería y no debía, pero era inevitable. Cuando lo miró para decirle que no le gustaba que la chantajeasen, él la esperaba con una preciosa sonrisa en la cara que hizo que su corazón se detuviera un instante para coger velocidad, porque, al segundo, comenzó a latir a mil por hora.

Llegaron a la universidad sin apenas hablar nada. De repente se sentía cohibida, como si lo hubiese hecho todo al revés y ahora no tuviera nada que decir.

—Tereza —dijo aparcando el coche en la puerta del edificio en el que acudía a clases—, sé que nos hemos conocido de una manera un poco accidentada —sonrió de nuevo—, pero me gustaría, de verdad, quedar contigo. Sólo un café. Charlar, conocerte.

—¿Por qué?

—¿Por qué?

—Sí, ¿por qué? Ya te has acostado conmigo, te he dicho que no hay compromiso ninguno, ¿qué más quieres? No pareces el tipo de chico que se mete en una relación ni que se preocupa por conocer de una mujer más allá de sus gustos en la cama.

—Bueno, supongo que tú eres especial.

—Vale, con eso ya me has conquistado —se burló.

—Tal vez con eso no, pero ya veré cómo conseguirlo, doctora.

Tereza no pudo evitar devolverle la sonrisa; luego abrió la puerta del vehículo y se giró para decirle adiós. Al hacerlo, se percató de que él se había acercado a ella y se encontró a pocos centímetros de su rostro.

Por un momento quedó paralizada, pues él la dejaba sin voluntad. Aunque no quisiera reconocerlo, lo que en realidad le sucedía era que sabía que podía caer rendida a él y no podía permitirse ese lujo, el amor no daba nada más que problemas. Pero es que era tan... tentador.

—Que pases una buena tarde, Tereza —susurró tan cerca que pensó que iba a besarla, pero no lo hizo; por el contrario, se alejó y la dejó con las ganas de ese beso que no había llegado a producirse y con esa sensación de que se estaba volviendo tonta.

—Adiós —contestó al salir del coche y cerrar la puerta más fuerte de la cuenta. No estaba segura, pero juraría que el sonido de una carcajada la siguió hasta que traspasó la entrada del edificio.

CAPÍTULO 6

Benji la observó alejarse; estaba seguro de que casi casi la tenía. Estaba disfrutando de la resistencia que la chica quería autoimponerse, aunque no era capaz de disimular en su mirada su verdadero anhelo. Sabía que lo deseaba y, por mucho que quisiera convencerse de ello, estaba seguro de que la víspera había significado mucho más que sólo sexo de una noche para ella.

¡Cómo lo había sorprendido verla allí! Además... además nada; no podía permitirse el lujo de pensar en su mirada, ni en su risa, ni en esa soledad que parecía rodearla. De todos modos, ella sólo era el medio para conseguir su fin y eso no podía perderlo de vista, por mucho que le jodiera... porque había sido con diferencia el mejor polvo de su vida, con mucha diferencia.

Arrancó el coche y se marchó a hacer los turnos. Le hacía falta librar ese fin de semana porque había organizada una competición callejera y clandestina en la que el ganador tendría la oportunidad de participar luego en la casa de Dragos. No todos podían acceder a eso, y ni siquiera lograr estar allí una vez aseguraba que pudieses volver.

Tenía que hablar con Ferrer, aunque éste ya le había dejado muy claro que no podía ofrecerle cobertura de ningún tipo allí dentro. Aun así, necesitaba que acabaran con Dragos de una vez por todas, sin ninguna piedad, exactamente como éste se había mostrado con su hermano.

Pensar en Adam le hizo dar un golpe al volante y apretar el acelerador. Siempre le sucedía lo mismo... Esa ira que no podía controlar, esa rabia y esa necesidad imperiosa de vengarse lo cegaban. Sin embargo, tendría paciencia, sabría esperar y, cuando Tereza no pudiera quitárselo de la cabeza, en cuanto tuviese su corazón, no dudaría en dejarlo inservible y se aseguraría de que

deseara estar muerta y en un puto contenedor de basura; mientras tanto, debía seguir su plan. Ya tendría tiempo de dejarle frente a su casa a una hija destrozada por el dolor de la pérdida. Quería que Dragos sintiera aunque sólo fuera una décima parte del dolor que assolaba su alma desde que había perdido a su hermano.

Llegó molesto al parque de bomberos y se encerró en su despacho. No le importaba hacer turnos extra ni algunas noches de más con tal de quedarse libre el fin de semana. Además, los chicos se alegraban de librar todas las noches posibles y tampoco es que él tuviese un auténtico hogar al que regresar.

Una vez terminada su tarea administrativa, se metió en el gimnasio a la espera de que llegara algún aviso y la tomó con el saco de boxeo. Eso lo dejó K.O. debido a unos minutos intensos que lo agotaron y le robaron el aliento, aunque eso era sencillo cuando lo que sus ojos veían no era el saco, sino el rostro del Dragón escupiendo fuego.

Era tarde cuando, consumido, abandonó el gimnasio. Vio a Martínez y lo saludó; éste estaba descansado en el sofá mientras veía la televisión. Estaba resultando ser una noche tranquila. Entonces se acordó de Tereza. ¿Estaría trabajando? Con toda probabilidad. Tal vez debería hacerle una visita.

—Martínez, voy a salir un rato. Todo está en calma; con todo, si se produce algún aviso, contacta conmigo. Estaré cerca, así que, si nos llaman, sólo mándame la ubicación y me plantaré allí volando.

—Pero inspector...

—Es un asunto urgente —mintió.

—Está bien, esperemos que no suceda nada.

—No lo creo; de todas formas, no es como si estuvieras solo.

Sin más que decir, salió, cogió su coche y se encontró en minutos frente al viejo local en el que trabajaba su víctima.

* * *

Tereza estaba exhausta y no era capaz de enfocar la mirada; era tarde, más de las doce, y no encontraba ni un ápice de sus fuerzas por más que lo intentaba. Habían sido un par de días de locos, pero todo parecía bajo control, o al menos eso esperaba. Apenas había hablado con Aitor, pues no estaba de humor para sus

chorradas de siempre y, además, el dolor de cabeza no había desaparecido del todo. Seguía teniendo la herida tirante y, cada vez que gesticulaba, le molestaba; afortunadamente la inflamación había bajado y su cara ya no presentaba ese color purpura tan oscuro.

No quedaba apenas nadie; era miércoles, así que no tardarían mucho en cerrar. A partir de la siguiente noche y durante el fin de semana la cosa sería diferente y, por desgracia, ese fin de semana le tocaban los peores turnos, ya que debía hacerse cargo de cerrar todas las noches.

Al menos, y ése era su único consuelo, las clases las tenía por la tarde, por lo que no tendría que madrugar y podría quedarse en la cama hasta el mediodía... y de verdad que lo necesitaba.

—Guapa, ¿qué haces cuando salgas?

—Ir a casa —contestó con una falsa sonrisa en la cara.

—¿Quieres compañía?

Tereza estaba acostumbrada a que, de vez en cuando, algún joven con algunas copas de más la invitara a salir o tratara de pasarse de la raya, pero para eso estaba el bueno de Aitor.

—Gracias por el ofrecimiento, pero no es necesario, ya tiene quien la acompañe.

No quiso mirar hacia el lugar desde el que le llegó la voz, pero sus ojos volaron sin pensarlo hacia el final de la barra, el mismo sitio en el que había estado sentado la noche anterior con su amigo, el guardia civil... y allí estaba, con una mirada seria y dura.

Apretaba el servilletero entre las manos y Tereza hubiese jurado que incluso se le habían dibujado las marcas en los dedos. ¿Estaba celoso? ¡Eso era de locos! Si apenas se conocían... aunque debía admitir que le gustaba la idea, y descifrar esos oscuros secretos que parecía guardar en la mirada la excitaba.

—Está bien, tío, no sabía que estaba *ocupada*.

—Muy *ocupada* —contestó tajante y usando el mismo tono posesivo y a la vez despectivo del otro joven.

—Vale, adiós. Es una pena, porque no sabes lo que te pierdes. —Rio mientras se señalaba con las manos la entrepierna.

Y, de repente, sucedió... tan rápido que Tereza no estuvo segura de cómo había podido ocurrir. Benji tenía al tipo levantado del suelo por el jersey y éste

trataba de soltarse sin éxito. Tereza percibió la fuerza que tenía el bombero; sus brazos y su pecho estaban en tensión por el esfuerzo de izar a alguien sólo con las manos y pudo ver lo musculoso que era. Tenía la mandíbula apretada y eso le confería un aspecto más adulto, más... peligroso.

—¿Algún problema? —rugió Aitor con sus casi dos metros de estatura y sus anchos hombros ocupándolo todo. Se había cruzado de brazos y parecía un yeti... aunque sin tanto pelo.

—No, ninguno, mi amigo ya se iba —susurró Benji y, a pesar de haberlo dicho en voz baja, Tereza no pudo evitar estremecerse. Había sido una amenaza en toda regla.

—Sí, ya me iba y lo siento, tío, de verdad. A veces me pierdo esta bocaza que tengo.

—Pues que sea la última vez —sentenció.

Vieron cómo se marchaba el joven, tambaleándose un poco, sin poder estar seguros de si era por la bebida o por el miedo, porque sin duda se había asustado.

—No vuelvas a entrometerte —le espetó Tereza, enfadada.

—¿Necesitas que lo eche también, Te?

—No, no hace falta; de éste me puedo ocupar yo sola.

—De todas formas, si me necesitas, sólo tienes que silbar.

Aitor le echó una mirada furibunda al bombero y se largó sin prestarle mucha atención. Tereza estaba enojada y... halagada. La verdad era que le había gustado que la defendiera, ¿por qué negarlo?

—Lo siento si te ha molestado, es sólo que no he podido contenerme.

—Pues deberías.

—¿El qué? ¿Sentirlo o contenerme?

—Las dos cosas. Es mi lugar de trabajo, ¿te gustaría que yo...?

Tereza se interrumpió, no había elegido bien el ejemplo y sabía que eso le iba a pasar factura.

—¿Que tú irrumpieras en mi trabajo, te empeñaras en comer conmigo y después me tomases de postre?

—Bueno... visto así...

—No lo entiendo, ¿sabes? Fuiste tú la que me buscaste, viniste, insististe. Yo te dije que no, que era algo pasajero, que eso suele sucederle a muchas víctimas de accidentes..., pero persististe hasta que caí... y, ahora, ¿te parece mal que,

después de una noche de sexo cojonudo, quiera saber algo más de ti?

—Bueno, visto así... —repitió antes de carraspear—. Fue genial... la noche, digo —aclaró.

—Lo fue. Mira, Tereza, podemos quedar de vez en cuando y conocernos, eso no tiene por qué significar nada. Quizá, cuando nos veamos dos veces más, se nos pase, pero ahora mismo no puedo dejar de pensar en ti y nunca antes me había sucedido algo así... por tanto, ¿por qué no podemos, al menos, ver a dónde nos lleva esto?

—¿Sin compromisos?

—Sin compromisos —aceptó sonriendo.

—Está bien, supongo que ya no nos puede pasar nada peor.

Y, en el silencio de un bar casi vacío, ambos rieron con ganas como hacía mucho, muchísimo, que no hacían y, ¡maldita fuera!, sentaba genial.

Benji aguardó a que Tereza acabase su turno; tenía la intención de llevarla a su casa. No podía dejarla irse sola caminando o en un taxi; no, debía proteger esa baza que tenía para acabar con Dragos. Así que se quedó en la puerta mientras cerraban el local, esperándola y rezando porque no hubiese avisos esa noche, al menos no uno tan grave como para que Martínez tuviese que necesitarlo.

La vio desde la acera de enfrente despedirse cariñosamente del gorila que trabajaba en el bar y experimentó una molesta sensación en el estómago, pero se dijo que no podían ser celos; ella era sólo un objetivo, no podía permitirse el lujo de sentir por ella nada más, porque no podía olvidar quién era su padre y qué había hecho: acabar con la vida de su hermano.

Cuando el joven se hubo largado, se acercó corriendo, cruzando por mitad de una calzada desierta a esas horas de la noche.

—¡Hola! ¿Acabáis siempre tan tarde?

—¡Vaya! ¿Me estabas esperando?

—Claro, no voy a dejar que vayas sola a casa.

—Pero no puedes hacerme de chófer siempre, Benji; es una tontería.

—Cuando dispongas de otro coche, dejaré de hacerlo.

—Estás de suerte, entonces: tenía el seguro a todo riesgo y con el dinero que me den iré a comprar otro, así que no tendrás que hacerme de chófer. Además, no es como si tú me debieras algo a mí, en todo caso soy yo la que te lo debe... y mucho.

—No hice nada más que mi trabajo... y, ¿quién sabe?, tal vez, doctora, alguna vez te toque salvarme la vida.

—Para eso queda mucho todavía.

—No lo creo; según Manuel, eres un cerebritito.

—No creas que me vas a ofender usando ese término. Es algo que tengo asumido desde hace mucho y no me avergüenza.

—No deberías, es lo más atractivo de ti.

Esas palabras la dejaron aturdida. No se esperaba que dijese nada como eso, pero ese joven tenía esa extraña cualidad, siempre hacía cosas que ella no se esperaba que llegasen de alguien como él.

—Gracias, supongo —murmuró echando a andar.

—¿Me dejas que te acerque a casa?

—Debería decir que no, pero ya sabes dónde vivo y, además, estoy agotada.

—¿Te sigue doliendo?

—Un poco —contestó llevándose la mano a la cabeza.

—Si te digo la verdad —confesó Benji abriendo la puerta del vehículo para que entrase—, me acojoné bastante cuando Martínez me avisó de que el coche perdía gasolina. No sabía cuánto tardaría el fuego en prender.

—Bueno, yo también me asusté, aunque pensé que, vosotros, esas situaciones las teníais controladas.

—Siempre da miedo cuando sabes que alguien puede perder la vida; aunque lo tenemos asumido, no es agradable.

Dejó a Tereza en silencio meditando en sus palabras mientras él daba la vuelta y se metía también dentro.

—Hace frío —comentó frotándose las manos y subiendo la temperatura de la calefacción—. Entonces, ¿te llevo a casa?

—¿Dónde quieres llevarme, si no?

—Bueno, podríamos ir a tomar algo. ¿Te apetece?

—¿No estás trabajando? Creía que los bomberos currabais a todas horas.

—Estoy de guardia, pero, si me quedo cerca de la estación, no pasa nada.

Tereza lo sopesó todo por un momento. ¿Qué había de malo en ello? Nada, porque tenía claro que no iba a llegar más allá de unas cuantas citas y algún que otro buen momento de sexo. Así que, sin darse siquiera cuenta, aceptó la invitación.

Se quedaron en el local que nunca cerraba y se acomodaron en una de las mesas altas con taburetes que tenían para que la gente que lo prefería comiese allí.

Benji pidió agua y un trozo de pizza y Tereza lo imitó. Y allí estaban, sentados en un local vacío, a excepción del chico que atendía, rodeados por un silencio que empezaba a resultar incómodo.

—Tereza —susurró él rompiendo el mutismo—, siento lo de antes... Es que ese tipo me ha puesto de los nervios.

—La verdad es que no hacía falta que te metieras; estoy acostumbrada a tratar con ellos y, además, si la cosa se pone difícil, cuento con Aitor.

—Ah, el gorila.

—Sí, el mismo; así que, como verás, no tenías que rescatarme, me valgo yo sola.

—Cierto, no te gusta que te tomen por una princesa.

—No, creo que soy un poco guerrera.

Benji sonrió y dio un bocado a la pizza. Debía reconocer que había sentido una furia difícil de controlar cuando ese tipo empezó a acosarla, pero no pretendía detenerse a pensar qué había sido eso, porque debía tener claro quién era ella y para qué la quería, y su principal objetivo era lograr que se enamorara de él para después destrozarla con la misma serenidad con la que su padre había dejado que su hermano muriese, con la misma calma.

Apretó los dientes y trató de llevar su mente a otros asuntos. Tenía que ganarse su confianza, y la chica, aunque era decidida y segura de sí misma, no parecía dispuesta a abrir su corazón a nadie. ¿Qué habría pasado en realidad con su padre? ¿Una discusión por algo vano? No la veía capaz de aquello, y saber qué era lo que había provocado que se alejara del Dragón lo tenía muy intrigado.

—Lo siento, Tereza, es sólo que...

—¿Qué?

—Nunca he sentido tanto por alguien en tan poco tiempo —mintió—, y me asusta. No te imaginas cuánto. Estoy acojonado.

Tereza sonrió, aunque no debería hacerlo; no sabía la falta que le hacía oír esas palabras hasta que él las había pronunciado. Era extraño, porque, aunque su sentido común le advertía de que debía alejarse de ese hombre, no podía; era como si estuviesen destinados, y ella no creía en el destino.

—Yo también... siento algo muy fuerte por ti, Ben —admitió—. Entonces, ¿adónde nos conduce eso?

—No lo sé... pero, si te parece, podríamos averiguarlo.

—Está bien —claudicó al cabo de unos segundos.

—Vale, pues... ¿me dejas llevarte a tu casa?

—Sí, por favor.

Benjamin sonrió y la cogió de la mano para acompañarla de vuelta al coche; condujo despacio sin soltar su mano y jugar con sus dedos. Era preciosa. Era todo lo que hubiese deseado en una futura compañera; resultaba una verdadera lástima que lo suyo nunca fuese a funcionar.

* * *

Benji había dejado a Tereza en su casa; estaba frustrado y molesto consigo mismo porque era un blando. Sentía algo por ella, algo diferente al odio que se había propuesto destilar, y por eso necesitaba descargar adrenalina y en ese momento se estaba matando a golpes con otro tipo en un sucio callejón, en una pelea organizada. Lo necesitaba, y no sólo para despejar su mente, pues tenía que ganar ese enfrentamiento para ser invitado a la mansión de Dragos... Quería estar ese fin de semana allí, necesitaba hacerse indispensable en ese ring y durar lo bastante como para joderle la vida a ese cabrón.

El puñetazo lo pilló desprevenido. No había estado atento y por ello sentía la sangre de su labio gotear; sacó la lengua y se lamió el rojo líquido para provocar a su contrincante, quien se abalanzó furioso sobre él, perdiendo el control, algo que aprovechó en beneficio propio y encadenó varios golpes seguidos hasta que lo tumbó y lo dejó K.O.

Cuando el árbitro dio por finalizada la pelea, sonrió satisfecho. Estaba más tranquilo, le había venido bien descargar tensiones y, además, cada golpe le había recordado por qué estaba allí. A lo lejos le pareció ver a Ferrer; no podía estar seguro de que fuera él, porque en ese mundillo era Khaos, pero siempre iba con esa chaqueta con capucha que le resguardaba la cara hasta que empezaba el combate. Tal vez, si tenía suerte, podría ir a la casa de Dragos ese fin de semana y competir. Una vez dentro, trataría de hallar alguna prueba que ayudase a la Guardia Civil a incriminarlo, porque hasta el momento no habían sido capaces

de encontrar nada. El Dragón era un hijo de puta con suerte.

—Peleas bien. ¿Cuál es tu nombre?

Genial, lo había conseguido, uno de los esbirros de Dragos se había acercado a él y eso sin duda era una buena señal.

—Me llaman Benji.

—Benji, ¿cómo el guardameta de Oliver y Benji?

—Así es.

—¿Y eso?

—¿No me has visto pelear? Las paro todas. —Se vanaglorió para darse importancia, una que no debía conseguir así.

—Por eso estoy aquí. ¿Te apetecería combatir en serio?

—¿En serio? ¿Crees que esto ha sido de broma? —se encaró a su interlocutor, escupiendo al suelo como si en realidad lo hubiese ofendido.

—No, muchacho, me refiero a apostando fuerte, pelear a cambio de pasta... mucha pasta.

—Suena perfecto.

—Toma; este fin de semana preséntate en esta dirección y vamos a ver si sobrevives... al torneo.

—Si lo hago, ¿cuánto ganaré?

El tipo lo miró un instante, evaluándolo. Benji sabía que tenía que parecer uno de ellos y por eso se crecía, tampoco iba a meterle una bala entre ceja y ceja delante de todos los presentes, ¿verdad?

El ruido se había ido apagando tras la euforia del combate. Vio, de reojo, cómo se llevaban a rastras al hombre que había zurrado. Seguía vivo, gracias a Dios, ya que iba quejándose sin cesar.

Tras un silencio que pareció alargarse hasta lo imposible, el tipo habló de nuevo.

—Más de lo que podrás gastar.

Dicho eso, se alejó acompañado de una gran carcajada que resonó como la mejor de las melodías en los oídos de Benji; lo había logrado, estaba dentro.

Ya sólo precisaba mantenerse con vida hasta que tuviera todo lo que necesitaba.

CAPÍTULO 7

Tereza estaba confusa; no podía dejar de pensar en Benji ni un instante y, a la vez, deseaba poder hacerlo. No entendía por qué estaba tan enganchada a él si en realidad no tenía nada... ¿bueno? Era un maldito bombero, era cierto. Poseía un cuerpo de infarto, eso también era verdad, pero, aparte de eso, su carácter era voluble y podía hacerle mucho daño, aunque esperaba estar equivocada.

A pesar de todo, podía ver la luz brillar bajo la capa de oscuridad que se empeñaba en mostrar y eso era lo que atraía a la polilla que, sin duda, vivía en su alma. Esa alma que entonces se sentía tan sola y que, de una forma que no era capaz de comprender, junto a él mejoraba, pues ese sentimiento desaparecía.

Y, cuando estaba con él... se sentía especial. Tenerlo dentro era lo mejor que había experimentado nunca, y eso debía contar, ¿no?

Estaba hecha un lío, de los buenos, y no tenía claro cómo iba a salir de dentro de esa madeja que se apretaba cada vez más a su alrededor. Lo sabía porque no había dejado de pensar en él en toda la mañana, ni tampoco lo había hecho durante las clases, y en ese momento, mientras trabajaba, no podía parar de mirar hacia la puerta cada vez que ésta se abría con la esperanza de que fuese él.

Pero no... ninguna de las veces que la jodida puerta se abrió fue para permitir que ella disfrutase de ese rostro que se empeñaba en aparecerse en su mente cada maldito segundo del día.

—Oye, Te —la llamó Aitor—, ¿estás bien? Pareces... distraída.

—Sí, gracias, sólo es cansancio. Desde el accidente no he parado —contestó soltando el aire y, al hacerlo, se dio cuenta de que en realidad no había soltado ninguna excusa, era la verdad.

—Al final, el coche...

—Para el arrastre... Estoy esperando que la compañía me haga el ingreso e iré a ver alguno que me pueda permitir comprar con lo que me den; ahora mismo no puedo pagar más de lo que obtenga por el siniestro.

—Si quieres, cuando tengas el dinero, puedo acompañarte a ver coches.

—No hará falta, iré yo —tronó una voz seria.

Ambos se giraron para mirar en dirección a la voz que los había interrumpido, aunque Tereza no necesitaba verlo para saber quién era el poseedor de la misma. Había vuelto... por ella... y eso hizo que su alma diese un par de brincos.

—¿Ah, sí? —interrogó ella con la voz risueña.

—Claro, ¿por qué no iba a hacerlo? —afirmó Benji acercándose a la chica para darle un beso en la mejilla.

—Vaya, eso no me lo esperaba.

—¿Ah, no? Después de la conversación de anoche, pensaba que...

—No te preocupes, está bien, es sólo que me ha pillado desprevenida; contigo nunca sé a qué atenerme.

—Así no te aburrirás de mí demasiado pronto. —Sonrió.

—¿Quieres algo?

—A ti —soltó.

Tereza sintió que se quedaba sin aliento; las imágenes de ambos en ese baño estrecho y sucio follando la invadieron como una gran ola, dejándola húmeda por completo, pero eso era algo que no iba a pasar... y, entonces, se percató. ¿Cómo se le había pasado por alto algo así?

—¿Qué te ha ocurrido?

—Nada.

—¿Nada? Parece algo.

—Tuvimos que acudir a un aviso y un tipo se puso violento; son gajes del oficio.

Tereza entrecerró los ojos. No sabía por qué, pero no lo creía... La imagen de él dándose de hostias con otro en el ring de su padre la dejó preocupada. Tenía que saber qué era lo que quería y por qué, y entonces cayó en la cuenta... ¿sabría él quién era ella?

No, eso era imposible, ¿cómo iba a saberlo? Su padre la había mantenido a

buen recaudo y alejada de ese mundo que se desarrollaba bajo sus pies, en el infierno, mientras ella vivía arriba, en el paraíso que pagaban esos pobres diablos.

—Acabo el turno en veinte minutos, ¿me dejarás que te eche un vistazo?

—No es nada, pero, si te quedas más tranquila, dejaré que me eches un vistazo... o dos. —Sonrió ladino.

Y de nuevo ahí estaba, ese aleteo furioso. No podía controlar las reacciones de su cuerpo; parecía que estuviese perdida sin remedio y, si era así, ¿para qué resistirse a algo irresistible? Por tanto, antes de ser siquiera consciente de ello, le estaba devolviendo la sonrisa y notaba cómo su cuerpo anhelaba sentirlo otra vez dentro.

Benji la miraba desde fuera de la barra con una cerveza en la mano. La verdad era que esa chica le gustaba, y mucho, no podía negar la evidencia que saltaba a la vista entre sus piernas. Aunque fuese quien era, lo que resultaba obvio era su atractivo y habría que estar ciego para no verlo.

Estaba contento, había logrado despertar la curiosidad de Dragos e iba a entrar en la casa ese fin de semana; esperaba encontrar algo que pudiera incriminarlo y así meterlo allí donde se merecía estar... No, donde se merecía no, porque no había lugar en la tierra ni fuera de ella para albergar a ese demonio que meritaba padecer todo el sufrimiento que había infligido multiplicado por diez... o mil.

El tiempo voló. No le resultó difícil perder la noción de éste mientras su mirada se comía a la joven con la que iba a salir, con la que estaba saliendo. Eran algo, aunque ese *algo* significase la destrucción de Tereza y, por consiguiente, la de Dragos, pero era su mejor opción hasta el momento, porque, si no lograban inculparlo tras infiltrarse en su casa y sus combates, al menos sufriría por el estado en el que pensaba dejar el corazón de su única hija.

Y, de repente, ese pensamiento le hizo darse cuenta de que no le gustaba la idea de romperle el alma a ella, y la suya se encogió un poco, aunque la duda no duró demasiado, pues la imagen del cuerpo de su hermano sin vida y consumido en un contenedor resultó tan nítida que borró lo que fuera que había sido eso.

—¿Vamos? —preguntó Tereza, sacándolo de su particular infierno.

—Claro. ¿A dónde te apetece ir?

—La verdad es que estoy muy cansada, ¿te importa que vayamos a mi casa?

—Por supuesto que no, me parece perfecto. Allí podrás examinarme todas las partes que quieras.

Avanzaron hacia la calle; el local apenas sin ruido y con la mayoría de las luces apagadas quedó a sus espaldas. Dentro, Aitor y el jefe se estaban encargando de cerrar y ella se iba a descansar... o no... porque las palabras de Benji se le antojaban sugerentes y le daban a su imaginación mil y una ideas, como la de jugar a médicos y pacientes.

Sin previo aviso, ya que le pilló desprevenida incluso a ella su reacción, se alzó de puntillas y pasó los brazos por el cuello de Benji; en su mirada había siempre ese deje de soledad que trataba de ocultar que provocaba que le resultase imposible apartarse de él, aunque tenía claro que iba a dejarla destrozada... Lo sabía por cómo la miraba, con esa expresión que tiene la gente que sabe que ha de dañar a alguien, aunque no sea lo que quiere.

Apoyó su nariz sobre la del hombre y cerró los ojos mientras sus manos se deslizaban por la suave nuca de Ben. Él pasó sus grandes manos por su cintura y la estrechó contra su pecho, y ella jadeó por el agradable gesto. Abrió los ojos y pudo ver su interior y lo tuvo claro: no era más que un niño solo y asustado, igual que ella.

Acercó su boca entreabierta a la suya y se fundieron en un largo y profundo beso en el que se confesaron lo solos que estaban. Era perfecto para ella, estaba segura, tanto como lo estaba de que su relación sería complicada y dolorosa.

El beso cobró intensidad en el momento en el que sus lenguas intervinieron y las manos de ambos volaron para recorrer el cuerpo del otro cuanto antes, con el miedo de no poder memorizarlo a tiempo por completo.

—Tereza, si sigues así no vamos a llegar a tu casa; si sigues así no voy a poder asegurarte, ni siquiera, que lleguemos a un callejón.

Ella sonrió sobre los labios de Ben y asintió con el brillo en la mirada que poseen esas mujeres que han asumido que han perdido la cabeza por un hombre; eso le había sucedido... no tenía claro en qué momento, pero estaba loca por él. Y pensaba disfrutarlo, durara lo que durase.

—Llévame a casa —pidió.

Y Benji, ni corto ni perezoso, la alzó sobre su hombro como si fuese un saco de patatas y la llevó a toda prisa hacia el coche entre risas entrecortadas.

«A casa.» Las palabras de Tereza habían resonado en su cabeza como dichas

con un megáfono en vez de susurradas; habían sonado tan bien que por un instante se había sentido dichoso, feliz.

Llegaron al apartamento de Tereza; estaba ubicado en una zona obrera no muy favorecida de la ciudad, aunque no peligrosa como lo era el barrio en el que se había estado alojando su hermano. Era pequeño y parecía oscuro; apenas tenía ventanas que diesen al exterior y ni mucho menos contaba con salidas de emergencia. Eso le disgustó. Era una caja de zapatos sin escapatoria si se declaraba un incendio; no tenía por qué pasar, pero Benjamin lo llevaba en la sangre y era lo primero que estudiaba de cada lugar que visitaba.

El salón no era muy grande y estaba separado de la cocina por una barra americana; también contaba con un aseo y un reducido dormitorio. No había más. Pensó en cómo alguien que se había criado entre tanta riqueza podía acostumbrarse a vivir allí. ¿Tan grave era lo que les había pasado como para que renunciara a todo a cambio de nada?

Un nudo se apretó en su pecho. Tal vez se equivocaba, tal vez ella no era el medio para llegar hasta Dragos, quizá, sólo quizá, ella era el premio... Cabeceó para sacarse esa ridícula idea de la cabeza; ella era lo que era y no podía olvidarlo. Estaba representando un papel, uno en el que era un hombre que se estaba enamorando, nada más. Nada real, ¿verdad?

—Sé que no es mucho, pero es todo lo que puedo pagar —confesó algo avergonzada.

Al verla parada frente a él, iluminada sólo por la luz tenue de una lámpara de mesa y los rayos de luna que se colaban por la ventana, no pudo resistirse más y se acercó para acabar lo que habían empezado en la calle.

Pasó las manos por su nuca y la tomó con posesión; después, con ayuda de ellas, colocó la cara de Tereza hacia arriba para poder acceder mejor a su boca y se tragó cada jadeo que fue capaz de robarle.

Tereza le correspondía con la misma intensidad. El fuego entre ambos se podía tocar, traspasaba la ropa y quemaba en la piel del otro, penetrando la suave protección para terminar mezclándose con la carne... y más adentro.

La alzó en vilo y ella, en un acto reflejo, rodeó su cintura con las largas piernas. Benji gruñó y la apoyó contra la pared cercana para que le sirviera de soporte mientras la besaba y acariciaba sin descanso.

—Benji... —susurró.

—Dime...

—Yo... no sé...

—¿Qué no sabes?

—A dónde nos va a llevar esto.

—De momento, a la cama. —Sonrió besándola en la clavícula.

Tereza se encogió de expectación; sólo imaginar lo que vendría a continuación le erizaba el vello de todo el cuerpo.

Benji la besó contra la pared un rato más, dejando que su miembro impaciente se frotase contra el sexo de ella, que cada vez alcanzaba temperaturas más elevadas, igual que él mismo. Sentía que era un volcán a punto de explotar y que, si no lo hacía, la lava en la que se estaban convirtiendo sus huesos iba a derretirlo desde dentro.

Con ella entre sus brazos y sin dejar de besarla, consiguió llegar a la habitación y tumbarla en la cama, aunque le costó algún golpe contra la pared y el marco de la puerta, pero había merecido la pena; cada beso, cada caricia, lo merecían.

La depositó sobre el colchón y la desnudó con suavidad; primero con la mirada, después con manos diestras que se recrearon en la desnudez que iban descubriendo. La lluvia empezó a caer fuera; el sonido golpeaba en el cristal de la ventana de la habitación, arrullándolos con su monótona sintonía.

—Eres preciosa, Doc —murmuró, sorprendido por la verdad que encerraban esas palabras.

—Y tú, un bombero muy atractivo y... contusionado —susurró de repente.

Se levantó de la cama apenas sin ropa y encendió la luz de la lamparita de noche, lo obligó a sentarse y estudió las heridas. Sin darse cuenta de ello, apretó los dientes y los puños antes de relajar las manos y empezar a ver el alcance de las lesiones.

Primero se fijó en las costillas; las tenía magulladas, pero no parecían estar rotas, aunque lo habían golpeado con fuerza repetidas veces en el mismo sitio; lo sabía por la zona tan amplia que mostraba marcas de diferentes tonos de púrpura. Sin controlar lo que sentía, besó cada zona de piel lastimada a la vez que acarició con sumo cuidado en busca de alguna lesión más grave.

Tenía muchas, por todo el cuerpo, algunas recientes y otras antiguas, pues eran ya cicatrices. Cicatrices como le quedarían a ella después de esos besos...

porque los besos que Benji le daba eran besos de esos que dejan cicatrices.

—Me está matando, doctora —musitó excitado.

—El que se está matando a sí mismo eres tú. ¿Estás seguro de que esto ha sido producto de un incidente laboral?

—¿Y qué iba a ser, si no? —preguntó en guardia.

Benjamin la miró a los ojos; parecían tristes, como si un velo oscuro los hubiese cubierto de pronto. Tal vez sí que sabía algo de lo que su padre hacía bajo el suelo de mármol caro que cubría la primera planta de la mansión... Tal vez se imaginaba qué hacía él... Tal vez, incluso, sabía qué era lo que quería de ella.

—Nada, supongo. —Cambió de tema encogiéndose de hombros.

La situación se había vuelto fría y dura como el acero y Benji no podía perder esa baza; ella era su billete de ida hacia la destrucción de Dragos si todo lo demás fallaba. No era lo primero que usaría, pero debía seguir con ese juego hasta que su plan diese o no resultados.

—No te preocupes, Doc; a veces, cuando acudimos a avisos, los implicados están un poco nerviosos y nos toca lidiar con situaciones así, pero me mantengo en forma y sé defenderme.

—¿Que sabes defenderte? ¿Seguro? Porque yo te veo hecho un asco.

—Tendrías que haber visto al otro, Doc.

—¿Qué sucederá si una noche te hacen más daño de la cuenta? ¿Quién va a cuidarte?

Benji apretó los dientes tanto que temió que salieran disparados. Acababa de recordarle algo en lo que no le gustaba ni pensar, y era en lo malditamente solo que estaba; en el pozo sin luz en el que se había convertido su vida desde que perdiera a su hermano y se dejara arrastrar a ese agujero de odio del que no sabía salir, no podía y tampoco quería... no hasta que viera a Dragos bajo tierra o, en su defecto, tras unos barrotes que ni su fuego pudiese derretir.

—Me suelo apañar bastante bien. ¿Qué hay de ti? Tampoco tienes a nadie, ¿no es cierto?

—No, no tengo nada más que lo que necesito, a mí misma. Me basto y me sobro para conseguir lo que deseo.

—¿Tan malo fue?

—¿El qué?

—Lo que fuera que ocurrió con tu familia.

Tereza se alejó un poco y se puso de pie. Estaba prácticamente desnuda y la luz de la lamparilla se reflejaba en su nívea piel, otorgándole un aspecto casi de diosa. Parecía triste, dolida...; lo sabía porque sus hombros se habían inclinado hacia abajo.

—No fue malo, fue peor. Mi madre murió y mi padre se hizo cargo de mí. ¿Sabes?, adoraba a mi padre, para mí no había nadie más importante que él, me sentía orgullosa de él. Era bueno, cariñoso, comprensivo, siempre podía hablar con él de todo... Además, me colmaba de atenciones y a veces me sentía mal porque tenía más de lo que en realidad necesitaba. Sin embargo, un día descubrí que toda aquella existencia era irreal, que me había mentado, engañado, que no era como yo creía... y decidí que no quería nada que viniese de él.

—Vaya, así que dejaste de ser una niña rica y consentida para pasar a vivir por tu cuenta aquí —dijo en un susurro.

—Algo así, y no lo necesito. No quiero nada de él. Prefiero ganarme las cosas por mí misma.

—¿Por qué?

—No comparto su filosofía de vida y me dejó claro que no iba a cambiar para darme el gusto. A él le gusta su vida, su negocio... yo los odio. A ambos.

Benjamin escuchaba atento sus palabras, se había equivocado con ella. La chica sabía lo que sucedía, o al menos conocía parte de la historia, aunque dudaba de que la supiera completa, y había renunciado a todo... porque no le gustaba la forma en la que su padre conseguía el dinero. A cambio, se mataba a trabajar y a estudiar para salvar gente, para hacer lo contrario de lo que su progenitor hacía. En ese momento supo que no podría hacerle daño, que sentía por ella mucho más de lo que deseaba aceptar y tuvo claro que si seguía a su lado no iba a haber marcha atrás y acabaría enamorado de ella, eso si no lo estaba ya.

Se levantó de la cama furioso como nunca porque acababa de echar por tierra su plan y eso lo cabreó, porque también acababa de darse cuenta de que no podía usarla ni como última alternativa, y le jodía pensar que finalmente Dragos pudiese salir indemne de todo.

—¿Qué sucede? —planteó, confusa por su cambio de actitud.

—Nada —contestó seco.

—No parece nada, Ben.

—Ya, supongo que no. —Dicho esto, se largó del apartamento sin despedirse, dejándola sola, perpleja y más herida que nunca.

CAPÍTULO 8

Benji nunca hubiese imaginado que irse de aquel pisito fuese a dolerle tanto. ¿Cómo era posible que esa chica a la que apenas conocía le importase de ese modo? No sabía cómo iba a salir de ese lío, pero necesitaba alejarse de ella y meditar qué hacer.

Estaba desesperado, ¿es que nada podía salirle bien? Caminaba sin rumbo fijo, dando vueltas alrededor del edificio, pero sin atreverse a regresar. Tenía que pensar, tenía que aclararse... Nunca antes se había sentido tan perdido... Destrozado por la muerte de su hermano, sí; ciego de rabia, también, pero jamás tan confuso. Era como si lo hubiesen dejado en mitad de un gigantesco laberinto y fuese incapaz de encontrar la salida.

Pensar en dejarla le dolía, utilizarla para llegar a Dragos también, quedarse... eso sólo complicaría las cosas, pero ¿qué más daba? Tal vez acabase como Adam, ¿por qué no disfrutar de su compañía, durara lo que durase?

Sin darle más vueltas, regresó al pequeño y oscuro apartamento y aporreó la puerta desesperado. Necesita hundirse en ella, sentir esa paz que le producía encontrarse en su interior, como si por fin hubiese encontrado un hogar en el que guarecerse de la tormenta.

Tereza se sobresaltó al oír el ruido de golpes, se limpió las lágrimas que había empezado a derramar justo cuando la puerta se había cerrado tras él y se encaminó a abrir con toda la dignidad que pudo. Con toda seguridad regresaba a por algo que había dejado olvidado.

Cuando abrió, lo descubrió con la mirada decidida, la mandíbula encajada y el pelo tan revuelto como su respiración, ¿había vuelto a la carrera?

Sin mediar palabra, la cogió por la cintura, fusionó su boca con la de ella y

cerró la puerta tras de sí con el pie. Mientras llegaban al lugar donde antes habían interrumpido su encuentro, fue deshaciéndose de la ropa, que quedó dispersada por el minúsculo salón.

—Has... regresado —consiguió decir ella entre beso y beso.

—Sí, Tereza; si no te importa, voy a quedarme. Me he dado cuenta de que no quiero estar lejos de ti.

Y esas palabras acabaron por diluir la poca resistencia de Tereza, que se rindió y se entregó por completo a una promesa eterna que selló con su boca sobre la de él, con un beso que no necesitaba de palabras para expresar todo lo que ese hombre le hacía sentir, desde esa extraña confusión por su comportamiento hasta el deseo que ardía bajo la piel.

Al llegar a la habitación, Benji la dejó sobre la cama y acabó de quitarle la ropa interior que aún llevaba. Pasó las manos por su piel con reverencia, tratando de grabar en ellas cada ondulación y cada valle de la suave y tierna piel femenina.

Sus ojos no podían abarcar con suficiente rapidez todo el terreno que ansiaban contemplar. Resultaba un paisaje tan hermoso que le robaba el aliento.

Besó cada centímetro de piel, empezando por los tobillos para ir subiendo por sus largas piernas, su cadera y su estómago hasta hacer una parada en sus senos, a los que regaló besos, roces y suaves mordiscos.

—Sabes tan bien... —gruñó—... Hueles tan bien...

—¿Huelo bien? —preguntó sorprendida.

—Hueles que alimentas —añadió con voz ronca, llevando la boca, en un acto inesperado, a su entrepierna.

Sentirlo allí la dejó extasiada. Su lengua se movía despacio, trazando círculos que la enloquecían y que lograban que el placer se concentrase en ese punto que cada vez crecía más, como si fuese un globo a punto de explotar.

Y ella deseaba explotar, y así ese aire saldría convertido en jadeos y gemidos que llenarían sus oídos y la llevarían muy lejos, a un lugar en el que la felicidad existía.

Tereza abrió las piernas para dejar que él tuviese mejor acceso y Benji aprovechó para agarrarla por las caderas y lamerla con lentitud pasmosa, y cada jadeo que le arrancó hizo que su erección aumentase un poco más.

Cuando supo que no iba a poder aguantarse más, la levantó sin esfuerzo y la

colocó de espaldas a él; desde esa posición, se colocó un preservativo, la penetró y ella arqueó la espalda para que éste pudiese entrar más profundo, para que la llenara hasta el fondo, para sentir más.

—Tereza... Tereza...

Era lo único que podía decir, presa del placer que sentía estando en ella. La chica gemía perdida en su propio placer y, cuando el orgasmo iba a sobrevenirle, se inclinó hacia delante, apoyó las manos sobre el viejo colchón y se rindió a un clímax que la dejó sin fuerzas y sin aliento.

Al oír cómo gritaba su nombre entre placenteros gemidos, Benji no pudo evitar dejarse arrastrar a ese mismo éxtasis que ella disfrutaba y gritó su nombre envuelto en un gruñido salvaje que lo dejó vacío y lleno a la vez.

Y tuvo miedo, porque se sentía tan malditamente bien y pleno como hacía mucho, y no debía albergar esa clase de sentimientos por ella, no podía olvidar, aunque quisiera, que era la hija del hombre al que detestaba y, si caía entre sus redes, ¿qué sucedería cuando le confesara toda la verdad?, ¿cuando le contase que se había acercado a ella porque era la clave para su venganza?, ¿cuando supiera el odio que sentía por su progenitor?, ¿y cuando supiera que Dragos había sido el asesino de su hermano? No podía lidiar con todo eso en ese momento, así que se levantó, se vistió y se despidió de una forma tan fría que dejó a Tereza helada, pues no entendía a ese hombre; en un momento era fuego y al segundo, hielo.

Tereza se tapó con las sábanas y dejó de pensar; necesitaba descansar y luego... ya vería. Además, aunque hubiese tenido un final amargo, la sensación de tenerlo dentro había sido muy dulce y eso sería lo que se llevaría esa noche a sus sueños.

* * *

Benji salió a toda prisa, y luego desaceleró el paso; necesitaba recuperar el aire. Miró al firmamento y enredó sus grandes manos en su corto pelo. ¿Qué le pasaba? No podía estar seguro, pero se temía que se estaba engancho de más a esa chica. ¿Por qué tenía que ser tan perfectamente imperfecta para él? No era posible que la hija del hombre que más odiaba en el mundo fuese así... así de perfecta para él. Con ella se sentía tan lleno... que le asustaba como el demonio.

Salió a correr en dirección a su coche. Tenía que quemar adrenalina, las manos le picaban por la expectación, precisaba con urgencia golpear algo... o a alguien, así que se lanzó en una carrera veloz hacía la zona en la que las peleas se sucedían noche tras noche. Esa vez no lo haría por llamar la atención de Dragos, cosa que ya había logrado, sino para deshacerse de la luz que se había colado en su alma haciendo peligrar su oscuridad.

Llegó poco después al barrio donde vivía desde que su hermano había muerto; se había quedado en el mismo apartamento, cutre y mugriento, que Adam tenía alquilado. No era gran cosa, era una mierda, la verdad, pero le recordaba a él. ¿Era algo extraño? Probablemente, pero en ese piso todavía había cosas de su hermano que el casero, un tipo sin escrúpulos, se negó, por suerte para él, a sacar. Era su refugio y les había tomado cariño a los habitantes de esa zona de la ciudad.

Se dirigió andando hacia el callejón donde se celebraban las peleas. Quería hablar con Ferrer, pues, aunque éste supiera ya que Dragos lo había convocado para los combates del fin de semana, tenía que aclarar algunas cosas con él y, de paso, a ser posible, despejar su mente, en ese instante tan confusa que era incapaz de pensar con claridad.

Al llegar vio que ya había una pelea en marcha; los gritos de los chicos, ya que no se los podía llamar hombres, lo llenaba todo de una excitación única, como si ese combate fuese lo mejor que les iba a suceder nunca, y tal vez era así para muchos de ellos... Esos que, como su hermano, se habían metido hasta el cuello en el mundo de las drogas y no tenían, o no encontraban, la fuerza de voluntad suficiente como para salir de ese agujero de mierda en el que, por tanto, se ahogaban.

—Primo, ¿quieres apostar? —le preguntó un desconocido que parecía ser el que llevaba el cotarro esa noche.

—Claro, a eso he venido, ¿no? —Sonrió—. Cincuenta por el de la camiseta roja.

—Perfecto, suerte, aunque no ha ganado ni una todavía. —Rio, mostrando unos dientes escasos y negros.

—Puede que le dé suerte. —Le devolvió la sonrisa.

Se mezcló con el público y observó sin hacer nada más. Había descubierto que se le daba bastante bien eso de no hacer nada, le quedó claro cuando perdió

a su hermano y se quedó con la permanente sensación de que no había hecho lo bastante, que había sido tan sólo un espectador en primera fila de la decadencia y destrucción de Adam... y en ese momento, aunque intentara vengarse, ya nunca regresaría.

Había fallado en lo único que de verdad contaba: la familia.

Después de un rato, divisó a un hombre corpulento con capucha; estuvo seguro de que era Ferrer. Había veces en las que le daba la sensación de que se perdía demasiado en su papel de Khaos, que estaba empezando a cogerle gusto a pegar a otros más débiles, pero no podía confiar en nadie más.

—Khaos —lo llamó en voz baja.

—Benji —dijo éste.

—He entrado.

—Lo sé, hablé con Dragos de ti.

—Voy a aprovechar la oportunidad.

—Yo no he conseguido nada, ¿crees que lo conseguirás tú?

—Al menos tengo que intentarlo, saber que he hecho todo lo que estaba en mi mano.

—Está bien, pero ten cuidado, pues a veces...

—¿Qué...?

—A veces es complicado no perderse y, además, ya sabes que no podré hacer nada por ayudarte si las cosas se ponen feas.

—Lo sé, esto es bajo mi cuenta y riesgo. Duerme tranquilo.

—Cuídate, chico.

Tras esa escueta conversación, Khaos se mezcló de nuevo con los presentes, llevando a cabo el trabajo que supuestamente hacía, y Benji no desperdició la oportunidad de descargar adrenalina dando unos buenos golpes a sus rivales en el improvisado ring.

* * *

Cuando despertó a la mañana siguiente le dolía cada uno de los malditos huesos de su cuerpo; no podía apenas moverse, era como si tuviese una resaca elevada a la máxima potencia. Gimió cuando se incorporó y se llevó las manos a las costillas y a la cabeza. Se sentía tan mal que una arcada le dobló la cintura.

Una vez que consiguió controlarla, se levantó y avanzó despacio hasta el baño. Nada más verse la cara, cerró los ojos. ¿Qué demonios estaba haciendo? Su hermano no iba a volver de entre los muertos y, como se descuidara, sería él quien acabaría con ellos... y además estaba Tereza... una chica por la que sentía algo más que una atracción y... ¿A qué coño estaba jugando? ¿En qué cojones pensaba?, ¿en amarla?, ¿en estar con ella?, ¿en un final feliz? No, no debía seguir por ahí, debía tener claro que ella era un medio para lograr su fin y no podía desviarse del camino.

Tenía que hacerlo, que ella creyera que lo suyo era real era primordial si quería tener un as bajo la manga para usar en contra de Dragos. Empezaría una relación aunque tuviese una fecha de caducidad que él mismo le estaba poniendo. Era lo que había planeado y se ceñiría a ese plan. Nada más debía importar. Ni siquiera lo que ella le hacía sentir. Punto.

CAPÍTULO 9

—La quiero de vuelta, ¡ya! —gritó Dragos, enloquecido, a sus hombres.

—No somos capaces de dar con su paradero, jefe —explicó uno de sus matones.

—No logro entenderlo... ¿Cómo una cría de veintidós años es capaz de teneros a todos en jaque? ¿No sois capaces de dar con ella? Me dan ganas de enviaros a Rumanía. A todos... o, mejor, ¡a Rusia!

—Lo siento, señor, pero no podemos llevárnosla a la fuerza de la facultad ni del bar en el que trabaja.

—Los lamentos no me sirven de nada.

—Creo —interrumpió su mujer para calmar las aguas— que debes darle tiempo. De momento Tereza no acepta cómo son las cosas; te lo dejó bien claro.

—A ti no te importa que se haya largado, no es hija tuya.

—No digas eso, Dragos. La he criado y la siento como mía.

—Pero tu sangre no fluye por sus venas.

—La sangre no lo es todo. Ella necesita hacer su vida, lejos de ti, de lo que representas... Déjala equivocarse y volver a ti más adelante.

—¿Crees que eso va a suceder, mi Elisa? —preguntó en busca de esperanza.

—Estoy segura, mi Dragón...

—Está bien, le daremos un poco de tiempo. Vosotros sois unos inútiles que no servís para nada, ni para dar con una niña. Os voy a...

Uno de los más jóvenes, que quería ganarse el respeto y la confianza de Dragos, decidió intervenir.

—Señor, sí que dimos con ella.

—Repite eso, por favor —rugió.

—Trabaja en un local de apuestas de mala muerte; la otra noche la vimos al salir de trabajar y la seguimos.

—¿Y puedo saber por qué no me habéis dicho nada al respecto?

—Creemos que su hija se dio cuenta de que íbamos siguiéndola y perdió el control del vehículo.

—¿Qué cojones...? ¿Está bien? —bramó.

—No lo sé, nos largamos de allí enseguida porque oímos sirenas.

Dragos miró furibundo en derredor, y observó cómo otro de los hombres, uno más mayor y experimentado, agachaba la cabeza y apretaba la mandíbula. Sin duda había sido su acompañante esa noche en la persecución y lo había mantenido en secreto porque sabía qué le iba a suceder.

—Tú... sí, tú —gritó señalándolo—. ¿Estabas con él?

—Señor... yo... nosotros —balbuceó inquieto.

Dragos no le dio tiempo a nada más, pues se acercó veloz y, con la fuerza de sus poderosos brazos, le partió el cuello, dejando un cuerpo sin vida a sus pies antes de acercarse al chico, quien, aterrorizado, no era capaz ni de moverse. Durante un segundo lo miró a los ojos y pensó que era una lástima perder un activo tan joven y del que tal vez podría hacer un gran perro de caza, pero él no consentía que sus hombres lo engañasen ni le ocultaran absolutamente nada, y aún menos si esa información concernía a su hija.

—Casi me da lástima —susurró sacando su arma—, casi. —Acto seguido, disparó, sin más.

La sala quedó sumida en un profundo silencio. Dragos pasó por encima del fresco cadáver y se largó como si no hubiese acabado de asesinar a dos de sus esbirros. Eso no le importaba; debía encontrar a su hija, tenerla cerca era lo único que le quedaba del gran amor de su vida, ese mismo que perdió por su incontrolable necesidad de poder. En la actualidad pagaba cada segundo su ausencia y Tereza era todo lo que le recordaba a ella, y no deseaba perder ese recuerdo. Era demasiado doloroso rememorarla, pero mucho más no poder hacerlo.

Debía preparar la pelea de esa noche. Había un nuevo hombre que les plantaba cara a los demás, un tipo joven que tenía un aguante de mil dragones. Benji era su baza; no golpeaba demasiado bien, pero las paraba todas sin caer. Lo habían informado de que la pasada noche había salido muy mal parado, pero

estaba seguro de que regresaría a por más. Conocía a los de su clase, esos que tratan de expiar algún crimen que no los deja dormir en paz. Él mismo hacía lo que hacía por lo mismo, ¿no? Había decidido, en el momento en que la perdió, luchar para hacerse con el control de toda la costa almeriense, y lo había logrado. Mantenía en jaque a toda esa panda de guardias civiles inútiles que no eran capaces de afianzar nada para inculparlo y los pocos que habían estado cerca de lograrlo lo estaban pagando caro en el otro mundo. También, debía reconocer, le venía muy bien la ayuda de la forense, que a cambio de una buena suma se encargaba de hacer desaparecer cualquier pista que sus hombres dejaran olvidada y que pudiese incriminarlos. Todos tenían un precio, lo tenía claro; sólo había que averiguar cuál era el de cada uno.

Sonrió más calmado; le daría un tiempo a su hija, pero hablaría con su hombre de confianza para que la encontrara y la tuviera vigilada, pues no iba a dejar que nada malo le sucediera, así que se dirigió a hablarlo con su perro de presa y a darle alguna pista para que la cacería comenzara.

* * *

Cezar estaba molesto, no le apetecía en absoluto ejercer de niñera y, sin embargo, era lo que estaba haciendo. Los caprichos de la pequeña Tereza le estaban dando demasiados dolores de cabeza.

Además, según le había contado Dragos presa de una furia casi incontrolable, con anterioridad la habían seguido algunos de sus hombres, que ya no estaban bajo sus órdenes, ni bajo las de nadie, y sospechaba que su hija se había percatado de que la habían seguido, así que necesitaba dejar que las aguas se calmaran y que ella pensara que todo había sido fortuito. Lo último que precisaba era que imaginara que su padre le había enviado nuevos espías y perder así la oportunidad de dar con ella porque decidiera huir más lejos. Al menos tenía un sitio por el que empezar a indagar, gracias a esos ineptos que habían pagado muy caro su error.

Con todo, no era el momento de pensar en ello, pues era hora de disfrutar del espectáculo. Estaba deseando ver pelear a ese joven al que llamaban Benji y medirse con él. Hacía mucho que tenía ganas de golpear a un buen contrincante.

La sala estaba a tope, las apuestas no cesaban y las mesas de juego se

llenaban de risas, mujeres, dinero y droga. Todo un paraíso para la vista. A lo lejos divisó a Khaos; no soportaba a ese tipo, del que no se fiaba ni un pelo. Había aparecido de la nada y se había hecho demasiado pronto con la confianza de Dragos.

El primer combate empezó. Un par de chicos se golpeaban sin demasiado éxito; tendrían que darle emoción, pues la pelea aburría al personal, que quería más, necesitaba más... sangre.

Cezar se acercó hasta el ring y le hizo un gesto de cabeza al árbitro para que abriera la pelea; no era lo más normal, pero había que darle chispa al asunto y seguro que los espectadores lo iban a agradecer. Además, tenía ganas de soltar algo de adrenalina, pues el encargo de su jefe para hacer de niñera lo había puesto de mal humor.

El árbitro se subió al ring, detuvo la pelea un instante, cosa que los luchadores agradecieron, puesto que pudieron tomar aire y recuperarse un poco de los golpes recibidos, y comenzó a gritar.

—¿Qué valiente se atreve a subir aquí y reemplazar a estos luchadores que no parecen poder continuar? ¿Nadie? —vociferó provocando a los asistentes.

—¡Yo! Esta noche tengo ganas de fiesta. —Cezar sonrió, quitándose la chaqueta del traje oscuro que llevaba con elegancia, demasiada para estar a punto de partirse la cara a puñetazos en el ring.

—¡Yo también! —gritó una voz que Ben conocía. Era Khaos, que accedía con un movimiento ágil al ring y comenzaba a deshacerse de la chaqueta con capucha que ocultaba su rostro.

Ben sopesó la situación y se dijo que era su momento para entrar, para hacerse notar, ya que Dragos miraba embelesado el cuadrilátero. Por algo dos de sus mejores hombres iban a pelear el uno contra el otro; sin embargo, antes de decidirse a intervenir, la voz de un joven que no pudo evitar que le recordase a su hermano se oyó mientras éste subía al ring, dispuesto a pelear.

—¡Esto se anima, señores! ¿Nadie más? ¡Todavía queda una plaza! ¡Vamos! ¡Habrá una buena suma de dinero para quien quede en pie el último! —azuzó el árbitro a un público enfebrecido.

Ben supo que era el ahora o nunca y subió al cuadrilátero sin decir nada. Tan sólo se plantó en el tatami, se quitó la chaqueta y la camiseta que llevaba puestas, dejando su espectacular torso desnudo, y empezó a calentar con la ira

burbujeando en lo más profundo de sus oscuros ojos.

—No hay reglas —comenzó a graznar el árbitro—, sólo una: el que quede en pie, gana. Así pues, ¡que comience la lucha!

Benji, al principio, se vio superado por la situación. Khaos parecía tener que ajustar cuentas con el Ángel; todo el mundo conocía al hombre que era la mano derecha del Dragón y también se sabía que no tenía en alta estima a Khaos porque había trepado demasiado rápido por las ramas que conformaban la organización de Dragos.

Ambos parecían haberse olvidado de los otros dos contendientes y a Ben no le quedó más remedio que pelear contra el chico joven que se había posicionado con claridad de parte del Ángel. Así que, en tácito silencio, se habían dividido en dos bandos... ¿Los malos contra los buenos?

Los golpes se sucedían sin control; a veces Ben no era capaz de discernir si golpeaba al correcto o no. Tras largos minutos sin descanso, todos estaban agotados, aunque el árbitro no tenía la intención de parar el combate ni de marcar los asaltos. Eso era la jungla, y ellos, animales. Y ya se sabe que en la jungla el más fuerte es el que sobrevive, y Benji tenía que sobrevivir.

Los puñetazos y patadas se sucedían y todos peleaban por seguir en pie, pero el chico del que Benji no sabía nada y aun así estaba moliendo a palos cayó de rodillas, sin fuerzas. Sangraba por la nariz, por el labio y la ceja, y además se quejaba de dolor. Benji le había dado fuerte, pero había procurado no tocar zonas en las que un golpe pudiese ser mortalmente peligroso, así que dedujo que tenía otras heridas sin curar de algún que otro combate más antiguo.

El árbitro subió al ring, miró a Dragos, que cabeceó de forma imperceptible aunque a Ben y a Khaos, que no le quitaban ojo de encima, no les pasó inadvertido, y cogió el micrófono dispuesto a hablar.

—¿Te rindes, muchacho? —preguntó al que había caído de rodillas.

El chico tenía la mirada perdida. Ben no sabía decir si por las drogas o los golpes, cualquiera de las dos opciones era posible, y asintió.

—Sí... por favor... no...

—No, ¿qué? —animó al joven.

—No puedo más.

—¿Habéis oído? No puede más. —Rio con estrépito.

Ben era incapaz de ver en ese momento a ese desconocido que tenía frente a

él, sólo podía ver el rostro de su hermano sufriendo lo mismo y supo lo que iba a suceder a continuación. Apretó los puños y los dientes y decidió que, si iba a ocurrir, no sería delante de él y que impediría que acabaran con la vida de ese chico tan sólo para satisfacer a un público que, más que humano, estaba compuesto por animales salvajes... sin conciencia, sin corazón, sin alma.

Ferrer adivinó qué iba a pasar, pues no era la primera vez que lo veía, y se acercó a Ben para que supiera que no iba a dejarle hacer lo que pretendía; tan sólo esperaba que no le tocara a él hacerlo, mejor que se encargara Cezar, pues su conciencia empezaba a no poder soportar más mierda.

—¿Qué hacemos con él? ¿Lo dejamos vivir o...?

La pregunta quedó interrumpida en el aire, ya que la muchedumbre clamó, eufórica, por más sangre. Lo querían muerto. ¿No valía la vida de ese joven nada para nadie? ¿De verdad? ¿No había en la sala ni una sola persona dispuesta a detener esa locura?

Benji quiso intervenir al ver cómo Cezar disfrutaba de forma enfermiza con la decisión de la gente, que no dejaba de chillar «que muera, que muera» una y otra vez, y estuvo a punto de empezar a gritar que no eran más que una panda de hijos de puta sin corazón, cuando Khaos lo aferró por la muñeca de forma firme, para que supiera que no iba a dejarle hacer nada que le costase la vida.

—Calla y mira hacia otro lado —susurró—. Es lo único que puedes hacer. No voy a permitir que te maten ni que levantes sospechas sobre mi tapadera.

—Pero...

—Sé que te está matando por dentro, pero no es tu hermano. Mira hacia el suelo, guarda ese odio para cuando lo tengamos cogido por los huevos.

—Y eso, ¿cuándo va a ser? Parece que nadie sea capaz de hacerle daño.

—Tú, tú tienes la llave. Sé que su hija es lo más importante para él. Acaba de matar a dos hombres por ella.

—¿A los que la persiguieron?

—Sí, y ahora ha puesto a otro a buscarla. Aprovecha que la tienes en tu mano, es lo único que puede hacerle daño de verdad.

Y así Benjamin supo que no podía dejar de lado su plan, aunque fuese lo que deseaba: debía utilizar a Tereza para destrozar a Dragos aunque no le gustase en absoluto la idea, ya que, al parecer, era la única manera de hacer que ese despreciable ser pagase por todo el daño que hacía. También tuvo claro que

utilizarla para lograr su objetivo no iba a destrozar sólo el corazón de Dragos... y por ello no estaba seguro de si iba a ser capaz de llevar a cabo su maquinación o si, por el contrario, se rendiría como el joven que permanecía de rodillas en el tatami esperando su oscuro destino.

CAPÍTULO 10

Tereza no podía creerlo. Se les habían hecho las tantas una vez que arrancaron a hablar, como tampoco creyó al principio que hubiese vuelto a por ella. Se había mostrado molesta al principio, ya que aquella noche se marchó de su cama sin más y después estuvo desaparecido durante varios días. Pero en ese momento... en ese momento se comportaba de forma encantadora y cada cosa nueva que conocía de ese guapo bombero que la había salvado de una más que probable muerte más le intrigaba. No quería admitirlo, pero no podía dejar de sentir esas incómodas mariposas aleteando con fuerza en su estómago.

Abandonaron tarde el local entre risas. Benji la cogió de la mano sin preguntar y su pecho se encogió. La electricidad entre ellos era más fuerte que la del cable de alta tensión aquella noche del accidente. Era como si esa situación extraña y peligrosa los hubiese soldado; quizá tenía mucho que agradecer, después de todo, a los esbirros de su padr... de Dragos.

Seguía cabreada con su padre y esperaba que las marcas en el cuerpo de Benji no se debieran a que estaba metido en lo que no debía y, por supuesto, que no estuviese en contacto con su padre. No tenía necesidad alguna y, además, tenía que confesarse que le gustaba... mucho; tal vez más de lo que le convenía.

Pasaron por un oscuro callejón solitario y Benji tiró de ella para sacarla de la vista de miradas curiosas, aunque a esas horas la calle parecía más un desierto que otra cosa.

Gimió cuando sintió su espalda golpear contra la dura pared y dejó salir otro jadeo cuando notó la dureza del pecho de Benji retenéndola. Estaba excitada; las manos del hombre recorrían sus costados y se detuvieron justo donde empezaban sus pechos. Los pezones se le erizaron y no por el frío, sino por la

expectación de lo que podía venir a continuación.

—Lo siento, Tereza, pero ya no podía aguantarme más las ganas; me consume este fuego que despiertas en mí.

La chica quiso decir algo, pero sólo fue capaz de gruñir como un animal en celo y acercar su boca a la de él, tomándolo con posesión, como si de verdad fuese suyo y de nadie más. Sus lenguas se enzarzaron en una pelea de poder en la que cada parte ansiaba conquistar más terreno, pero no hubo ninguno que pudiese declararse como claro vencedor.

Las manos de Benji recorrían su cuerpo sin control y ella tenía la sensación de que estaban por todos lados y en ningún sitio a la vez. Las suyas hacían lo mismo, se perdían bajo el jersey para acariciar cada músculo torneado, cada ondulación de su piel, su tacto, su olor... Quería grabarse cada detalle de ese hombre que la volvía loca, aunque no comprendía bien el motivo... ¿Eso era amor a primer polvo? Lo parecía, porque sentía una necesidad de él que crecía con cada beso, con cada gemido, con cada caricia... No podía dejar de desearlo. Sus muslos estaban húmedos y sólo era capaz de pensar en que la penetrara de una vez, en tenerlo dentro, apretar las piernas y no soltarlo... jamás. Ese pensamiento la asustó; «jamás» era una palabra que tenía el mismo significado, en ocasiones, que «para siempre», y eso era mucho tiempo... demasiado para que durase. Y ella sabía que el amor no duraba tanto... aunque también era consciente de que lo que había sentido por Cosmin no se parecía en nada a eso; aquello había sido algo más... platónico, no tan carnal, desde luego.

—Te necesito ya —susurró desesperado.

Tereza reconoció ese deseo de no sentirse solo en la voz de Benji, porque ella misma se había oído muchas veces así hablándole a la nada, desesperada, sola y fría. Y eso mismo percibió en su voz ronca y suave, que no pudo evitar comparar con el susurro del terciopelo sobre su piel, y supo que, aunque se resistiera y tratara de negarlo, lo que había entre ellos, al menos por su parte, no era sólo sexo... era mucho más.

—Y yo a ti —confesó.

Benji le dio la vuelta y acarició sus pechos desde atrás en un abrazo caliente que la hizo jadear y apoyar las palmas de las manos sobre la pared para evitar perder el equilibrio que sentía que le faltaba. Su masculina boca se apoyó en el cuello de la joven y aspiró su aroma para después morder con suavidad la tierna

piel.

—Te deseo tanto... No he podido dejar de pensar en ti, aunque lo he intentado con todas mis fuerzas.

—Yo también —admitió entre jadeos.

Y Benji sonrió; ahí estaba la confesión que deseaba oír, así que todo sería más fácil, ¿o no? Pero perdió el hilo de los pensamientos cuando la chica que tenía entre sus brazos arqueó la espalda para buscar su calor y rozó con su perfecto trasero su miembro, que se movió entre dolorosas palpitaciones, ansioso por hundirse en ella, por tenerla, por hacerla suya y marcarla.

—Tereza, me estás matando lentamente.

—Me alegro, inspector, así estaremos a la par —jadeó moviéndose y pegándose aún más a él, volviéndolo loco.

—Si sigues así —murmuró con la boca todavía en su cuello—, voy a bajarte los pantalones y a follarte desde atrás aquí mismo.

—¿Qué te lo impide, MacKinney?

Y eso fue todo lo que necesitó para dejar que la bestia tomase el control; le bajó los pantalones sin cuidado alguno y se arrodilló sobre el suelo sucio y frío para lamer y morder las nalgas redondeadas que sólo había disfrutado, hasta entonces, una vez y que no había podido quitarse de la maldita cabeza.

Ella jadeó con fuerza y, al pasar las manos por la cara interna de sus muslos, él descubrió la humedad que provocaba en su cuerpo. Tereza reaccionaba a cada roce, a cada caricia, a su lengua y sus manos como si fuese la última vez que fuera a sentirlas y eso no le gustó. Apretó los dientes para desterrar ese pensamiento y, poniéndose en pie, se colocó el condón para penetrarla desde atrás con una dura y firme embestida y, cuando ella gritó por la placentera invasión, Benji gruñó como un animal al que acabaran de liberar.

La agarró por las caderas y se movió dentro de ella sin reparos y Tereza lo animaba con cada jadeo, cada gemido y cada movimiento de su cuerpo, que se arqueaba para recibirlo hasta el fondo.

Los susurros se aceleraron a la par que sus movimientos y, cuando pensaron que ya no podían más e iban a desfallecer, el orgasmo los inundó y los arrastró a unas orillas más tranquilas en las que sólo existían ellos dos.

Nada más.

Nadie más.

Y Benji apoyó la frente en su cuello húmedo y aspiró el aroma de esa mujer que le hacía olvidarse de todo... y eso era peligroso: no podía olvidar.

Con una brusquedad inesperada, salió del interior de Tereza y se acomodó la ropa. Ella se quedó helada; no sabía qué sucedía, pero algo había pasado porque, de repente, ese acto que había resultado increíble se acababa de convertir en algo... sucio.

Esa sensación le disgustó. Se sintió utilizada, pero... ¿acaso no lo usaba ella a él también? No, claro que no, ella no lo estaba sólo utilizando... Aunque no quisiera, tenía claro que, por extraño que pareciera, sentía algo por ese hombre que le había salvado la vida que no era gratitud. ¿Sería posible el amor a primera vista? No podía estar segura de poder llamarlo aún así, pero eso que se removía en sus entrañas cuando lo veía y el dolor que experimentaba en ese mismo instante por su separación eran indicativos de que no era exclusivamente un polvo pasajero.

—¿Qué ocurre? —se atrevió a preguntar.

—Nada, es sólo que es tarde y tengo que irme.

—Vale, pues buenas noches, supongo... —contestó, enfadada por su cambio de actitud.

No podía entender, por más que le daba vueltas al asunto, qué demonios le sucedía. Si no quería estar con ella, ¿por qué cojones no dejaba de ir a buscarla? Nunca entendería a los hombres. Tenían algo diferente en el cerebro que los hacía ser... así. Y la verdad, por mucho que le gustara ese hombre en particular, no era el momento de pensar en tonterías.

Se colocó la ropa y salió del callejón para dirigirse a su casa, sin decir adiós. Estaba dolida, aunque eso también le jodía, porque no quería sentir nada por él y al parecer... lo sentía todo.

—¿A dónde vas? —le oyó preguntar.

Decidió no hablar, estaba demasiado molesta y no tenía ganas de iniciar una pelea para la que no estaba segura de tener fuerzas suficientes.

—Tereza, ¿a dónde vas? Vamos, sube al coche, es tarde.

Lo oía, pero se negó a girarse, no pensaba darle ese placer. Era un extraño que acababa de llegar a su vida, una vida que le había costado muchos meses poner en orden y que no estaba dispuesta a desordenar por completo por él.

La primera lágrima cayó inesperada por su mejilla y apretó los dientes para

tragarse el resto. No iba a consentir que la viera llorar, y menos por una tontería como lo que fuera que era lo que había entre ambos. No le había dado ese lujo ni a su padre, así que no se lo iba a dar a él. Se marcharía sin él; no necesitaba a nadie. Se las apañaba bastante bien sola y, además, se ahorra toda la parte del sufrimiento que amar a alguien, sea de la forma que sea, acarrea.

—¿No piensas volver a hablarme nunca más? ¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Benjamin, deja que me vaya. No te preocupes, no necesito una niñera, ni un guardaespaldas, ni siquiera un héroe. Esto nuestro no va a ninguna parte y, la verdad, tampoco tengo claro que merezca la pena.

—Tereza... yo...

Benji la miró a los ojos; los tenía húmedos y sus mejillas brillaban bajo la luz de la farola, que le permitía ver el rastro que el líquido salado había dejado a su paso: la había hecho llorar. La iba a perder y no podía permitirselo. Tenía que retenerla fuera como fuese, porque de ella dependía parte de la venganza con la que había soñado. Y si tenía algo claro era que no iba a perder esa oportunidad por nada en el mundo, ni siquiera si su propia alma estaba en riesgo.

Consumió la distancia que había entre ambos y pasó sus manos por la nuca de la chica para devorar luego su boca. Gimió sin poder evitarlo, porque su sabor lo volvía loco, aunque no tanto como la manera en que tenía de responderle, como si nada fuera suficiente, como si lo necesitara todo de él... como si la soledad fuese tan grande como la que él sentía, como si nada pudiese llenar ese hueco vacío que queda en el alma después de sufrir algo tan doloroso que provoca que quieras morir...

Tereza era la hija del hombre que más odiaba... pero, a pesar de que se empeñaba en negarlo, era consciente de que sentía por ella algo más que una simple atracción y, aunque no era lo ideal, no iba a echarse atrás. Ya no... y menos después de tener tan fresca en su memoria la pelea de la otra noche. Todavía sentía escalofríos cada vez que recordaba cómo Cezar, sin siquiera pestañear, pateó al joven hasta la muerte... Cuando acabó con su vida, supo que no podía dejar que Dragos se librara de sufrir, aunque fuese una centésima parte de lo que hacía padecer a los demás, y su hija se acabaría recuperando, tampoco iba a ser la primera a la que le rompieran el corazón, ¿no?

Dejó de pensar en el momento en el que la chica de nuevo se entregó a él sin tapujos; se lo daba todo y recibía todo lo que le daba. La alzó en vilo y la llevó

otra vez a rastras al callejón mal iluminado y con un fuerte olor a podredumbre, aunque en ese instante parecían pasarlo por alto.

Normalmente se contenía cuando estaba con una mujer, consciente de su fuerza y envergadura; sin embargo, ella parecía hecha a medida para él... Podía desatar su deseo más animal y ella lo disfrutaba, lo incitaba y provocaba, hasta que lograba que la poca cordura que quedaba en su interior se deshiciera entre jadeos y gemidos.

En ese instante, dentro de ella, se olvidó de todo. Tan sólo eran dos cuerpos que se regalaban un placer que no parecía conocer ni poner límites... y resultaba tan liberador como cuando estaba sobre el ring.

Acabaron sin fuerzas, sudorosos y exhaustos. Tereza seguía con la respiración agitada y, de no ser por la gran sonrisa que adornaba su bonita cara, se hubiese preocupado.

—Este fin de semana lo tengo a tope de trabajo, no creo que pueda verte —le comentó él.

Benji no supo por qué le estaba dando explicaciones; parecía lo natural, aunque en realidad no tenía por qué. Aun así, quería que tuviera claro que no la iba a dejar. No podía, él sabía que por el momento tenía en sus manos el arma que dañaría a Dragos.

—Vale, yo también estaré muy ocupada. Este fin de semana hay varios partidos importantes.

—Entonces, ¿nos vemos otro día?

—Sí, claro —contestó con la voz pequeña.

Benji se limpió y se vistió, le dio un suave beso en los labios, todavía inflamados por la pasión que no los había abandonado, y esperó a que ella se pusiera su ropa. Juntos subieron al coche y la llevó hasta el portal de su edificio. Salió del vehículo para acompañarla, era lo que debía hacer, y cuando Tereza cerró la puerta de entrada tras despedirse con un profundo beso y una gran sonrisa, tuvo una extraña sensación; era como si dejase algo muy importante tras él, aunque no tenía tiempo de averiguar el qué.

CAPÍTULO 11

Dos meses después

La noche había sido agotadora; después del superpartido de fútbol más importante de la liga de todo el siglo (aunque eso solían decirlo de todos), el bar de apuestas donde trabajaba estaba hecho un desastre. Eso, por no mencionar el estado de los baños, donde los orines se habían mezclado con vómitos y otras sustancias que Tereza mejor no se detenía a analizar si no quería vaciar el escaso contenido de su estómago allí mismo.

Sólo quedaban en el decrepito y maltrecho local Aitor y ella, a la que, como siempre, le había tocado lidiar con el infierno de los retretes.

Todo estaba en silencio. La larga noche los había dejado exhaustos y ni siquiera se hablaban más allá de lo necesario. Tereza, perdida en sus pensamientos sobre órganos vitales, al principio no se dio cuenta del extraño y continuo ruido hasta que la puerta de débil madera, demasiado vieja para brindar auténtica protección, se tambaleó furiosa, casi una protesta por sus ignorados lamentos anteriores, al ser golpeada por rudos golpes. Sin duda, algún borracho que quería continuar la juerga, pero no iba a ser en ese garito.

—¡Está cerrado! —gritó a través de la puerta, malhumorada.

Pero quien fuera que golpeaba en la entrada no se dio por vencido y uno tras otro los porrazos se sucedieron, ganando en fuerza.

—Yo me encargo, nena —bramó Aitor, furioso.

Aitor era el matón del lugar; gracias a sus casi dos metros de altura y sus ciento veinte kilos, era una mole capaz de bajarle los humos al más valiente con una mirada y un cruce de brazos. Esa noche había decidido quedarse a echarle

una mano a Tereza hasta que sólo quedasen los baños por hacer, algo que él no se iba a molestar en limpiar... y ella no podía echarle nada en cara a ese respecto, porque la verdad es que parecía una zona de guerra.

—¡Está cerrado! ¿No has oído? ¿Eres tonto o estás sordo? —volvió a gritar, con más fuerza.

Sin embargo, los golpes no cesaron; por el contrario, se sucedieron más veloces, agónicos.

—Aitor, aparta. Voy a abrir.

—No te arriesgues, será un borracho o un drogata.

—Lo más probable, pero tal vez necesite ayuda.

—Siempre estás igual; si no fuera porque estás bien buena, te llamaría Hermanita de la Caridad, pero con ese cuerpo, a pesar de que tu nombre acompaña al apodo, no puedo imaginarte con hábitos... Aunque, pensándolo mejor, la verdad es que tendría su morbo...

—No dices nada más que gilipolleces, Aitor. Voy a abrir a ver qué pasa; tú, por si acaso, estate preparado.

—Yo siempre estoy en guardia, nena. Nací preparado.

Tras echarle una mirada de hastío a Aitor por sus bravuconerías, y no sin miedo, se aventuró a abrir la puerta sin tener claro qué podía encontrarse al otro lado. No sabía si era por su vocación de médica y su instinto de curar a los demás, que era fuerte, o porque la omisión de auxilio se pagaba incluso con penas de cárcel, pero decidió que, pasara lo que pasase, tenía la obligación moral de, al menos, abrir y averiguar qué sucedía.

Cogió aire y giró la llave. Al hacerlo, el peso de un cuerpo venció la resistencia de la débil muralla y cayó sobre ella, aplastándola.

—¡¿Qué coño...?! —gritó por la sorpresa.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa? ¿Qué le pasa? —dijo señalando el cuerpo que yacía sobre Tereza.

—¡No tengo ni puta idea, Aitor! ¡Quítamelo de encima!

Aitor levantó al tipo y lo colocó con cuidado a un lado, sobre el sucio suelo.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Santo Dios! —exclamó aterrada cuando se dio cuenta de quién era.

—¿Qué ocurre, Te?

—Lo conozco —susurró sin poder creer lo que veía. Había desaparecido,

más de dos meses sin saber de él, ¿y aparecía de ese modo en la puerta de su trabajo medio muerto?

—¿Qué le ocurre? —interrogó de nuevo.

—No lo sé.

—¡Tú eres la médica!

—¡Sólo estoy en tercer año!

—¡Joder! ¿Se va a morir? ¿Aquí? Calma, Aitor, calma... Vamos a llamar a la poli y... y a una ambulancia. Sí, eso haremos.

—Sí, será lo...

—No, por favor... —susurró él desde el suelo—... a la pasma no... A nadie...

Tereza dudó; por un instante quiso llamar a la ambulancia y a la Guardia Civil y olvidarse de todo ese asunto. Todavía le escocía en el pecho que se hubiese esfumado sin más cuando todo parecía ir sobre ruedas, pero quería saber qué era lo que de verdad ocurría, así que tomó aire y se centró en lo que tenía que hacer.

—Está bien, vamos a ver —murmuró—. Aitor, ayúdame, vamos a colocarlo estirado. Voy a examinarlo.

Tereza respiraba con dificultad, pues no tenía ni idea de cuál era la gravedad que revestía su estado y las posibilidades, infinitas, se sucedían en su mente a una velocidad vertiginosa que la apabulló. Otra cosa que no le cuadraba era la reticencia a que llamasen a una ambulancia o a la policía; eso no le gustó y algunos de los recuerdos de los que huía y de los que se escondía la golearon con fuerza. Estaba claro que el asunto no olía a limpio, más bien a algo tan sucio como los baños que la esperaban, y era precisamente eso, el saber si tenía algo que ver con Dragos, lo que la obligó a tratar de salvarlo ella misma.

—Vale, vale. Calma, Tereza, calma... respira, respira... —murmuraba sin cesar.

—¡Vamos! ¡Tú puedes, campeona! —gritó Aitor para darle ánimos.

—¡No estoy jugando al fútbol! —replicó chillando—. Así no me ayudas, guarda silencio, por favor. A ver... —susurró como si estuviese examinando un cuerpo sin vida en la universidad—... tiene varias contusiones por todo el rostro y los brazos presentan también hematomas, aunque no detecto marcas de agujas, así que en un principio podemos descartar que sea toxicómano. —Ella sabía que no lo era, pero tenía que centrarse y hacerlo todo bien; tal vez le habían metido

un chute de algo... o cualquier cosa. No podía descartar nada, no si su padre estaba detrás de todo.

—Quizá se meta coca —musitó Aitor, que se había acuclillado a su lado y miraba con atención el cuerpo del joven, que apenas parecía poder respirar.

—No, no lo creo, aunque tengo la sensación de que ha estado involucrado en alguna pelea, o más bien en varias peleas. Pero en esta última parece que no ha tenido mucha suerte y se ha llevado la peor parte; no puedo imaginar al otro peor que está él. El individuo presenta cortes en ambas cejas, el labio inferior en la parte izquierda partido e inflamado, contusiones en el abdomen, las costillas... ¿Dónde demonios te has metido? —preguntó más para ella misma que para nadie, y cerró los ojos temiendo que en el fondo conociera la respuesta—. Aitor, acércame el botiquín a ver qué hay, por favor.

—Aquí tienes —dijo unos segundos después.

—No hay nada que me valga... Ve a la farmacia de la esquina, que está de guardia, y compra todo lo que se te ocurra: alcohol, compresas, vendas, agua oxigenada, yodo, puntos de aproximación, ibuprofeno... que sea efervescente, unas tijeras pequeñas, guantes de látex... Hazte con todo lo que creas que vaya a veniros bien; coge dinero de mi monedero, debe de haber cincuenta euros.

—Guantes hay, de los de fregar los baños —dijo categórico.

—Está bien, borra los guantes. ¿Traes todo lo demás?

—Sí, jefa, voy.

—Buen chico.

—Me deberás una. Muy gorda.

—Quizá te lo compense. —Le sonrió, más tranquila.

—Voy a tomarte la palabra —contestó.

Tereza se quedó a solas con él, junto a su cuerpo, y levantó la prenda para ver bien el estado de su pecho. En su mente algo cambió... quería seguir viéndolo de forma profesional, pero no podía dejar de admirar «de forma profesional» ese fuerte torso definido por intensos ejercicios físicos, o tal vez por las propias peleas; ese cuerpo que ella había disfrutado, y mucho. Le dolía ver cómo otras zonas de su anatomía presentaban marcas más antiguas junto con las recientes.

No tenía ninguna duda: era un luchador... aunque eso ya lo sabía, ¿verdad? No había estado tan ciega, ¿o sí? ¿Cómo coño se le ocurría enamorarse de un

hombre que jugaba al mismo juego que su padre, cuando ella había salido huyendo de ese sangriento tablero?

—Benji, ¿qué te han hecho? ¿Qué has hecho? —musitó para sí, a la vez que retiraba los mechones que se pegaban, por culpa de la sangre y el sudor, a su sensual cara.

Respiró para darse fuerzas y observó los hematomas más oscuros que tenía sobre las costillas; esos eran los que, a simple vista, más la preocupaban, pero al tocarlos con cuidado se dio cuenta de que era la zona de las costillas flotantes; por tanto, aunque tuviese alguna rota, no corría peligro.

Tanteó con cuidado el resto del tórax. Tenía tantos golpes que parecía una fruta demasiado madura, pero ninguno tenía aspecto de que fuese a costarle la vida, no esa noche. Más sosegada, le examinó los brazos y la cara. Tenía varios golpes fuertes, pero, por suerte para él, ninguno parecía haberle roto la mandíbula, aunque, cuando se recompusiera, tendría un dolor de mil demonios. Estaba hecho un asco... y lo volvería a estar, estaba convencida de ello. No era la primera y tenía pinta de que no iba a ser la última pelea en la que se metiese. Y, para su desgracia, sabía quién estaba tras ellas y encima tenía que reparar lo que su padre rompía. Parecía que ni huyendo de su lado se iba a librar del todo de su sombra, era como si la persiguiera sin descanso.

Lo único que no podía entender era por qué un hombre joven, con un buen trabajo que además consistía en ayudar a los demás, se metía en las tramas de Dragos.

¿Qué le habría llevado a combatir en un ring? No tenía el aspecto de un tipo de los que solían rodear a su padre; él era... era el hombre que la había vuelto loca y luego la había dejado tirada como un trapo sucio.

—A la pas... ma... no... por... —balbuceó de nuevo.

—Cálmate, no te preocupes —susurró, sonando como una madre mientras pasaba sus dedos por la mejilla y el pómulos inflamados—, no los llamaré, pero si es preciso llamaré a una ambulancia para tu traslado al hospital.

Tereza rasgó la camiseta, de todas formas estaba inservible, y observó con más detenimiento su abdomen. Tocó los puntos clave para asegurarse de que, más allá de los golpes y el aturdimiento, no había nada preocupante internamente.

Las costillas parecían intactas, pero no podía asegurarlo; se levantó a buscar

su maletín, que llevaba siempre encima. Sacó el fonendoscopio y se puso a auscultar el pecho de Benji. No percibió sonidos raros, como sibilancias, ronquidos, estertores o disminución de ruidos que pudiesen significar daños en los pulmones o incluso una hemorragia interna, así que respiró más tranquila al convencerse de que no era algo tan grave como para que ella no fuera capaz de solucionarlo.

—Bien, vamos a curarte... Benjamin.

Se detuvo un instante; siempre les buscaba nombre a los cadáveres con los que practicaba en la universidad, pues le gustaba pensar que eran personas a las que conocía... Sin embargo, en ese instante, cuando tenía en sus manos a alguien a quien en realidad conocía, eso no le pareció tan buena idea.

—Toma —dijo de repente Aitor, al que no había oído regresar, entregándole una gran bolsa repleta de todo lo que podría necesitar.

Con los materiales a mano, lavó, desinfectó y curó todas las heridas que pudo y de la mejor manera que supo. Al limpiar su rostro se dio cuenta de lo guapo que era a pesar de la inflamación que presentaba en el pómulo y en el labio. Éste fue el más difícil de curar, porque el corte era para poner puntos de sutura, así que lo limpió lo mejor que pudo y después unió los bordes, con sumo cuidado, para que quedasen lo mejor posible y, para terminar, cosió, con manos temblorosas, los puntos de aproximación sobre la herida.

Con lo que tenía no podía hacer nada más y, de todas formas, una cicatriz más no iba a notarse entre tantas otras. Ésa iba a quedarle bastante interesante y, aunque no podía asegurar que él recordase con el paso del tiempo esos momentos, ella no iba a olvidarse en la vida. Sobre todo no iba a olvidar las ganas de matarlo que sentía. ¿Por qué lo haría? No podía dejar de darle vueltas a la cabeza, pues no entendía qué lo impulsaba a actuar así. No lo necesitaba, ¿o sí? ¿Qué pretendía, probar lo macho que era?

Perdida en sus pensamientos, vendó la zona de las costillas con la ayuda de Aitor y después limpió toda la sangre reseca que pudo. Pidió a su compañero que pusiera dos antiinflamatorios en un vaso de agua y esperó a que se disolvieran.

—Aitor, necesito que me ayudes otra vez: incorpóralo para que pueda beberse esto.

Éste obedeció sin decir nada, tan sólo lo sostuvo con cuidado mientras Tereza le daba de beber la mezcla.

—Bueno, y ahora, ¿qué, Te?

—No lo sé. No tengo ni idea —dijo mientras se quitaba los guantes manchados de sangre—. No parece tener una conmoción, al menos grave, no ha vomitado... Creo que sólo tiene esos golpes.

—¿Podemos dejarlo fuera ya?

—¿Estás loco? ¿A su suerte? No, se quedará aquí a pasar la noche.

—¿Estás loca tú? Ni lo sueñes, Te.

—¿Qué me va a hacer, si no puede ni mover un dedo?

—No me fío. ¿Y si no está solo?

—Mira, que duerma en el almacén, en la colchoneta, ¿vale? Yo todavía tengo que terminar los baños y otras cosas. Mañana no abrimos a primera hora y puedes venir a comprobar que estoy bien. Tengo el móvil a tope de batería y...

—No te voy a convencer, ¿verdad?

—Lo siento, pero no.

—Entonces —la interrumpió Aitor—, quédate mi porra.

—No es necesario.

—Para ti quizá no, pero, para mí, sí. Así me quedo más tranquilo, no tengo ganas de pasarme la noche en vela por tu capricho.

—Está bien, dame la maldita porra.

—Si se pasa, directa a los huevos —ordenó haciendo el gesto en el aire.

—Gracias, sé donde pegar. Voy a ser médica.

—Tienes razón. —Sonrió—. Descansa, Te.

—Gracias, Aitor, buenas noches. Vete tranquilo, no me va a hacer ningún daño.

—Claro, ¿qué más podría hacerte? Es él, ¿verdad? El que te dejó tirada y por el que has estado triste estas últimas semanas.

—Buenas noches, Aitor —repitió, dejando claro que la conversación acababa ahí.

—Buenas noches. Cierra el almacén con el candado.

—Estaré bien, en serio.

—Vale. Tengo que irme sí o sí, si no me quedaría; lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé, dale muchos besos a Marco.

—De tu parte. —Sonrió mientras se iba.

CAPÍTULO 12

Tereza dejó a Ben tumbado para que descansara y se dedicó a los baños. Desde luego, limpiar los retretes después de una noche como ésa no tenía precio. La gente solía preguntarle si no le daba «cosa» tener que abrir un cuerpo humano y hurgar en su interior, meter las manos dentro y tocar músculos, órganos, sangre y demás fluidos, pero en ese preciso instante estaba segura de que no había nada peor que limpiar vómitos mezclados con orina, una combinación difícil de superar. ¡Qué asco!

Tras aguantar más de una arcada, los baños quedaron presentables y, agotada como estaba, se propuso descansar. Se acercó hasta el almacén, abrió con sigilo la puerta para no perturbar al paciente y observó cómo reposaba. Así tendido, con los ojos cerrados y tranquilo, no parecía una persona que se dedicara a combatir con cualquiera a cambio de dinero; todo lo contrario, tenía el aspecto de un niño inofensivo.

Se arrodilló a su lado y le tomó la temperatura corporal, observó las heridas que había curado y comprobó que la venda alrededor de su abdomen siguiera bien puesta. Se levantó y fue a por una de las toallas para secarse las manos que los empleados usaban y se la colocó sobre el pecho desnudo para cubrirlo; al hacerlo, se detuvo en una de tantas cicatrices que se habían cerrado solas. Los bordes abultados eran suaves, como el resto de su piel.

—Gracias —murmuró, sobresaltándola— por no avisar a la pasma — balbuceó.

—No me las des todavía, Ben. Si mueres, no habrá nada que agradecer, por no mencionar el hecho de que, si eso sucede en mi lugar de trabajo, me costará mi futuro curro y el resto de mi vida...

—Vamos, Tereza, no voy a morir... He estado peor... Siempre sobrevivo.

—¿Peor? Es difícil de imaginar —musitó. Su voz se había quedado estancada en su pecho, que se había llenado de esa emoción que siempre la embargaba cuando él pronunciaba su nombre.

—Esa cicatriz que acaricias —susurró logrando que la chica se ruborizara al ser consciente de que no había dejado de tocarlo ni un instante y que había provocado que sus ojos se cerraran, aunque no podía estar seguro si por el cansancio o por la caricia, si por el dolor o por el placer...— me tuvo fuera de juego dos semanas; cicatrizó mal, se infectó y las pasé realmente canutas.

—¿Por qué no ir a un hospital?

—Llamarían a los verdes y no quiero líos.

—¿No quieres líos? ¿En serio? No me imagino que lo que hagas sea más malo que tu aspecto.

—No, malo, no; ilegal, sí.

—Ben, ¿de qué se trata? ¿Por qué lo haces? No le encuentro ningún sentido... ¿para qué pelear hasta casi morir?

—Es algo que una chica como tú no debería saber...

—Te sorprendería lo que una chica como yo sabe y conoce.

—Boxeo. Me gusta pelear.

—Te gusta que te den de hostias... ya veo. Es evidente. Creo que, cuando estés mejor, deberías pasarte por el área de psiquiatría del Hospital General.

—¿Estarás tú?

—No, aunque algún día haré allí las prácticas.

—Quizá nos veamos de nuevo.

—Sí, en clase de abrir cadáveres, como sigas así.

La boca masculina se torció en una encantadora sonrisa e iluminó por unos segundos su mirada acuosa e inflamada, que la observaba sin parar.

—Sí, será lo más probable.

—Y... ¿merece la pena?

—A mí, sí.

—Bueno, supongo que algo bueno tienes que recibir a cambio de tantos golpes.

—Mucho dinero.

—Y, ¿para qué? Luego sólo te queda despilfarrarlo en la farmacia.

—De nuevo, equivocada, Tereza.

El sonido cantarín del móvil rompió la quietud y el momento.

—Tengo que ir a ver...

—Claro.

Tereza se alejó y se situó tras la barra del bar, dejando a sus espaldas el almacén, con su paciente dentro.

—Dime, Aitor.

—¿Todo bien?

—Por aquí, sí.

—Entonces, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Colgó y echó otro vistazo al hombre que había curado con mayor o menor fortuna y, al ver que de nuevo descansaba tranquilo, se recostó en el sillón del jefe y, sin apenas darse cuenta, se quedó dormida. Ya tendría tiempo de pedirle explicaciones cuando ambos estuviesen más descansados.

CAPÍTULO 13

Un pitido insistente la sobresaltó. Parpadeó todavía confusa, tratando de hallar la fuente del sonido: su móvil.

Miró la pantalla bizqueando y vio escrito el nombre de Aitor en ella.

—Buenos días, plasta —increpó a su interlocutor.

—Buenos días. Y nuestro amigo, ¿cómo está?

—No lo sé, voy a mirar.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Me he quedado dormida.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Espera, voy a ver.

Se levantó tambaleante, ya que la postura en la que se había quedado dormida le estaba pasando factura a su espalda y sus piernas, y se dirigió al almacén. Al llegar y abrir la puerta, se encontró con la sorpresa de que Benjamin se había esfumado de allí.

—No está —susurró al aparato sin poder contener la sorpresa y la decepción.

—¿No está?

—No, parece que se ha ido.

—¿Cómo?, si estaba hecho un asco.

—No tengo la más remota idea. Desde luego, no estaba en condiciones de ir a ningún lado.

—Bueno, ahora es su problema, bastante has hecho ya por él.

—Sí, supongo.

—Vale. Ahora te veo, te llevo café.

—Ok, hasta ahora.

La verdad era que esa clase de chicos era mejor mantenerlos alejados de una, y más si ya te habían roto el corazón, así que recogió el lío que había dejado en la habitación donde había acogido a su paciente sorpresa cuando, de pronto, se encontró con un sobre que llevaba una nota dirigida a ella.

Para mi preciosa heroína. Siento irme, pero, créeme, es lo mejor para ti.
Gracias por salvar una vida que apenas vale nada.

Benji

—¿Qué? ¿Qué demonios es esto? —exclamó cuando abrió el sobre y descubrió lo que ocultaba en su interior; mil euros en billetes de cincuenta, contó. Esa cantidad nada despreciable le vendrían genial, no podía negarlo, pero, aun así, no podía aceptarlo. No había hecho nada excepcional, habría ayudado a cualquiera que necesitara atención, así que ese pago tan generoso no era preciso, por eso iba a intentar encontrarlo y devolvérselo.

¿De verdad se lo quería devolver por eso? ¿A quién pretendía engañar? Quería... no, necesitaba que le diese alguna explicación, que le contase por qué de repente se había esfumado de su vida, por qué la había dejado cuando empezaba a sentir por él mucho más de lo que había sentido nunca por nadie ...

Aitor llegó temprano a pesar de que no tenía turno hasta más tarde, pero la preocupación por esa chica extraña y reservada, así la veía él, a pesar de que llevaban trabajando juntos varios meses, no lo dejaba tranquilo, así que se presentó con la excusa del café, aunque lo que en realidad pretendía era estar seguro de que ese tipejo se había largado y de que Te (le gustaba llamarla así) estaba bien, de una pieza.

Ese cabrón la había dejado bien jodida. Aunque jamás habían hablado de ello, la había estado observando y había visto cómo, de repente, ese guaperas había dejado de ir a verla al local y cómo ella se había pasado las noches mirando esperanzada en dirección a la puerta cada vez que ésta se abría, por si el siguiente cliente era él.

La vida era injusta; los gilipollas siempre tenían suerte y se llevaban a las mejores.

Tereza sonrió al verlo. Resultaba más que evidente que se había presentado

allí para comprobar que estaba bien, pues el bar no se abría hasta las siete de la tarde. Le agradeció en silencio el detalle, pero era absurdo pensar que Benji, en ese lamentable estado, iba a poder hacerle daño... al menos físico. Del otro, de ese que duele más aunque no se vean las marcas, ya le había hecho bastante.

—Buenos días —la saludó.

—Buenos días.

—¿Todo bien?

—Sí, sin problemas. Cansada, pero bien.

—Vete, yo ordenaré lo que queda por ti.

—¿De verdad?

—Claro. Venga, que hoy es tu día libre.

—Mi día libre... Lo había olvidado.

—¿Olvidado? ¿Tú? ¿Seguro que ese delincuente no se ha llevado una parte de tu cerebro? —soltó molesto.

—No, de mi cerebro, no. —«Aunque puede que se haya hecho con una parte de mi mente.»

* * *

Benji caminaba despacio, pues no era capaz de andar más aprisa, a pesar de que sabía lo importante que era alejarse de ese lugar. No quería que Tereza lo encontrase. Tendría que haber seguido el plan a pies juntillas, pero todo se había complicado y en ese momento llegaba la parte más difícil: volver a irse, dejarla sin explicación. Todo su plan inicial se había ido por el retrete en el momento en el que se dio cuenta de que esa chica le importaba y de que no iba a poder utilizarla para sus objetivos. No podía vengarse de Dragos usándola. Era incapaz. Sentía por ella algo que no estaba dispuesto a reconocer, ni tampoco quería hacerlo, pero que danzaba en su interior a su antojo, sin descanso.

Cuando decidió tomarse la justicia por su mano, no sabía en realidad en lo que se estaba metiendo. Ferrer se lo había advertido varias veces, pero él, en su ofuscación por vengar la muerte de su hermano, no había barajado la posibilidad de que esa joven que sólo había visto una noche mientras discutía con su padre fuese a llegar a ser importante para él, porque ¿cómo era posible tener sentimientos por alguien que llevaba la misma sangre que el hombre al que más

odiaba? No podía seguir a su lado, debía desaparecer; a veces la línea entre lo que estaba bien o mal se difumina hasta casi desaparecer, y verla le había recordado que su misión era acabar con la organización de la que Dragos era la cabeza.

Se había propuesto encontrarla y usarla para destruir al hombre que jugaba con las vidas de todo el que le apetecía. La lista de delitos del Dragón era interminable... contrabando de todo tipo: drogas, arte e incluso jóvenes que mandaba hacia Rumanía y Rusia con el fin de venderlas al mejor postor. Se decía que una vez allí seguía cobrando un alquiler por los servicios que prestaban durante dos años, cuando la mayoría de ellas estaban tan mal que no se tenían en pie y no servían para nada.

—Voy a cazarte —murmuró dando otro paso.

Llegó a su pequeño apartamento de cuarenta metros cuadrados que consistía en un salón con cocina americana, un reducido baño y un diminuto dormitorio en el que apenas entraba una cama individual... pero era su refugio, allí se escondía hasta que se recuperaba de una pelea. Esperaba que a Tereza no le picase la curiosidad lo suficiente como para llevarla a preguntar por ahí... No estaba seguro de que ella conociera muy bien los bajos fondos, aunque su padre fuese el dragón que gobernaba esas tierras, asolándolo todo a su paso con su aliento ardiente. Por el propio bien de Teresa, esperaba que no se le ocurriese acercarse a esa zona.

Se reclinó sobre el sofá y cerró los ojos, aliviado por la postura, y, al hacerlo, las manos de ella acariciando sus cicatrices inundaron su mente y soltó un suspiro.

Hacía tanto que no sentía su contacto suave sobre su cuerpo... pero no podía permitirse el lujo de soñar, debía estar bien despierto y atento; la tentación era demasiado fuerte y él temía caer en cualquier momento del lado equivocado. De hecho, había dejado de comunicar sus averiguaciones a Ferrer, había preferido mantener al teniente al margen de eso, ya que Khaos había desaparecido. Tal vez había perdido el norte, igual que parecía estar pasándole a él. Así que estaba solo, se jugaba la vida y era su elección. Y aunque tal vez se merecía algún castigo por lo que le había hecho, todavía no estaba preparado para ello.

Cerró los ojos y dejó que el sueño reparase las heridas físicas, ya que las del alma no resultarían tan fáciles de sanar.

CAPÍTULO 14

Tereza daba vueltas por los callejones donde suponía que los hombres de su padre buscaban presas fáciles: chicos enganchados hasta la médula, capaces de todo por un poco de pasta. Nunca habría imaginado a lo que se dedicaba su progenitor, pero en el momento en el que lo descubrió, se convirtió en una víctima inocente que tuvo que guardar un secreto demasiado grande para su menudo cuerpo.

Había decidido alejarse de Dragos y de todo lo que éste representaba, pero Benji la inquietaba, y no sólo porque sentía tanto y tan fuerte por él que no había podido quitárselo de la cabeza a pesar de haber pasado semanas hasta que volvió a aparecer, demacrado, en la puerta del local, sino porque necesitaba descubrir qué era lo que llevaba a un joven con un buen trabajo a hacer lo que él hacía... porque, aunque no se lo hubiese confesado, estaba convencida de que peleaba para su padre.

Deambulaba sin rumbo fijo por la peor zona de la ciudad; en realidad no tenía claro que Benji se moviese por esos círculos, pero, dado su aspecto y la conversación que habían mantenido, debía de haber estado alguna vez allí y tal vez alguien le dijese dónde poder dar con él. Había sentido un gran pesar cuando, día tras día, había acudido al parque de bomberos y siempre había obtenido la misma respuesta de sus compañeros: su inspector había pedido una excedencia indefinida y no había dado más señales de vida.

Podía ver la mirada de tristeza en Martínez, el compañero de Ben que lo ayudó en su rescate. Tereza suponía que la decepción era evidente en su rostro cada vez que aparecía y ellos tenían que darle esa misma contestación. Después de varias semanas, decidió que lo mejor para todos era dejar de aparecer por allí

y hacerse a la idea de que Benji no iba a regresar.

Sin embargo, en ese momento, volvía a intentarlo una vez más. Para ello se había metido en las zonas en las que supuso que podía encontrarlo, lo que le provocó un escalofrío. Aún recordaba la única pelea de la que había sido espectadora por casualidad y en la que, estaba convencida de ello, aquel joven había perdido la vida tras la gran cantidad de golpes que recibió con una rapidez pasmosa; todavía, o eso creía, podía oír el crujido de sus huesos sobre el tatami.

Su padre ni se molestó en negar lo que era, por eso huyó despavorida. No podía permanecer cerca del hombre que estaba detrás de esos combates y que, a costa del sufrimiento de otros, se enriquecía cada día un poco más.

No estaba segura de si Elisa la había ayudado tan sólo porque la quería como la hija que nunca había tenido —dándole, siempre que tenía la oportunidad, dinero en efectivo—, porque deseaba quitarla de en medio para ser la única mujer del Dragón o, tal vez, porque preveía que el día que ella descubriera todo el tinglado iba a poner pies en polvorosa y por eso la ayudó a estar preparada.

Fuera como fuese, se largó con lo puesto, una pequeña bolsa con lo mínimo y un buen fajo de dinero para comenzar. Había tenido la suerte de encontrar trabajo en ese bar de apuestas que, además, estaba cerca de su pequeño apartamento y no demasiado lejos de la facultad. Era... feliz... aunque no podía negar que echaba de menos a la familia que creía que eran; ya no podía estar segura de nada. También echaba de menos a Benji... Lo había pasado realmente mal cuando éste desapareció sin previo aviso, justo igual que había hecho por segunda vez después de que ella lo curara.

—¿Qué hace alguien como tú aquí? —preguntó un joven con temblores, sacándola de su ensoñación.

—Busco a una persona, ¿podrías ayudarme?

—Depende.

—¿De qué? —planteó, aunque conocía la respuesta de antemano.

—De lo que estés dispuesta a ofrecer —dijo a su vez el chico, que se notaba desesperado por un chute.

—Te doy uno de veinte si me das información acerca de él.

—¿Cómo se llama?

—Benji.

—Ah, sí, lo conozco. Viene a menudo.

—¿De verdad? —soltó sorprendida.

—Sí.

—Vale, dime cómo es.

—¿Es que no sabes cómo es el hombre al que buscas? Y luego dicen que el ido soy yo. —Rio de su propio chiste, mostrando una dentadura mellada.

—Yo sí, pero quiero estar segura de que dices la verdad.

—Está bien, pero, si te lo digo, ¿me darás el dinero? Tengo prisa —apremió, nervioso.

Tereza había visto a muchos chicos así en sus turnos de prácticas, pues el hospital donde echaba a veces una mano estaba muy cerca de ese barrio, en el que el porcentaje de drogadictos disparaba las medias nacionales. Sabía que, en breve, el temblor de las manos pasaría a todo el cuerpo y comenzaría a mostrar una actitud agresiva y no quería llegar a esos extremos, porque no tenía nada con lo que protegerse ni defenderse de un posible ataque.

—Es alto —continuó justo después de que asintiera—, mide alrededor de metro noventa, fuerte, pelo oscuro y ojos marrones... ¡Ah! Y tiene un montón de cicatrices.

—Sí, es él —suspiró aliviada.

—Aunque las dos últimas noches no ha aparecido.

—Imagino por qué... ¿Sabes dónde vive?

El joven se quedó en silencio un instante; el ruido de la gente que iba y venía entre cuchicheos la distrajo y pudo ver que al chico también, pues su mirada se había quedado fija en un tipo de aspecto amenazador, seguramente un matón de su padre. Se subió la capucha del abrigo para ocultarse todo lo posible; lo que le faltaba era que Dragos diese con ella... o que la descubrieran allí y se liase un buen alboroto que alertara a Benji. El muchacho suspiró y Tereza advirtió que tenía que haber sido guapo en otro tiempo, cuando los estragos de la droga y de una vida en la calle no habían aparecido aún.

—No estoy seguro, pero creo que en el bloque oscuro alto del fondo... ¿lo ves? —preguntó mientras lo señalaba.

—Sí, gracias —contestó a la vez que le daba el billete azul al chico—. Deberías dejarlo.

—¿El qué?

—Lo que sea que tomas, te va a arruinar la vida.

—Ya está arruinada.

—Demasiado joven para decir esas palabras.

—Gracias, señora —soltó antes de irse a toda prisa, sin duda, para conseguir la dosis que su cuerpo necesitaba para seguir unas horas más...

—De nada, cuídate —susurró, pero sólo el viento pareció oír sus buenos deseos.

Tereza caminó hasta el bloque alto de edificios que el joven le había indicado; parecía una caja de zapatos, era largo y estrecho, y daba la sensación de que se iba a caer en cualquier momento por culpa de alguna ráfaga de viento. Se acercó hasta el portal con una mano en el bolsillo de su abrigo apretando el espray de pimienta que siempre llevaba consigo, sólo por si acaso. Era su única defensa y, a pesar de que se temía que no valdría de nada, le daba algo de seguridad. Estaba empezando a tener los mismos temblores que el joven que la había ayudado.

Al acercarse vio las grietas que adornaban el edificio, que con toda seguridad había vivido tiempos mejores, y se fijó en unos jóvenes que iban con pantalón de chándal y sudaderas con capucha. Fumaban marihuana. Era obvio, el espeso olor lo impregnaba todo.

—Buenas noches —los interrumpió—. ¿Conocéis a Benji? —soltó sin más.

—¿Quién lo pregunta? No pareces de la pasma... ¿Eres su chica?

—¿Cómo sabéis que no soy poli?

—Estás acojonada, se te ve a leguas. No, no sabemos quién es...—respondió el otro.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Lárgate antes de que alguien menos amable que nosotros te haga daño, piba.

Iba a abrir la boca y replicar algo, pero prefirió irse y comportarse de una manera sensata para no arriesgarse a un enfrentamiento verbal que no tenía claro cómo podía acabar.

Se dio media vuelta y decidió que por ese día ya estaba bien de indagaciones, así que, con paso lento y firme, se alejó de esas calles oscuras y regresó a otras más iluminadas.

CAPÍTULO 15

Benji no asimilaba lo que estaba viendo a través de la sucia ventana, a pesar de que sus ojos eran una de las escasas partes de su anatomía que se habían librado de los golpes. No podía creer lo que observaba: era ella, sin duda. A pesar de esconder su figura bajo el pesado abrigo, estaba seguro de ello. Llevaba su hermosa y espesa melena oscura bajo la capucha de pelo del abrigo que la ocultaba, pero podía reconocer esos movimientos delicados y a la vez firmes con los que se movía sin temor a equivocarse.

¿Cómo lo había encontrado? Ni siquiera Ferrer, y mucho menos Dragos, sabían dónde se guarecía cuando permanecía durante días a solas, lamiéndose las heridas, que era, para su desgracia, muy a menudo.

Hablaba con el Pelucas y el Manco, dos chavales vecinos del bloque que se pasaban el día fumando canutos y en otro mundo. El Manco se ganó su apodo por meter un cuchillo en una tostadora: le dio tal calambre que le dejó la mano inservible; el Pelucas... bueno, eso no era una peluca, era toda una colección de ellas, pues tenía una melena tan larga y descuidada que podría albergar a una familia de pigmeos en su interior. Eran buenos chicos, pero estaban demasiado solos y el efecto de la marihuana los ayudaba a olvidarse de la mierda que les había tocado vivir.

Bajó con esfuerzo los escalones —en su edificio hacía años que el puto ascensor no funcionaba, entre otras cosas porque no se pagaba la electricidad de la comunidad ni la de los vecinos, que se las apañaban para obtener la luz gratis de otros bloques o directamente de la red—, y se acercó hasta los dos chicos.

—¿Qué pasa?

—Aquí estamos, echando unas caladas.

—¿Quién era esa mujer?

—¿No lo sabes? Pues ha preguntado por ti.

—¿Por mí?

—Sí, por Benji, y ése eres tú, ¿no, primo?

—Sí, ése soy yo. Qué raro, no la conozco.

—Tal vez deberías, estaba buena. —El Pelucas sonrió, para volver a lo suyo enseguida.

Ben decidió que, ya que se había animado a salir, daría una vuelta por los alrededores del que, desde hacía unos meses, era su barrio. Se había acostumbrado con demasiada facilidad a ver a los indigentes dormir en cualquier rincón, al abrigo de tristes cartones, a los alcohólicos en la esquina de la licorería durmiendo la borrachera, a los traficantes de poca monta trapicheando con chavales como el Manco y el Pelucas y las peleas clandestinas e improvisadas que se sucedían aquí y allá.

Ésa era en ese momento su gente, y le molestaba la miseria que se cocía a fuego lento a su alrededor; no podía evitar comparar su triste barrio, que se hundía en las arenas movedizas de la podredumbre a toda velocidad, con la gran casa que Dragos poseía, las joyas que lucía su mujer, los vehículos de los que disponía... gracias a los desgraciados que habitaban allí. Y ella, también la tenía a ella, y debía mantenerla al margen. Se lo había prometido; sin embargo, le estaba costando la misma vida cumplir esa parte del plan. Además, se había presentado allí, en la puerta de su bloque, y lo último que deseaba era que se mezclara en esos turbios asuntos.

No llevaba ni diez minutos caminando y ya no podía más. No tenía fuerza para seguir adelante, necesitaba tomar algo que calmase el dolor agudo que le atravesaba desde los pies hasta la cabeza y, después, pensar qué iba a hacer. Era evidente que no sólo él tenía sentimientos por Tereza, ella al parecer también sentía algo por él. Al principio le había parecido una gran idea hacerla adicta a él, a lo que representaba, a lo que en el fondo se temía que era. Ahora no tenía claro nada, ni siquiera qué era. ¿Un bombero?, ¿un hermano en busca de venganza?, ¿un hombre que deseaba destruir los negocios de Dragos por el bien común?, ¿o tal vez era uno de ellos, un adicto a la adrenalina que lo inundaba cuando se subía al ring, un yonqui de los aplausos, de los vítores que le lanzaban para que venciera al enemigo...? ¿Enemigo? Ni siquiera los conocía. Se temía

que, al final, había ganado el Dragón, convirtiéndolo en un pelele como a tantos otros, como a Adam.

Apretó los dientes y el gesto le recordó el golpe que le habían dado en la mandíbula; tendría que ir aclarando la situación y desde luego olvidarse de la parte del plan de derrotar a Dragos a través de su hija. No podía. Le había quedado claro hacía ya tiempo, por eso se alejó de ella, porque no quería hacerle más daño... y no lo haría. Buscaría otra forma.

* * *

Tereza llegó a su lugar de trabajo triste por no haber podido dar con él, por no haber podido verlo y asegurarse de que seguía vivo. Con todo, se recordó que al menos sería una noche tranquila, ya que no había ningún «superpartido», los mismos de siempre y poco más. Menos mal, se dijo, pues la verdad era que no estaba con ánimos para limpiar los baños después de muchos usos.

La noche pasó a cámara lenta; sirvió unas cuantas cervezas, alguna que otra copa, pero poco más. Aitor se fue en cuanto su turno acabó y la dejó terminando de recoger, sola. Siempre se iba el primero, pues tenía que encargarse de Marcos, el hijo de su hermana, quien había fallecido en un accidente de tráfico cuando su sobrino no era más que un bebé. Aitor luchó por su custodia con uñas y dientes, ya que del padre de la criatura ni siquiera se sabía el nombre. Por tanto, le tocaba trabajar y hacer de padre y madre de su sobrino, y no lo hacía nada mal. Nunca lo había oído quejarse y era un joven agradable, de esos a quienes les gusta a primera vista a todas las madres; sin embargo, había algo en él que no le llamaba la atención. «Porque es un chico bueno», insistía una voz en su cabeza... y tal vez tuviese razón; quizá alejarse de su padre no era suficiente, quizá estaba tan envenenada que, sin ser consciente de ello, buscaba tipos malos que le recordasen a él. «Como Benji.»

Estaba cerrando la puerta del bar cuando una voz la sobresaltó.

—He oído que me andabas buscando... —susurró.

Al darse media vuelta se topó con él. Lo miró un instante y pudo ver que la inflamación de la mejilla, del pómulo, casi había desaparecido y que las heridas de las cejas parecían cicatrizar bien.

—Sí, te he estado buscando. Ven, pasa —propuso abriendo de nuevo la

puerta del maltrecho garito.

Sabía que era peligroso; tal vez la otra noche no estuviese en condiciones de hacerle daño, pero en ese momento estaba bastante recuperado y tenía el poder de destrozarle el corazón de nuevo. A pesar de todo, quería... no, necesitaba correr el riesgo; lo había echado mucho de menos.

Podía tratar de autoconvencerse de que ya no le afectaba, de que estaba curada, pero el temblor que nacía en sus entrañas y se extendía por sus piernas le gritaba que sólo se mentía a sí misma y que así no iba a llegar muy lejos.

—¿Estás segura? ¿No te asusto?

—No, no creo que nada me asuste ya en esta vida.

—Demasiado joven para hablar así, ¿no crees?

—Demasiado... Además...

—¿Además?

«Si supieras quién es mi padre, el que tendría miedo serías tú.»

—Nada. Pasa, quiero ver cómo van las heridas; no creo que me hagas más daño, ¿no? —le espetó, echándole en cara su desaparición.

El comentario hizo que Benji sonriera torciendo la boca, lo que provocó que se marcaran más sus afiladas mejillas y sus hoyuelos. Era tan guapo que la dejaba sin aliento y ese calor que no escapaba de su interior se concentraba entre sus piernas, que, ansiosas, anhelaban el momento de volver a abrazar ese cuerpo masculino que tanto placer le había regalado. Era una auténtica lástima que su padre lo hubiese encontrado antes que ella.

—Sé que te debo una explicación —dijo siguiéndola.

—Siéntate ahí —ordenó, tratando de que su voz no temblara como el resto de su cuerpo.

—¿Ahí? ¿En la barra?

—No tengo otro lugar mejor, y ahí podré examinar bien las heridas.

—Está bien, Doc —aceptó sonriendo.

—Aún no, sólo estoy...

—Sí, ya lo sé, en tercer año.

—Parece que, al menos, la memoria no te falla.

—No, por ahora.

—Sí, es verdad... Con los golpes que te dan, es muy probable que la pierdas de un momento a otro.

—¿El qué? —preguntó.

Tereza se había acercado a su paciente, quien, instintivamente, la recibió con las fuertes piernas separadas para facilitarle el acceso hasta él. En ese instante, las manos de la chica acariciaban su rostro con delicadeza, observando los golpes que había recibido y mirando con detenimiento una de las heridas de la ceja. Benji tragó saliva al notar cómo los suaves dedos y la mirada de Tereza se dirigían luego hacia su boca, justo sobre su labio inferior, donde tenía otro golpe, y con extremo cuidado comprobaba que los puntos de sutura que le había dado pocas noches atrás cumplían con su función.

Tereza tragó saliva al acariciar el labio de Ben. Los recuerdos que trataba de olvidar con desespero aparecieron frescos y dolieron, y sintió unos deseos incontrolables de mirarlo a los ojos; tal vez viese en los de ella los reproches que guardaba desde hacía poco más de dos meses.

—La cabeza —susurró tragando la saliva que se acumulaba en su boca. ¿Por qué tenía que ser tan endiabladamente atractivo?

—Quizá ya la haya perdido —murmuró él a su vez, y ella advirtió la pena en su voz.

—El labio —carraspeó para recuperar la compostura—, parece que cierra bien, ¿te duele?

—Sólo un poco.

—Las heridas de las cejas también cicatrizan bien. ¿Puedo verte el torso?

—Entonces, ¿me quito la camiseta?

—Si no quieres, no voy a obligarte —contestó seca.

—No me importa —sonrió mientras se deshacía de ella—, tampoco va a ser la primera vez...

Tereza contuvo un jadeo al verlo. La luz iluminaba su esculpido pecho y la postura hacía que sus brazos, en tensión, dejarán entrever cada músculo, al igual que su abdomen perfecto... Sí, perfecto para lamerlo sin parar hasta dejarlo en los huesos. Tuvo que hacer un esfuerzo de concentración extremo y recordarse, varias miles de veces, que era una profesional y que en ese instante ese hombre que la ponía del revés era sólo su paciente, nada más. Pero no pudo evitar evocar el chocolate que, por alguna razón extraña, le recordó su torso y a ella le gustaba, y mucho, el chocolate.

—A ver —murmuró más para ella que para él—, parece que las heridas van

bien. ¿No te duele? ¿Estás seguro?

—No mucho, de verdad.

—Te dieron duro.

—El otro quedó peor —presumió.

—Para que eso resultara creíble, el otro tendría que haber acabado cadáver —soltó, y se arrepintió al momento, ya que era muy probable que eso fuera lo que hubiese sucedido.

La atmósfera se tensó entre los dos. De repente, el aire había dejado de ser una materia cristalina y ligera y se había convertido en un manto pesado y oscuro que los envolvía. Lo miró a los ojos y adivinó cosas que hubiese preferido no saber... Vio esa misma mirada que tenía su padre, una mirada velada que ocultaba secretos que no se podían confesar ni a uno mismo. Y no le gustó porque quiso sumergirse en ella y descubrirlo todo de ese chico peligroso que se había colado en su vida. Sí, peligroso, y más que por lo que fuera que lo llevaba a dejar que lo mataran a golpes, o el hecho de que se mezclara con gente de la peor calaña como era su padre, porque había sido el único que había dejado en ella una huella indeleble, como esos besos que dejan cicatrices.

—No, pero casi. —Sonrió.

—¿Por qué, Ben?

—Por dinero.

—Claro, siempre es por lo mismo... Hablando de eso, ten, esto es tuyo, no lo quiero —dijo molesta, poniendo frente a su cara el sobre con la pasta que llevaba en el bolsillo trasero del vaquero.

—Es para ti, Tereza. El pago por tus servicios.

—Que te quede claro que no hice nada que no hubiese hecho por cualquier otro en tu situación —escupió furiosa.

—Lo sé; es por eso mismo, porque me trataste como a cualquiera y no como a un...

—A un, ¿qué?

—A un desecho.

—Podrías cambiar eso, ¿sabes? No tienes necesidad de hacer esto. ¡Por el amor de Dios! Eres bombero. ¡Un puto héroe! —exclamó fuera de sí.

—¿Y si no quiero hacerlo?

—¿Qué puede darte esa vida que valga tanto la pena como para arriesgarte a

perder la tuya?

—No sabría decirlo —murmuró. Sin darse cuenta había puesto su mano sobre la de ella, que reposaba, a su vez, sobre los hematomas de su estómago; la calidez y suavidad de la mano de Tereza le hizo olvidarse por un momento de todo, excepto de ella—, es la adrenalina, el poder que siento sobre los demás, sobre mí mismo, llevarme al límite, sentir el dolor y...

—Deberías ir al Hospital General a...

—Sí, al ala de psiquiatría —sonrió con pena—; cuando estés tú por allí de prácticas, avísame y me acercaré.

—Eso no va a suceder. —Sonrió.

—¿Por?

—Aunque me tiene tenerte de paciente en una habitación acolchada, aislado, no quiero dedicarme a la salud mental.

—Entonces, ¿en qué te vas a especializar?

—Prefiero los traumas.

—Si es así, seguro que nos veremos de vez en cuando.

Benji había bajado la mirada y seguía con su mano áspera y destrozada sobre la delicada de Tereza; no deseaba romper ese instante, porque sabía que no habría más. Si quería que su plan funcionase, debía hacerlo, romper de inmediato, alejarse para siempre de ella. Ya no podía mantener el juego ni llevarlo hasta el límite para que, cuando se diera cuenta, estuviese enredada en su tela de araña, porque el que había quedado atrapado en sus redes era él.

—Entonces, ¿estoy bien, Doc? —preguntó separándose lo justo para que la situación se volviera incómoda.

—Sí, parece que esta vez has tenido suerte. De todas formas, te recomiendo que lo dejes.

—¿Qué crees que hago?

—Creo... no sé... que participas en peleas clandestinas.

—Buen ojo, sí, señor.

—Bueno, tengo experiencia.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —inquirió sorprendida y asustada a la vez. ¿Sería posible que él supiera quién era su padre?

—Bueno —reculó con rapidez—... siendo doctora, seguro que habrás visto a

algunos tipos como yo. —Debía ser cuidadoso. Tereza no tenía que descubrir que él sabía quién era antes del accidente, que se había acercado a ella porque sabía quién era su padre y que se alejaba por el mismo motivo.

—Todavía no soy médica, estoy...

—En tercer año, lo dices con bastante frecuencia. —Sonrió.

—Supongo que tengo que recordármelo a mí misma.

—Ahora... ¿qué?

—¿Ahora? —Tereza se quedó en silencio; en su mano tenía la oportunidad de pedirle las explicaciones que había tratado de inventarse ella misma, pero no sabía qué hacer. Estaba convencida de que Benji acabaría como aquel chico al que vio agonizar sobre el ring y, además, no le apetecía estar con alguien que disfrutaba de ese tipo de violencia—. Ahora coges tu dinero y te largas; tengo que irme a casa, a estudiar.

—El dinero es tuyo, por tus servicios como profesional.

—Te he dicho...

—Lo he oído; considéralo una donación para tus estudios. ¿Te puedo invitar a cenar? —¡Joder! ¿Acababa de soltar aquello? ¿Estaba loco o qué coño le pasaba? Tal vez sí que tenía la cabeza afectada de tanto puñetazo.

—¿Quieres invitarme a cenar?

—Eso parece. Bueno, me salvaste la vida y sigues cuidando de mí, creo que podríamos ir a cenar algo. Yo tengo hambre y me figuro que tú también.

Benji la miraba a los ojos, de ese tono intenso que lo traspasaban hasta calar en esa alma que creía perdida. Todo estaba en silencio, tan sólo el ruido del lavavajillas rompía ese momento. No tenía ni idea de por qué lo había hecho, pues en realidad debía desaparecer de nuevo. No podía entrar y salir de su vida como si nada, porque al final terminaría haciéndole un daño irreparable y, aunque eso era lo que anhelaba hacía unos meses, desde luego las cosas habían cambiado. Ella era su cielo y su infierno; era la que lo condenaba y salvaba, y no tenía claro cuál de las dos opciones prefería. ¿Cómo era posible que una sola persona lo fuese todo?

—Tengo que... Benji, no sé... esto es confuso. Te largaste sin una maldita explicación, ¡joder! —soltó con lágrimas en los ojos.

Era demasiado. Tereza era consciente de que no podía tener una relación normal con ese hombre, ni tampoco podía fingir ni olvidar lo que había habido

entre los dos; tal vez para él no hubiese significado más que sexo, pero para ella había representado mucho más. Le había entregado un trozo de ella cada vez que habían hecho el amor y ya no estaba segura de poder ni querer recuperarlos. La destrozaba la idea de verlo molido a golpes y no era capaz de entender qué razón era tan poderosa como para que valiese la pena esa mierda de vida de la que ella huía y se escondía por miedo a que la atrapase de nuevo.

—Lo sé; supongo que debería darte alguna explicación.

—¿Supones?

—Debería... debo... pero, créeme, Tereza, es mejor que me mantenga alejado de ti; no soy un buen chico, no soy adecuado para ti. Mis días están contados — declaró.

Dicho esto, el silencio se adueñó de sus bocas por unos eternos segundos. Benji no podía creer que lo hubiese dicho en voz alta; era la primera vez que lo admitía, incluso a sí mismo, pero era cierto. Sabía que tarde o temprano esa ansiada venganza y su osadía se lo harían pagar caro y no quería que ella se viese arrastrada al agujero donde sin duda terminaría, atrapado entre el dolor, los remordimientos y la culpa.

—Siendo así, tienes razón, no eres adecuado para mí.

—Aun así, tendrás que cenar.

—¿En serio?

—Mira, nos quedamos cerca de aquí, en algún sitio que conozcas y donde te sientas cómoda. Elige tú.

Tereza sopesó la situación; la verdad era que no le disgustaba la idea de cenar con él... En realidad no le disgustaba en absoluto la idea de tenerlo a su alrededor todo el tiempo que fuese posible. Tal vez ella fuese capaz de devolverlo a la luz, de sacarlo del pozo donde cada vez parecía más sumido. Así que, a su pesar, suspiró con fuerza y asintió. Total, no podía hacerle daño ir a cenar con él, ¿verdad?

—Vale, está bien. Iremos al Ruta 66.

—¡Guau! ¡Hamburguesa!

—Sí, me apetece una buena hamburguesa completa y patatas fritas de esas que parecen muelles.

—Venga, vamos. Me ha entrado un hambre canina.

—No estoy segura de que puedas comer algo.

—¿Por?

—Digas lo que digas, tiene que dolerte un montón la mandíbula y el labio.

—Soy un chico duro, ¿todavía no te has dado cuenta de ello?

Teresa sonrió para evitar contestar; claro que se había dado cuenta, ése era el maldito problema.

CAPÍTULO 16

El local era un sitio pequeño y mal iluminado que estaba hasta los topes de gente. Benji se había acostumbrado a huir de ese tipo de sitios en los que era muy fácil encontrarse a alguien que te conociera e hiciera preguntas incómodas. Preocupado por toparse con alguien de su entorno entre los clientes, no se percató de unos ojos que se relamían por lo que habían encontrado.

Al entrar, la mirada de más de uno se detuvo en el rostro de Tereza, aunque no pudo echarles nada en cara, pues era una mujer realmente atractiva; su melena oscura hacía que sus facciones resultaran aniñadas y sus grandes ojos grises parecían gritar que la reconfortasen.

—Buenas noches, Te; veo que vienes acompañada —dijo el hombre grueso desde detrás de la barra.

—Sí, esta noche sí.

—¿De dónde lo has sacado, del depósito de cadáveres? —bromeó.

—Más o menos. —Rio.

—Chico, qué mal aspecto tienes.

—Esto —dijo señalando su rostro, aún con las heridas frescas— no me ha impedido convencerla para venir a cenar.

—Eso es un punto a tu favor, muchacho, y se merece una birra —afirmó, jovial, el tipo.

—Siéntate aquí —le indicó Tereza señalando un taburete alto.

—¿Y tú?

—¿Yo? A tu lado, claro. —Sonrió mientras se hacía con otro taburete y se posicionaba a su derecha.

Por un instante, Benjamin se dejó llevar por la atmósfera relajada que lo

envolvía. Allí todos parecían conocerse y hacía tanto que no sabía lo que era estar distendido... La tensión constante se había convertido en algo tan cotidiano que no lograba despejarse ni un instante, pero en compañía de Tereza parecía lograrlo.

Pidieron dos hamburguesas completas con esas patatas rizadas de las que ella le había hablado y dos botellines de cerveza.

—Parece que te conocen bien aquí —comentó.

—Sí, me paso de vez en cuando, las hamburguesas son riquísimas.

—¿Por qué medicina?

—No lo sé, nunca me he parado a pensarlo.

Era algo que le llamaba poderosamente la atención. ¿Era acaso el destino tratando de reparar el daño que iba sembrando su padre?

—¿Un intento de complacer a tu padre? —preguntó tratando de sonar casual.

—No, no fue por eso. En realidad estoy bastante segura de que él no aprueba nada de lo que hago.

—¿No lo sabes? ¿Tan mala es tu relación con él? —Quería indagar un poco, descubrir algo más sobre lo que los había separado, aunque ya tenía una ligera sospecha del motivo, pero por otro lado no deseaba parecer entrometido y que ella sospechara algo.

—Ni buena ni mala, supongo. En realidad hace mucho que no sé nada de él.

—Lo siento.

—¿Por?

—No sé, por lo que fuera que pasara. Imagino que nunca es fácil perder a la familia. —Y en ese momento su corazón se quejó de nuevo.

—Bueno, ahora tengo lo que quiero, no dependo de nadie y hago lo que me place, así que creo que he salido ganando con el cambio. ¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Qué hay de ti? ¿Por qué ese empeño en que te rompan la crisma?

—Ya te he dicho que se gana mucho dinero.

—Sí, es cierto, pero quiero saber qué más hay.

—¿Debería haber más?

—¿No lo hay siempre? ¿Una novia que te rompió el corazón? ¿Algún pecado por el que pagas penitencia?

¡Maldita fuera! Había dado en el clavo y no se imaginaba cuánto, pero estaba

entrenado para las situaciones comprometidas, ¡era un puto bombero, joder!, aunque ya apenas lo recordase; sin embargo, era capaz de mantener la calma incluso en momentos como éste, en los que una cría, por muy atractiva y seductora que fuera, lo pillaba con la guardia baja.

—Nada de eso, supongo que me excita.

—¡Joder! ¡Pues búscate una chica! —exclamó Tereza de repente, algo que los pilló por sorpresa a ambos.

Sin esperarlo, una carcajada se escapó de su amplio y dolorido pecho. Hacía tanto tiempo que no se reía a gusto que lo cogió desprevenido y tuvo que sostenerse el estómago, porque las costillas todavía le dolían como si mil demonios le clavasen sus tridentes de fuego en ellas y temió, además, que los puntos que le había puesto Tereza en el labio se soltaran, ¡pero sentaba tan bien!

—Eso intento —contestó, acercándose más calmado y seductor.

Ella se había unido a su risa y Benji advirtió que era dulce y fluía como las suaves notas de un piano y no pudo evitar coger entre sus dedos uno de esos mechones de oscura seda y acariciarlo mientras lo colocaba detrás de su pequeña y redondeada oreja.

—¿Eso intentas? —murmuró ella con la respiración entrecortada de pronto.

—No sé si lo estoy haciendo bien, estoy muy desentrenado —confesó.

—Bueno, un punto a tu favor es que aún no me has golpeado y, otro, que me encanta la cena.

—Nunca haría nada que te dañara, puedes estar segura de ello.

—Me gustaría creerlo de verdad, pero te miro y no puedo evitar que la duda me sacuda. Además, desapareciste. Dos veces.

Era una situación rara. ¿En qué endemoniado momento se había dejado seducir de nuevo? ¿En qué segundo había empezado a cortejarla de verdad? Quería pensar que era todo por culpa del lío en el que estaba metido, debía mantenerse alejado de ella. ¿Acaso no era eso lo que había tratado de hacer esas semanas en las que había estado ausente, esos dos meses?

Pero había vuelto en cuanto la oportunidad se había presentado y no podía echarle la culpa a la misión, ni justificar que ella no era más que una herramienta. ¡Qué demonios! Tenía claro que no iba a usarla para llegar a su padre, ¿entonces? Entonces es que era un idiota redomado que se dejaba embaucar por esa mirada sincera del color del cielo cuando presagia tormenta,

por esa boca sonrosada que parecía exigirle a gritos que la besara allí mismo hasta dejarla sin sentido... en un bar de mala muerte lleno de gente y con dos platos con hamburguesas y patatas fritas esperando por ellos.

Y no quería, pues había decidido hacía ya un tiempo que no le rompería el corazón para joder a Dragos. Ella era diferente, no tenía nada que ver con su despreciable progenitor, por eso se había distanciado, aunque hacerlo le hubiese hecho trizas lo que le quedaba de corazón.

—La verdad —suspiró rindiéndose a lo que era lo más sensato—, haces bien; soy un chico malo, Tereza. No deberías estar cerca de mí, podrías quemarte hasta consumirte.

—Malo, no; peligroso, tal vez.

—Tienes razón.

—¿No vas a intentar convencerme de lo contrario? —planteó, y para Benji no pasó desapercibido el tono de decepción que impregnó sus palabras.

—No; si lo hiciera estaría mintiéndote y no quiero hacerlo. —De nuevo otra verdad, otro arranque de sinceridad. Pero ¿qué coño le pasaba? Iba a tener que dejarlo en ese momento, antes de embrollarlo todo todavía más.

Deseaba destruir a Dragos, pero no a través de Tereza; la quería al margen. Estaba claro que no tenía nada que ver con el ser que la había engendrado, nada en absoluto. Ella era diferente... sincera, honesta, con un gran corazón dispuesto siempre a ayudar a los demás, incluso a él, que no merecía nada después de cómo se había largado y la había dejado tirada sin explicaciones.

Se encontraba entre la espada y la pared. La deseaba como nunca antes había deseado a nadie, pero también tenía esa necesidad imperiosa de acabar con Dragos, y no podía olvidar que eran familia, y sobre todo no podía olvidar las dudas que lo asaltaban acerca de qué pasaría cuando ella supiera la verdad. Y lo que más le dolía era que, aunque sintiera que entre ellos podía haber algo, no iba a ser posible porque no pensaba dejar que ese delincuente siguiera captando jóvenes que se encontraban en sus momentos más bajos, de los que él se aprovechaba para exprimirlos hasta no dejar de ellos nada más que la sombra de un recuerdo que permanecía vivo exclusivamente en la memoria de los que los amaron... como hizo con su hermano, y se vengaría. Lo destruiría y disfrutaría con su caída; por eso sabía que tenía que alejarse de Tereza, porque no soportaba la idea de que, cada vez que lo mirase, sólo viese en él al hombre que acabó con

su padre...

—Lo cierto es que ése es otro punto a tu favor, parece que buscas el perdón. —Rio y se acercó a él un poco, lo suficiente como para que la besara si le placía, pero no podía hacerlo, porque estaba seguro de que no se conformaría con un beso. Ya sabía lo que era estar con ella... y lo echaba de menos. Cada fibra de su cuerpo pedía a gritos volver a sentir sus besos, sus caricias, su calor..., así que se alejó y comieron la hamburguesa con calma mientras comentaban cosas sin importancia, como el partido que tendría lugar el próximo sábado y la cantidad de gente a la que tendría que servir para después enfrentarse a los baños cuando todos se hubieran marchado.

Tereza procuraba ocultarlo, pero Benji sabía que estaba confusa y dolida; confusa por su regreso y su actitud, que a decir verdad ni él mismo entendía, y dolida porque él no la había besado, y no era que no tuviese ganas, ¡se moría por volver a hacerlo!, pero era mejor así, para los dos.

Benji la analizaba sin cesar; era tan diferente a lo que pensó en un principio... No era capaz de hallar nada de Dragos en ella; parecía una gran chica, una de esas de las que te enamoras y es para siempre, de las que dejan huella, una imborrable.

Terminaron la cena y Tereza se despidió cariñosamente del dueño del local. Al salir una ráfaga de aire frío les hizo sacudirse. Ella llevaba su abrigo con capucha, el mismo que había usado cuando se atrevió a ir a buscarlo, y él, con cuidado de no tocarla, le subió la capucha.

—Hace frío —murmuró.

—¿Sí? No me había dado cuenta, yo tengo calor —contestó perdida en su mirada.

Benjamin sabía que era el momento perfecto para besarla. Podía leer en sus ojos que le otorgaba permiso y estaba tan cerca que el calor que ella desprendía lo envolvía... y él deseaba sentir ese ardor, pero dudaba. Había demasiadas cosas que les impedirían estar juntos, ¿verdad?

De repente, mientras él se debatía entre lo que estaba bien o no, ella se alzó poniéndose de puntillas y se paseó por sus labios, dejando un suave beso sobre la herida que aún cicatrizaba.

Benji no supo reaccionar; se quedó helado y no por la atmósfera gélida que los envolvía, sino porque nunca se hubiese imaginado que un beso tan suave

como ése lo dejaría sin recursos... y sin aliento.

En ese instante se vio a sí mismo como aquel novato que entró en el cuerpo de bomberos, ese que no tenía idea de nada y del que todos se burlaban, pero al que sólo le importaba hacerlo bien, ser el mejor. ¿Dónde había quedado aquel chico? Lo sabía, enterrado junto a su hermano.

Y de pronto se sintió de nuevo así, como un joven con muchas esperanzas gracias al beso que Tereza le había regalado. Tantos años de experiencia, tanto dolor y sufrimiento... no le habían ayudado a encajar ese momento. Permanecía frente a ella sin saber qué hacer. Tereza reunió valor y volvió a la carga con un beso más profundo, y él siguió petrificado, desarmado por una joven por la que no debería sentir nada y por la que, sin embargo, lo sentía todo.

Y en ese momento lo supo. Era uno de esos... uno de esos besos que dejan cicatriz, de esos que, aunque pasen los años, siempre recuerdas. El beso se detuvo con la misma brusquedad con la que había comenzado. Tereza lo miraba a los ojos, mientras se mordía el labio inferior, confusa.

Vio la tristeza en sus ojos grises; sabía que estaba jugando con ella y que la descolocaba, dejándola igual de embrollado como se sentía él. Quería... no, necesitaba alejarse de ella, no pretendía lastimarla y sabía que de cualquier forma iba a terminar haciéndole daño, pero la necesidad que tenía de ella era tan abrumadora que lo hacía olvidarse de todo.

Tereza parpadeó y entreabrió los labios. Benji lo vio en su mirada, ese dolor que la iba a alejar de él y esa vez para siempre... No iba a permitir que volviese a usarla como un juguete... y entonces un sentimiento que había olvidado llamado orgullo se apoderó de él, y sus manos, que permanecían aún en su capucha, se colaron por debajo hasta su cuello para atraerla hacia él y hacerse con su boca.

No fue delicado como ella; la besó con fervor, con ansia, con un hambre voraz que no era consciente que sentía hasta ese extremo. Destilaba un deseo profundo que iba más allá de una venganza, un deseo de acallar la soledad que se tragaba cada día una parte de su ser.

Tereza, al sentirlo, emitió un jadeo que lo enloqueció y el beso se hizo más rudo; sus manos apretaron con fuerza el rostro femenino para acercarlo más a él, y su lengua se atrevió a invadir la boca de ella; ésta lo acogió y lo recibió con roces tiernos y tímidos de su lengua que le hicieron pensar que iba a perder la cordura.

Las manos se volvieron osadas y el brío que le había faltado antes bulló entonces, nervioso, acariciando el cuerpo de la joven mientras su lengua insistía en saborearla.

—¡Idos a un hotel! —gritó una voz a sus espaldas acompañada de una risita.

Benjamin se alejó de ella casi con la misma brusquedad con la que la había asaltado y, al hacerlo, la vio jadear con los ojos cerrados todavía por la impresión y el deseo arrollador que se había apoderado de sus cuerpos.

—Lo siento —masculló sin fuerzas—, pero he de irme.

Y desapareció a toda prisa, sintiéndose ruin, mezquino, pero necesitaba distanciarse todo lo posible de esa mujer que le hacía perder el control hasta olvidarse de todo, y meterse en peleas no era tan peligroso como lo que ella le hacía sentir.

CAPÍTULO 17

—Vale, adiós —masculló todavía aturdida con sus dedos sobre los labios—. Pero ¿qué demonios le pasa? ¿Qué le habrá ocurrido ahora? Está loco, eso es... a causa de alguno de los golpes que ha recibido en esa cabeza hueca. ¿Me besa de esa forma que no me permite ni andar y luego se vuelve a ir? ¡A la mierda todo! ¡Lárgate! ¿Me oyes? —gritó a la oscuridad—. ¡Vete y no vuelvas! Y después dicen que somos las mujeres las que no sabemos lo que queremos, las que estamos chifladas...

Tereza trató de sosegar; no tenía claro qué había sucedido, sólo era consciente de que su corazón no hallaba la forma de encontrar de nuevo su ritmo normal. No era la primera vez que la besaba, pero nunca había sentido tanto con un simple beso; era como si de repente todo hubiese dejado de existir excepto ellos dos y eso jamás le había pasado antes; su estómago se removía inquieto, en su interior notaba la marea que el aleteo de mariposas formaba, imperceptible para los demás y que, sin embargo, la desarmaba por completo.

Caminó despacio, dejando que el aire fresco calmara el calor de su pecho y la ira en su mente. El recuerdo del beso se negaba a abandonarla y cada paso que la acercaba a su apartamento era una tortura, pues no dejaba de rememorar el momento exacto en el que sus labios habían colisionado, devastándola.

Llegó molesta y farfullando improperios dirigidos todos a él y ni siquiera en sueños fue capaz de arrancar de su cabeza la imagen de Benji, la entrega, esa mirada asustada que le dedicó al alejarse, la forma precipitada en la que se había ido... ¿Qué ocultaría? Durante la noche, que se eternizó hasta lo imposible, sólo pudo dar vueltas a las miles de incógnitas que despertaba en ella, y frente al espejo y con el agua que perduraba en su pelo a causa de la ducha y que goteaba

por su cuerpo hasta el suelo, tuvo que sincerarse consigo misma y reconocer que debía distanciarse de Benji. Como bien había dicho él mismo, era un chico malo al que no le importaba nada ni nadie y que no temía perder la vida en cualquier instante porque en realidad no tenía nada que lo atara a este mundo. ¿De verdad quería a alguien tan parecido a su padre a su lado?

No, por algo se había marchado de su hogar. Necesitaba alejarse de todo lo que representaba el hombre al que había creído especial y en ese momento... en ese momento estaba locamente enamorada de un chico que era el fiel reflejo de lo que odiaba. Debía replantearse toda su vida; tal vez, si él se lo permitía, podría tenderle la mano y salvarlo, sacarlo de ese mundo en el que su padre era el Dragón al que todos temían y obedecían. Quizá sí que podía salvarlo a él de ese fuego que te quemaba hasta los huesos sin darte cuenta. Podría suceder que él deseara tomar esa mano, esa oportunidad de salir que ella estaba dispuesta a ofrecerle, aunque algo muy adentro le susurraba, con malicia, que no tenía nada tan grande que ofrecerle como para que cambiase de idea. Parecía tan decidido a terminar con su propia vida...

Se vistió perdida en sus pensamientos y se dirigió a clase. Sin duda iba a ser un día muy difícil para ella. Era consciente de que no iba a prestar atención ni a una sola de las explicaciones en el aula, pues se iba a dedicar a dejar vagar su mente por el recuerdo de la pasada noche, que no se había apagado ni un poco, y a saborear ese beso por si acaso era el último.

* * *

La mañana llegó demasiado pronto. Cansado y con un fuerte y persistente dolor que le recorría el cuerpo, se levantó y decidió que debía salir a correr; sí, sería lo mejor. Tenía que moverse de nuevo y ponerse en forma, pues a esas alturas no iba a ser remilgado y quedarse en la cama más de lo normal; debía estar preparado para el siguiente combate, que estaba programado para dentro de diez días. Además, le apetecía darse una vuelta por la casa del Dragón a ver qué se cocía por allí; había oído rumores de que el capitán Blanco tenía la intención de infiltrar a más agentes y que uno de los motivos había sido que él había dejado de dar señales de vida. Reconocía que no actuaba del todo bien, pero es que se había visto en la obligación de proceder de tal modo, porque sabía de

buena tinta que Dragos tenía compinches y espías por todos lados y lo último que necesitaba era que lo descubriesen antes de poder acabar aquello que se había propuesto y que tanto golpe no hubiese valido para nada.

Comenzó con paso suave y luego se animó a llevar un ritmo más rápido, que por desgracia tuvo que parar en seco porque lo llevaba a esforzarse demasiado y, aunque trataba de concentrarse en la respiración, el dolor era tan intenso que el aire no pasaba de su garganta. Por ello, siguió caminando a paso moderado para estirar los músculos magullados. La verdad era que Tereza había hecho un buen trabajo teniendo en cuenta lo rudimentario de los utensilios y de la situación.

Todavía no podía creer la suerte que había tenido cuando llegó, pues el local ya estaba cerrado, y ella, prácticamente sola. Había sido un inconsciente al presentarse allí, lo tenía claro, aunque tampoco era la primera vez que hacía una locura y lo sabía. Había acudido a ella en busca de ayuda, pero podía haber salido todo mal... que no hubiese tenido turno esa noche, que el bar hubiese estado hasta los topes y ella no hubiera podido curarlo... y entonces hubiese caído fulminado.

Con todo, las cosas parecían marchar bien por sí solas y pensaba aprovecharlo. Ésa sería una de sus últimas peleas, pues estaba decidido a no alargar mucho más la situación, sobre todo porque cada vez le costaba más recuperarse de los golpes, pero no le quedaba otra... Ya estaba metido en el fango hasta las orejas y tenía que nadar para no ahogarse. También tenía la otra opción, la de pasarse de verdad a ese bando. Podría hablar con Dragos, pedirle un trabajo cualquiera, aunque fuese el de matón a sueldo que extorsiona a los comerciantes ofreciéndoles protección a cambio de una buena parte de sus beneficios a fin de mes... pero él no era así, por más que lo tentara el dinero fácil, que era mucho, y la imagen de su hermano sin vida en un contenedor de basura, en vez de diluirse con el tiempo, se fijaba a fuego en su mente cada vez que estaba cerca de Dragos.

Se sentó sin aliento en un banco, cansado, sin darse cuenta de que estaba justo enfrente de la facultad de Medicina. No podía creerlo, pero había llegado hasta allí guiado por un hilo invisible, porque desde luego ésa no había sido su intención.

—Vaya, hola. ¿Qué haces aquí? ¿Me acosas?

—Algo así —contestó a Tereza—. La verdad es que he salido a correr sin

rumbo fijo y me he sentado aquí a descansar; ha sido cuando me he percatado de dónde estaba.

—Bueno, entonces has venido para dejarme plantada otra vez. Se está convirtiendo en una mala costumbre, MacKinney. Esta vez la que se va antes soy yo —soltó molesta.

No entendía nada que tuviese que ver con él, aparecía y desaparecía como por arte de magia. ¿Era un bombero o un mago? Sí, un mago de esos que, en cuanto te echan los polvos mágicos, se largan; justo de esa clase.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿Acompañarme? ¿Tú quieres hacerlo?

—Bueno, ya que estoy aquí...

—Vale, no hace falta, de verdad, déjalo. Adiós.

¿Qué acababa de suceder? ¿Estaba molesta? Parecía enfadada; desde luego otra cosa no, pero leer emociones siempre había sido su fuerte; sin embargo, con ella todo era más complicado. Se colocó junto a Tereza a paso rápido, lo que lo hizo jadear por el dolor y el esfuerzo.

—¿Es porque anoche me fui?

—No, ¿por qué iba a ser por eso? ¿Porque me dejaste tirada después de besarme como nunca antes me habían besado en mitad de un callejón oscuro en plena noche sin más? No, no me molesta eso, qué va. ¿O tal vez porque te veo en mi facultad y me hago la tonta ilusión de que has venido a verme para disculparte por todas las veces que te has largado y luego has aparecido sin más, pero resulta que has llegado aquí por causalidad y tu intención no era venir a hablar conmigo? No, eso tampoco me molesta. Supongo que hasta aquí hemos llegado. Ya me has pagado, no me debes nada, quédate tranquilo.

—Espera, espera, ¿es que acaso estás rompiendo conmigo?

—No hay nada que romper.

—¡Lo sé! Sin embargo, es lo que parece.

—Inspector Benjamin MacKinney, no tengo tiempo para tonterías, de verdad que tengo que trabajar. Y tampoco tengo tiempo suficiente como para perderlo contigo.

—Entonces te acompañaré.

—Es de día, ahora no lo necesito.

—¿Anoche sí?

—No hubiese estado mal, la verdad.

—Soy un cretino.

—Creo que estás un escalón por encima del cretino.

—Un gilipollas, ¿mejor?

—Sí, eso se acerca más.

—Eh, espera, por favor...

Estaba de nuevo frente a él; sus mejillas sonrosadas por el aire fresco, su melena oscura peinada hacia un lado que ocultaba parte de su rostro y el ojo que quedaba despejado, que lo miraba con la misma frialdad del gris que lo vestía...

Cogió una de sus manos entre las suyas y de nuevo la chispa lo alertó; tenía que mantenerse al otro lado de la barrera, no podía traspasar la delgada frontera, ¡lo tenía tan claro en su mente! Pero ¡joder!, es que era tan diferente cuando estaba a su lado...

—He sido un imbécil y no sólo anoche, pero es que...

—¿Es que...?

—Es que me asusté.

—¿De qué?

De nuevo sus cuerpos se habían acercado sin ser conscientes de ello, atraídos por una fuerza invisible que parecía empeñada en mantenerlos juntos.

—No lo sé, de todo, supongo. De eso... de lo que sentí con ese beso. —Otra vez dudaba, ¿mentía o era demasiado sincero?

—Yo también me asusté —confesó en voz baja.

—Me gustas mucho, Tereza, en serio, pero...

Ella esperaba, preguntándose qué debía hacer. Sabía que tenía que huir de él, pero a la vez era incapaz. No había podido mantenerlo ni un maldito segundo de las horas pasadas alejado de su mente. Su presencia, aun sin estar, la envolvía.

—Pero... —repitió; en ese instante su voz se había vuelto más ronca. La deseaba, quería besar de nuevo esos labios carnosos y tímidos que lo anhelaban con la misma fuerza que él a ellos.

Se acercó pasándole la mano libre por su nuca. La miró un instante, esperando que lo rechazase. ¡Por Dios!, deseaba con toda su alma que lo rechazase y así poner fin a la tortura de la que él solo no podía escapar. Sin embargo, Tereza no dijo nada, sólo entreabrió la boca, invitándolo a entrar otra vez... y eso hizo. El beso se alargó hasta que el frío que los rodeaba dejó de

existir y noviembre se convirtió en abril cuando sus bocas se unieron.

Ambos entregaron tanto que olvidaron que eran dos para volverse uno solo. ¿Era posible sentir algo así de fuerte por alguien del que apenas sabía nada?

Al parecer ella era capaz de albergar sentimientos poderosos por Benjamin, a pesar de que todo estaba en su contra, incluido su propio cerebro.

Sus manos se separaron de su cuerpo tembloroso y se atrevieron a acariciar el estómago masculino; notó las vendas apretadas a su alrededor y se imaginó a sí misma deshaciéndose de ellas, acariciando la lacerada piel bajo sus yemas, que quemaban por la excitación que eso le provocaba, ¡lo deseaba tanto! Hacía tanto que no experimentaba ese sentimiento...

En ese instante no podía pensar en otra cosa que no fuera llevarlo a su cama y desnudarlo con cuidado, besar cada herida, acariciar cada cicatriz, hacerlo suyo...

Cuando el beso acabó, Tereza echó en falta su respiración. Necesitaba aire y era incapaz de encontrarlo. Él la dejaba así, confusa, sin fuerzas, feliz... ¿Podría ser? ¿Podría funcionar? No si él no dejaba lo que hacía. No podía estar con alguien que cada semana se dejaba golpear como un saco de boxeo humano; ése era el juego, ganaba quien duraba más sin caer tras ser golpeado sin compasión... Todo era válido, la única regla era sobrevivir. Y eso la asustaba. ¿Y si entregaba su corazón a un hombre que tenía sus días contados? ¿Y si ese hombre era el único con el que podía ser feliz y se lo arrebataban demasiado pronto?

Todo eso la aturdió y la golpeó, porque para ella era una realidad. Sabía bien qué se cocía en los sótanos del Dragón y era tan real esa posibilidad de perderlo que hizo algo que la pilló por sorpresa incluso a ella.

—Vamos a mi casa.

—¿No tienes que trabajar?

—Avisaré a Aitor, le diré que estoy indisputa.

Con esas palabras sentenció su destino. Ben apretó sus manos y la siguió expectante, nervioso. La deseaba con cada poro de su piel y, aunque trataba de hacer lo correcto, ¡lo juraba!, lo que ella le hacía sentir era imposible de ignorar y la promesa de volver a estar dentro de ella anulaba las consecuencias que podrían llegar después. Sin duda podía perder mucho procurando obtener la venganza que tanto necesitaba; lo consiguiera o no, estaba claro quién sería el claro perdedor.

CAPÍTULO 18

La subida hasta el piso de Tereza parecía no tener fin. Ambos, ansiosos por estar a solas, no dejaron un rincón de la escalera en el que no se apoyaran, en el que no se regalaran un beso.

Tenerla así, entre sus brazos, lo llenaba de una nueva vitalidad, de una nueva emoción... esa a la que llamaban «esperanza», que le hacía poder creer que tal vez no era demasiado tarde para él.

El pequeño apartamento fue testigo de esa noche; cada recoveco fue espectador silencioso de la pasión que bulló entre ellos. Las manos de Benji se movían por el sinuoso cuerpo de Tereza, que respondía a cada caricia con jadeos y gemidos que lo enloquecían, que enardecían sus sentidos y que provocaban que gruñese salvaje en respuesta.

Sus bocas se unieron y sus lenguas jugaron mientras se deshacían de todo lo que les sobraba. Sus ropas volaron por los rincones como si fuesen serpentinadas saliendo disparadas sin ton ni son, bañándolo todo con sus colores.

Consiguieron llegar a la cama, en la que Tereza sentó a Benji y, con cuidado, le quitó las vendas, tal como había deseado cada maldito segundo desde que la dejó.

Sus dedos acariciaron las heridas y su boca besó cada lugar dañado, cada hematoma, cada cicatriz, mientras él se rendía a lo evidente. El juego que había trazado tan minuciosamente y para el que creía que estaba preparado le iba a costar caro, era consciente de ello. Su hermano había caído en las manos de Dragos, perdiendo la vida; él iba a perder la suya entre los brazos de Tereza, y no le importaba.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando la boca de Tereza se posó

en su miembro, que se endureció más, si eso era posible, ante el delicado roce. La lengua de la chica jugó justo con la parte más sensible de su sexo y verla con la lengua húmeda por la saliva y su propio líquido logró vencerlo. Con un ahogado jadeo, se rindió en silencio. Dejó que su espalda reposara sobre el cochón y la dejó ser la dueña de la situación: no opondría resistencia. No podía. Lo acababa de ver tan claro como la luz del día; abandonaría su venganza. Ella merecía mucho más la pena. Lo hacía sentir vivo de verdad y no podía ignorar ese sentimiento que era mil veces mejor y más potente que la adrenalina que recorría su cuerpo cuando se metía en el ring.

Como le sucedía cada vez que estaba con ella, se dejaría llevar, se olvidaría de todo menos del placer que esa mujer le hacía experimentar. La lengua y los labios, dulces y suaves, seguían recreándose en su miembro, a la vez que su mano acariciaba el resto, haciéndolo enloquecer, logrando que lo único que era capaz de escuchar fueran sus propios jadeos, que silenciaban todo lo demás.

Cuando la sintió subir sobre él y apoyar sus manos con cuidado en sus hombros, también lastimados, dejó de respirar y no volvió a hacerlo hasta el momento en el que sus sexos se unieron en uno solo, hambrientos y desesperados por tomar todo del otro.

Benjamin sólo podía sentirla a ella, sus movimientos continuos y rítmicos sobre él, sus manos rozando el pecho, la boca mordiendo con cuidado la suya o pasando la lengua por sus labios... y cuando el ritmo se aceleró, él se olvidó del dolor, la agarró con fuerza de las caderas y dejó que su orgasmo estallase a la vez que el de ella. Los jadeos de ambos se unieron al expirar un último suspiro de satisfacción seguido de los espasmos deliciosos que anunciaban el final del clímax.

Tereza se relajó y se apoyó sobre el pecho desnudo de Benji sin dejar que saliera de ella; así dejó que la noche la arropase con su oscuridad y que los latidos de su amante la llevaran a un sueño profundo del que no quería despertar.

Benji sintió cómo el cuerpo de Tereza se relajaba y se acomodaba sobre el suyo. Resultaba una sensación extraña; de repente sólo deseaba protegerla por encima de todo; ya no le importaba su venganza contra Dragos, sólo deseaba que estuviese a salvo y, después de pensarlo mucho durante esa larga noche, se separó de ella con todo el dolor que le causaba la pérdida de lo que él sabía que era capaz de tener junto a ella, una pérdida que llegaba antes que la oportunidad

de saber si lo suyo funcionaría, si ella lo aceptaría con todo, con sus virtudes y defectos, con los buenos actos y los malos; si ella lo aceptaría a pesar del lastre que colgaba de su pecho y soportaba su espalda... si lo aceptaría cuando supiera la verdad.

Ésa sería su última pelea, se iba a jugar el todo por el todo; pasara lo que pasase ese fin de semana, tanto si conseguía desenmascarar a Dragos como si no, lo dejaría. Se había cansado, después de tantos meses, de la misma mierda que le había hecho perder todo lo que importaba, todo por lo que había luchado, y no quería renunciar también a ella. Adam no lo hubiera querido.

Antes de cerrar la puerta la miró por última vez y se llevó las manos a los labios. Los besos de la mujer que se obligaba a dejar atrás aún permanecían cálidos en ellos y no sólo ahí, sino también en su pecho. Lo notó, otra cicatriz nueva. Una cicatriz profunda de las que dejan una huella para toda la vida, porque ella le había dado uno de esos besos que dejan cicatrices profundas en el alma, una imborrable.

CAPÍTULO 19

Tereza abrió los ojos sonriendo; acababa de despertar de un gran sueño. Benji había vuelto y ella estaba más enamorada todavía; le hacía sentir cosquillas en el alma y eso debía significar algo. Lo buscó a la par que parpadeaba para despejar su mente de la resaca de placer que la inundaba y se dio cuenta de que no estaba.

¿A dónde habría ido? Un ligero temblor recorrió su cuerpo, aún desnudo, y se paseó por la casa en su busca, pesquisa que duró poco, ya que el apartamento no tenía unas dimensiones como para que alguien pudiese perderse en él. Sobre la barra de la cocina vio un sobre marrón y sospechó qué contenía. Se negó a mirarlo o abrirlo, no deseaba leer lo que hubiese escrito ni lo que significaba, seguro que pondría algo como «Gracias por los servicios prestados», y de repente se sintió sucia. Con las lágrimas empañando sus ojos, se metió bajo la ducha para disimular ese llanto que no cesaba, sino que caía con tanta fuerza como el agua que la empapaba.

Se marchó a clase triste y estuvo sola todo el día. No es que tuviese muchos amigos, pero tampoco estaba de humor como para estar con los pocos con los que contaba.

Llegó la hora de empezar su turno en el trabajo y se encaminó, cabizbaja, al bar de apuestas. No había podido dejar de pensar en todo el día, que se había eternizado hasta decir basta, en lo mismo... Benji.

Tereza tenía una baza oculta que no había querido usar y que Ben desconocía: podía ir a casa de su padre y hablar con él y, si sus sospechas se confirmaban, podía rogarle a su progenitor que lo dejara, decirle que lo amaba. Estaba segura de que, a cambio de un precio, su padre accedería, aunque ese precio fuese muy alto, pues estaba convencida de que Dragos la obligaría a

perdonarlo, a volver a casa con él, pero por Ben estaba dispuesta a hacer ese sacrificio.

A malas, podía obligar a Dragos a dejarlos libres a los dos y a que les diera una buena suma de dinero y así tratar de ser felices lejos del Dragón y sus garras. Algo le decía que su padre no sólo era responsable del dolor que ella sentía, sino también del daño que padecía Ben.

—¿Una mala noche, Te? —preguntó Aitor nada más verla.

—Sí, casi no he dormido —mintió.

—¿Por? ¿Estás enferma? ¿Por eso faltaste ayer?

—Estoy de exámenes y tenía que estudiar mucho —mintió de nuevo.

—Bueno, pues prepárate para esta noche, porque va a ser movidita.

—¿Y eso? Hoy no hay ningún partido de esos del siglo.

—No, pero... ¿adivina qué? ¡Tenemos una despedida de soltero!

—¿Ahora nos dedicamos a eso?

—Al parecer, sí...

—Voy a cambiarme y salgo.

No le gustaba mentir; era una de las razones por las que se había largado de su casa, porque toda su vida había resultado ser una gran mentira a la que ella no estaba dispuesta a someterse. Se puso el pantalón negro y la camiseta en la que rezaba en letras blancas «¿Apuestas?», y un mandil de color granate anudado a su estrecha cintura.

Se miró una última vez en el espejo y comprobó que de verdad estaba mal; se la veía tan triste como cuando dejó todo lo que conocía y se marchó sin mirar atrás... No porque no le hubiese apetecido hacerlo, sino por ocultar las lágrimas amargas que derramaba mientras huía.

La noche fue horrible; estuvo desganada y se pasó todo el tiempo contestando a todos los que preguntaban por su mal aspecto la misma trola, que, después de repetirla tanto, parecía verdad: estaba cansada por los exámenes.

Benji la observaba a través de la puerta. Cada vez que alguien entraba o salía, la puerta oscilaba y él la contemplaba. Esperaba que hubiese leído la nota y que no pensara que era un sucio perro traidor que la había dejado tirada, otra vez, después de follársela... aunque, conociéndola, seguro que no había mirado dentro del sobre.

Apretó los puños cuando el gorila que trabajaba con ella se acercó más de la

cuenta y le retiró un mechón de su hermoso pelo de la cara para colocárselo tras la oreja. No le gustó. Sabía que éste andaba al acecho, pero no iba a arrebatarle la caza. Lo haría por ella. Diría adiós a todo. Lo dejaría. Ésa sería su última pelea. Ella merecía mucho más la pena que llevar a cabo una venganza que de repente no parecía tener sentido.

Sonrió con tristeza. Lo había meditado todo durante meses, calculando al detalle cada uno de los aspectos del plan, y siempre se dijo que el odio hacia Dragos y lo que le hizo a su hermano serían el aliciente preciso para no rendirse nunca, por duro que fuese el camino, pero es que Tereza había resultado ser... diferente. Había resultado ser la mujer de su vida.

Con pesar, se dio la vuelta cuando los clientes ya fueron escasos y se marchó, sin despedirse, a prepararse para librar la última pelea, esa que le daría el triunfo o la amarga derrota. Después de ese combate, no habría marcha atrás y su futuro, de una forma u otra, sería distinto; tan sólo esperaba que fuese junto a ella.

* * *

Dragos estaba impaciente, iban a presenciar una gran pelea. Tenía los dedos cargados de excitación y deseaba que esos desechos lo dieran todo en el ring. Las apuestas iban a ser fuertes y él quería ganar mucho dinero; tal vez, con suerte, alguno acabaría muriendo delante del público y eso provocaría que los presentes se volvieran locos en las siguientes peleas. No tenía claro con quién empezar. Tendría que hablar con el Ángel, su hombre de confianza, lo más parecido a un hijo que había tenido; uno con muchos traumas y algo sádico, pero ¿qué hijo no tenía algún que otro defecto?

Se estaba arreglando el nudo de la corbata cuando llamaron a la puerta.

—Adelante.

—Señor.

—¿Qué sucede, hijo?

—Tengo noticias.

—¿Buenas o malas?

Cezar torció la cabeza y dejó que su vista se perdiera en algún punto que sólo él pudo ver; no tenía claro cómo contestar a esa pregunta, por eso meditaba la respuesta.

—De las dos, creo. He encontrado a Tereza; ya he localizado dónde vive.

—Eso es fantástico. —Sonrió—. ¿Cuál es la mala?

—Está con alguien y no le va a gustar saber de quién se trata.

—¿Quién es?

—Es ese luchador al que llaman Benji.

—¿Mi hija está con esa basura? ¿Estás seguro de eso, Cezar?

—Los he visto... en una actitud que no dejaba lugar a dudas, señor.

—Está bien, ya lo tengo claro. Lo quiero fuera de juego, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí, señor.

Dragos estaba furioso. Se paseaba por la habitación procurando calmar el fuego que se arremolinaba en su pecho y que pugnaba con fuerza por salir y arrasarlo todo a su paso, pero no podía permitirselo. Debía tranquilizarse; iba a ser el anfitrión de esa velada y tenía que dar ejemplo.

* * *

Tereza llegó exhausta a su triste y solitario piso, se sentó a la barra de la cocina y miró el sobre; lo hizo durante un tiempo indefinido, con la mente perdida en las dos posibilidades. Se levantó al cabo de un buen rato y decidió que quería saber qué era lo que había en el interior de ese sobre. Si tenía que despedirse para siempre de un futuro con Ben, mejor empezar en ese momento.

El sobre estaba tan solo como ella... El papel arrugado era testigo de que las horas pasaban para todos y, cuando sacó la nota, cerró los ojos y parpadeó para alejar unas lágrimas que parecían prever que lo que hallaría sería doloroso.

Cuando miró dentro encontró varios billetes de cien y de cincuenta que no se molestó en contar. La nota, doblada, contenía lo que de verdad le interesaba, sus palabras.

Respiró profundamente para darse ánimos y abrió el trozo de papel. Estaba arrugado igual que el sobre, y mal cortado; se notaba que lo había escrito a toda prisa, porque las letras eran desiguales y algunas eran ilegibles.

No me odies, ésta va a ser la última vez. Pase lo que pase, ésta va a ser la pelea final. Espero poder explicártelo todo. El dinero es sólo por si me

sucede algo, para que puedas acabar la carrera con un poco más de desahogo. Creo que te quiero.

Ben

«Creo que te quiero.» ¿Eso decía la nota? Sí, exactamente eso. Volvió a leerla, varias veces, y sonrió mientras apretaba el papel contra su alborotado pecho. ¿Creía que la quería? ¿Iba a volver y a explicárselo todo? Tal vez sí que tenía una oportunidad. Sacó el dinero del sobre y, cuando lo contó, no pudo creerlo: había algo más de seis mil euros. Desde luego le pagarían buena parte de las matrículas y de los libros de los siguientes años. Pero eso no era lo más importante, sino el hecho de que quería volver junto a ella, de que no eran sólo imaginaciones suyas lo que sucedía cuando estaban juntos, era tan real para ella como para él.

Nerviosa por todo, decidió que era hora de ir a ver a su padre; no podía permitir que Benji peleara. Tenía que explicarle a Dragos la situación, contarle lo que había entre ambos, lo que ella sentía por él. Debía convencerlo de que lo liberara de la deuda que tuviera, que los dejara en paz para tratar de labrarse juntos un futuro. Era tarde, pero no iba a poder dormir con la emoción tan intensa que la recorría. Tenía que hablar con su padre.

Sin más esperas, iba a ponerse en marcha cuando recordó que no tenía vehículo, así que se dijo que llamaría un taxi. Llegaría a casa de su padre casi al amanecer, pero no le importaba, de todas formas él no solía irse a la cama pronto, ¿verdad?

El taxi se detuvo en la puerta de la gran casa, que parecía estar en silencio y tranquila. Tereza se preguntó cómo era capaz su progenitor de mantener tal discreción. Se bajó después de pagar la carrera y se despidió del conductor. Cada paso que daba le costaba un trozo de su alma; hacía casi un año que se había largado de allí entre lágrimas y jurando que no volvería.

Con manos temblorosas, llamó a la puerta; esperó con paciencia a que alguna de las jóvenes que trabajaban en la casa abriesen. Cada segundo que pasaba le provocaba más y más dificultad para respirar, hasta que sintió que se quedaba sin aire.

La puerta se abrió y la chica que apareció tras ella le resultó desconocida.

—Buenas noches, señorita. ¿Qué desea?

—Buenas noches —contestó, aunque ya casi amanecía—. Soy Tereza, vengo a ver a mi padre.

A la muchacha le cambió el semblante en cuanto hubo dicho esas palabras, se apartó con rapidez de la puerta y la invitó a pasar. Corría más que andaba por la escalera para llegar a la habitación de Dragos; al parecer ya se había acabado el espectáculo, o tal vez se había aburrido ya de verlo.

Al cabo de cinco minutos, la chica reapareció para indicarle que su padre la esperaba en su despacho de la planta de arriba. Tereza le agradeció a la joven su atención con un gesto de cabeza y subió a toda prisa hasta el lugar donde iba a enfrentarse al Dragón.

Soltó el aire que tenía contenido en los pulmones antes de golpear la puerta con los nudillos. Al oír la voz, el vello de su nuca se erizó; experimentó una mezcla extraña de emociones... por un lado era su padre y se alegraba de volver a verlo, pero por otro... no podía ni quería perdonarle lo que era.

—Adelante.

Tereza abrió la puerta despacio y se coló en la habitación, cerrando la puerta tras ella. Esos meses habían cambiado a su padre; parecía más mayor, aunque seguía en plena forma. Era un hombre que la gran mayoría de las mujeres considerarían atractivo, pero para ella era el hombre que le había mentado durante toda su vida.

—Dragos.

—¿Dragos? ¿Después de tanto tiempo y no muestras ni una pizca de alegría?

—Estoy contenta de ver que sigues bien.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? ¿Cómo te va?

—Vamos, papá, no me vengas con ésas. Me tienes vigilada, lo sé. ¿O acaso no te han contado tus matones que casi me matan provocando un accidente de coche?

Dragos apretó la mandíbula y cerró los ojos un instante al recordar lo que le habían contado de aquella noche de hacía unos meses.

—Eso ya está arreglado.

—¿A tu manera?

—Puede o no gustarte, pero es lo que soy.

—No me gusta ni lo apruebo.

—Lo dejaste claro cuando te fuiste y no regresaste, lo que me lleva a preguntar... ¿qué te trae de vuelta, y a estas horas?

—Quiero que dejes libre a alguien.

—¿Que deje libre a alguien? No soy un esclavista.

—Yo no estoy tan segura.

—¿De quién se trata? Me puede la curiosidad.

—Es un chico que participa en tus combates, se hace llamar Benji.

—No sé quién es.

—De ser así no pelearía este fin de semana en los bajos de nuestra casa. Sé que lo controlas todo, no dejas nada al azar.

—¿Qué significa ese tipo para ti?

—Estoy enamorada de él.

—Él no lo está de ti.

—No es cierto, me ha dicho que me ama.

—Te ha mentado.

—¿Cómo lo sabes? —se encaró a su padre. Se negaba a creerlo, Dragos sólo quería hacerle daño.

—Me lo ha dicho él mismo.

—Mientes —le espetó apretando los dientes.

—Como bien sabes, te he tenido vigilada y conocía tu relación con ese... — Tereza lo miró con furia, porque sabía qué era lo que iba a decir y no estaba dispuesta a permitirselo—... joven, así que, cuando lo hemos interrogado para saber qué intenciones tenía contigo, ha confesado que se acercó a ti tan sólo para llegar a mí y así ascender dentro del... negocio. Cuando le he ofrecido una gran suma de dinero por desaparecer de nuestras vidas, no ha dudado un segundo en aceptar. Ni siquiera he tenido que regatear la cifra. La ha tomado sin más.

—No te creo.

—Es la verdad.

—Estás mintiendo. Libéralo. Te lo ordeno —soltó haciendo acopio del poco valor que le quedaba.

—¿Me lo ordenas? No me vengas con tonterías. Lo que te digo es cierto; trata de localizarlo y lo verás. No ha dudado en absoluto. No ha pestañado, ni siquiera cuando me ha dicho a la cara que sólo eras un medio para llegar a mí. Por eso se acercó a ti. Lo que no entiendo, hija mía, es cómo has podido fijarte

en un drogadicto al que no le queda mucho de vida. Me hace feliz saber que con mi dinero se comprará una muerte rápida y placentera.

—No es un drogadicto.

—Lo es, te lo aseguro. Tal vez no tome las drogas convencionales, pero la adrenalina es la peor droga de todas y, cuando no la obtenga aquí, la va a ir a buscar a cualquier lado, hará lo que sea por sentirla de nuevo.

—Es falso, el no...

—¿Lo conoces en realidad? ¿Ha tenido un comportamiento normal contigo?

Tereza no podía creer lo que estaba escuchando, pero tenía sentido... Era cierto que Benji había desaparecido de su vida sin avisar varias veces, y eso que le tenía que explicar... los secretos, las dudas de qué hacía un bombero metido en combates... Tenía algo por lo que jugarse el tipo, aunque no supiera qué, y en ese momento todo encajó. Ella pensaba que tenía un as bajo la manga, cuando en el fondo quien lo había escondido todo ese tiempo había sido él.

Se dio media vuelta y comenzó a andar deprisa; necesitaba largarse de allí, poner tierra de por medio. No tenía la entereza suficiente como para enfrentarse a su padre de nuevo y tampoco quería que la viese llorar. Estaba destrozada.

—¿Vas a volver a desaparecer?

—No, no voy a volver a desaparecer, porque eso implicaría que podría regresar. Lo que te pido, padre, es que me entierres. No quiero volver a saber de ti. Si antes no podía estar a tu lado, ahora ese sentimiento es mucho más fuerte todavía. Me has engañado, me has utilizado y acabas de quitarme lo único que me hacía feliz. Gracias por nada, Dragos.

Así, desolada y conteniendo a duras penas las lágrimas y el pesar que sentía, se marchó de una casa en la que el brillo y el lujo no eran más que una tapadera que ocultaba todo el dolor y la oscuridad que embargaba a todos lo que habitaban en ella.

CAPÍTULO 20

Cuatro años después

La imagen le robó el aliento y también detuvo, durante unos segundos, los latidos de su corazón. No sabía muy bien qué pensar de aquello. Cuatro largos años daban para mucho y, además, él ya no era el mismo. Una ráfaga de aire gélido le provocó un escalofrío y, por instinto, se llevó la mano a la pierna izquierda. No había vuelto a ser la misma desde aquella noche, aquella en la que lo arrojaron a un sucio contenedor de basura y pasó lo que pensó que eran los últimos minutos de vida rodeado por el olor que emanaba de los desechos. Y en eso se había convertido.

Después, cuando todo hubo pasado, se dio cuenta de que en la única persona que había pensado había sido en ella... en el futuro que podían haber tenido juntos y que, sin embargo, había acabado antes de comenzar. En ella... no en su hermano, no en él, sino en la mujer que debía odiar por ser hija de quien era y a la que amaba con toda el alma, más que a su propia vida, estuviera donde estuviese.

Tras esos minutos eternos en los que trató de seguir con vida el tiempo suficiente como para que alguien lo sacara de allí, perdió el conocimiento para despertar días después con graves secuelas y solo. Ella se había evaporado, sin dejar rastro.

Y en ese momento, gracias a Ferrer, la había vuelto a encontrar y la sombra alargada de su padre volvía a planear sobre ellos, ocultando el sol que podían haber creado juntos para sustituirlo por capas negruzcas de tristeza y pérdida.

El dolor fue tan agudo que necesitó aferrarse al troco del árbol que le servía

de cobijo; había sentido una emoción que nunca creyó poder volver a experimentar. La había vuelto a ver cuando ya casi había tirado la toalla, y estaba más hermosa todavía, si es que eso era posible. Sus rasgos infantiles habían dado paso a otros más maduros; parecía que la vida la había tratado bien. Seguía en guerra consigo mismo, pues sus sentimientos batallaban con tanta fuerza como la primera vez que la vio, pero tenía claro que la amaba como siempre, tal vez más, pues sabía el dolor que provocaba la pérdida.

La había buscado sin descanso durante los primeros meses, pero después se tuvo que dar por vencido y centrarse en su recuperación. Nadie parecía ser capaz de dar con ella o facilitarle alguna pista, nadie, ni siquiera el cabrón de su padre cuando tuvo la entereza de presentarse frente a él, en la cárcel, donde esperaba que se pudriera hasta el fin de sus días. El hecho de que pareciera haberse esfumado lo atormentó durante largas noches, en las que tuvo miedo de que Dragos hubiese cometido una atrocidad digna de él. Lo creía capaz de eso, o a ese tal Ángel, que era el mal personificado.

Al reencontrarla, la había estado observando durante días. Era consciente de que el tiempo se agotaba demasiado rápido, pero no había tenido el valor que en otro tiempo le sobraba y, para colmo, nunca parecía ser el momento apropiado. Ese día se había prometido hacerlo, se había jurado que no iba a echarse atrás, que hablaría con ella y, entonces, la vio... con él... y su corazón dejó de latir de nuevo. Y lo supo... supo que era suyo. Ese niño que se aferraba a la mano de la mujer que aún amaba era suyo, era como... como si viese a su hermano o a él mismo de pequeños.

Se agarró al tronco del árbol con más fuerza. Sentía que iba a desfallecer y luchaba por no caer y a la vez por mantener en su estómago esa necesidad que subía hasta su pecho y le apretaba con fuerza, restándole el poco aliento que era capaz de respirar.

Tenía un hijo. Tenía... un... hijo...

Y si en algún momento, en un intento de calmarse, se le pasó por la cabeza la posibilidad de que ese crío no fuera suyo, esas dudas se disiparon tan aprisa como la bruma temprana al brillar el sol cuando Tereza lo llamó por su nombre: Ben. ¡Joder! Lo había llamado como él; sin tener claro por qué, ya que era algo que acababa de descubrir y de lo que ni siquiera tenía la confirmación, sintió una sensación de orgullo que infló su pecho, llenándolo de aire fresco.

* * *

El día se había alargado hasta lo imposible... La casa, la compra, contestar llamadas de teleoperadores que deseaban venderle a la fuerza algo que ni siquiera necesitaba, una guardia horrible en la que había tenido que atender casos complicados...

Era en esos días, cuando sus defensas caían, cuando se preguntaba, aunque no lo reconociera, cómo habría sido si lo hubiese tenido a su lado, si no la hubiera dejado a cambio de un puñado de euros... Tomo un largo sorbo del café bien cargado que había comprado en la cafetería del hospital; necesitaba estar bien para Ben, no podía recogerlo en ese estado, con los ojos empañados sosteniendo a duras penas las lágrimas que precisaba derramar.

A veces, sólo a veces, se arrepentía de haberle puesto su nombre, pues le recordaba demasiado a él... Tenía su misma mirada y esa sonrisa que hacía que su corazón diese un vuelco, pero a la vez pensaba que era lo correcto, que era una prueba de que había sido verdad.

—Mamá, ese hombre que está junto al coche te mira raro —dijo con su tierna voz, regresándola a la realidad.

—¿Qué hombre, Ben? —preguntó dirigiendo la mirada hacia el lugar que su hijo le había indicado.

Al principio dudó, estaba algo lejos todavía, pero la sensación era la misma, esa que parecía ponerlo todo al revés, como si estuviese montada en una montaña rusa interminable. ¿Era él? ¿Realmente era él? ¿Cómo coño la había encontrado? ¿Cómo se atrevía a aparecer después de tantos años?

Desde luego no había elegido el mejor día para hacerlo; estaba cabreada y no iba a dejarlo hablar, él iba a escucharla a ella.

—Ben, métete en el coche y cierra la puerta hasta que yo la abra —ordenó mientras se acercaban al vehículo.

Tereza temblaba; tenía que controlar demasiados sentimientos y, además, mantener a raya las dichas lágrimas que de nuevo humedecían sus ojos.

Sin molestarse en comprobar que el niño la obedecía, se acercó hasta donde Benjamin la esperaba; al menos había tenido la prudencia de alejarse unos metros del vehículo. Buscaba en su rostro, casi con desesperación, algo que le

corroborase que él no había tenido otra opción que desaparecer, pero por el momento no vio nada.

Eso le hizo sentir más rabia si cabía. Quería gritarle, golpearlo estando en un lugar en el que nadie pudiese verlos, en el que su hijo no pudiese verlos..., pero no podía hacerlo; tenía que contener todo ese huracán de emociones que estaba a punto de hacerla caer, así que apretó los puños y los dientes para cerrarles la salida a las palabras que empujaban dentro de su pecho para escapar con la fuerza de un ciclón y estrellarse en la cara de ese hombre cuyos besos le habían dejado tantas cicatrices.

—¿Qué haces aquí? —soltó, sin saber muy bien cómo lo había conseguido.

—Yo... —No podía dejar de mirarlo. Parecía estar tan perdido como ella; sus ojos no dejaban de ir de un lado para otro y se fijaban en el rostro infantil que había tras la ventanilla del coche.

—Lo repetiré una vez más, ¿qué coño haces aquí?

—Tereza... —Intentó de nuevo decir algo, pero, ¡maldita sea!, las palabras se atascaban en su garganta igual que su pierna se atascaba a veces al querer caminar.

—Vete. No voy a perder ni un solo segundo más de mi tiempo contigo.

Dicho esto, se giró con la ira rugiendo por sus venas, casi podía oírla, casi...

—Tereza, espera, creo que debemos hablar.

—¿Crees que debemos hablar? —le espetó dando media vuelta de forma imperiosa—. Pues yo creo que llegas varios años tarde para esa charla.

—Tuve mis motivos.

—Sí, el dinero es un poderoso motivo; lo tengo claro, me he criado rodeada de él.

—¿Eso es lo que piensas?

—Eso es lo que sé.

—Cuando estuve en la cárcel visitando a tu padre, me lo explicó, pero no creí que de verdad te hubieses tragado esa mentira.

—¿Mi padre? Así que sabías quién era. ¿Desde cuándo?

—Desde el principio.

—¿Y qué querías de mí?

—Creo que deberíamos hablar en otro lugar... a solas —comentó girando de nuevo el rostro hacia el vehículo, desde cuyo interior el pequeño miraba con el

miedo reflejado en sus grandes ojos marrones.

—Te equivocas, no tenemos nada de lo que hablar; tus excusas ahora no me importan.

—Pero tienes que escucharme, Tereza —suplicó dando un paso al frente con dificultad.

Tereza lo observó; no pasó desapercibida para ella la cojera que acusaba. Lo que le extrañaba era que tan sólo cojeara; después de tantos golpes recibidos, le sorprendía verlo con vida.

—¿Las peleas?

—Más bien un regalo de los matones de tu padre —soltó seco, llevándose la mano al muslo, donde aún le dolía a rabiarse, sobre todo los días grises.

—Mi padre... debiste quedarte con él.

—Decidí que tú me importabas más.

—¿Más? ¿Más que qué? Nunca lo entendí.

—Más que vengar a mi hermano.

* * *

Elisa los observaba a lo lejos, pues no deseaba interrumpirlos; al parecer habían dado con ella a la vez. Con disimulo, analizaba la escena... El joven parecía tener una leve cojera en una de las piernas, la izquierda, aunque eso no le restaba autoridad. Era fuerte, alto y desde luego estaba en forma. Tereza parecía contrariada y no dejaba de moverse de un lado a otro, nerviosa.

Poco sabía de lo que habría pasado entre ellos, pero estaba segura de que Dragos, su exmarido, tenía mucho que ver en el desenlace. Eso le trajo recuerdos que seguían ahí, acechándola como un lobo hambriento esperando una debilidad, aguardando a que sus barreras cayesen para colarse dentro y arañar con sus afiladas garras su interior con fuerza, hasta hacerla sangrar... para recordarle que él seguía teniendo el poder de lastimarla aun estando lejos, aunque no fuera de su vida, al menos no del todo, aún.

No era más que una niña con demasiados pájaros en la cabeza cuando lo conoció, cuando el lujo y la vida superficial la atraían con fuerza. Deseaba tener todo eso y más. Quería vestir trajes de marca, montar en coches de lujo, tener una gran mansión en la que celebrar fiestas sin ningún otro motivo más que el de

hacer saber a los demás lo que había conseguido. Elisa siempre había sido una niña con demasiadas pretensiones y estaba dispuesta a todo con tal de llegar a donde creía que se merecía hacerlo.

Así empezó a prostituirse para tener más, para lograr aquello que ansiaba. De todas formas, de donde ella venía, al final todas acababan siendo pasto de los tiburones; el problema residía en que, en su caso, los tiburones habitaban en su propio hogar. Tuvo claro, conforme fue cumpliendo años, que si no era su padre, sería su hermano o tal vez su tío o su primo el que la pillaría por sorpresa y abusaría de ella.

Y todos los sabían, pero nadie hacía nada. Ni siquiera los que se suponía que estaban para protegerlas; esos, con suerte, sólo miraban y no se unían al espectáculo. Por eso decidió que, antes de que abusaran de ella una y otra vez sin recibir nada a cambio, lo haría recibiendo un pago por su cuerpo, y así comenzó todo.

Siempre recordaría la primera vez; fue horrible, aunque no tanto como estar con Dragos. Éste siempre le echaba en cara que era una privilegiada, que había llegado a lo más alto partiendo de lo más bajo, y que todo se lo debía a él. Había llegado a creerlo, a pensar que de verdad era todo gracias a él y que ella se merecía todo eso y más. A cambio tenía todo lo que había deseado: vestidos, coches, una gran mansión con personal que la atendía y sus preciadas fiestas, esas en las que ella era la reina, sólo que la reina de un mundo que era lo más parecido al infierno que había vivido, un mundo en el que reinaba el Dragón y su fuego quemaba profundo.

Una lágrima solitaria escapó de sus grandes ojos y resbaló por su mejilla sonrojada por la brisa fresca, tan extraña en Córdoba, al recordar todas las vejaciones a las que la había sometido Dragos; lo único bueno de aquellos años había sido ella: Tereza.

La quería de verdad, había sido lo más parecido a una hija que nunca tendría. Después de que ese cabrón inhumano la hiciera perder el bebé que esperaba, todas las esperanzas de volver a concebir se habían disipado. Sabía, aunque no deseaba asumirlo, que esa vez algo se había roto en su interior. Pudo sentirlo al oír cómo la posibilidad de ser madre se esfumó para siempre... aunque al menos pudo salir con vida; otras no lo habían conseguido. Y en ese momento, en ese momento era más o menos feliz junto a él... el hombre que siempre la había

protegido y le había mostrado que el amor, cuando duele, no es amor, porque el amor verdadero sana y no enferma, crea y no destruye, es vida y no muerte.

Otra suave ráfaga de viento movió sus cabellos, que se enredaron en su rostro. No quería llorar, no debía. Tenía que volver a ser fuerte, por ella misma y por todas las que habían vivido una situación parecida.

Tereza se dio media vuelta, con brusquedad, y se alejó de Benji, quien empezó a seguirla todo lo deprisa que su cojera le permitía. Ella se giró una vez más y le gritó algo, pero Elisa no pudo oírlo con claridad, aunque por la reacción del chico supo que no era algo bueno. Se había quedado petrificado y agachó la cabeza a la par que apoyó sus manos en las caderas, derrotado.

Tereza se subió a toda prisa en su coche y arrancó pisando a fondo el acelerador. En unos segundos ya la había perdido de vista, pero eso no la preocupaba demasiado, sabía dónde encontrarla. Más tarde se presentaría frente a ella; primero debía avisar a Trudy, quería saber si ya habían llegado y si tenían noticias de Dragos.

CAPÍTULO 21

—Mamá, ¿estás bien?

—Sí, cariño.

—¿Y por qué lloras?

—No es nada, cielo, cosas de mayores.

—¿Quién era ese hombre? ¿Era un tipo malo?

Esas palabras la hicieron pisar más a fondo el acelerador, tanto que temió que su pie traspasara el suelo del vehículo, pero necesitaba alejarse y calmarse, necesitaba respirar de nuevo.

Aparcó el coche y cerró con furia la puerta, tanta que su hijo pegó un grito por la impresión.

—Mamá, ¿qué te ha hecho?

—Nada.

—Pero si no dejas de llorar...

—Ya, pero son cosas de mayores, ¿de acuerdo? Enseguida estaré bien. ¿Por qué no vas a ver si ya ha llegado Darío y juegas con él?

—Vale. —Sonrió.

Lo observó alejarse mientras éste caminaba con sus pasos cortos por el jardín que compartían las dos casas. Darío y su madre Elena eran casi como familia. Ella era enfermera en su hospital y sabía bien qué era criar a un niño sola, como ella; tal vez por eso se habían hecho uña y carne y siempre intentaban no coincidir en las respectivas guardias para que una de las dos pudiese quedarse en casa con los pequeños.

Había pensado en ese momento muchas veces, en contarle a Ben quién era su papá, pero siempre creyó que sería algo lejano en el tiempo, quizá cuando fuese

un adolescente... y de pronto tenía que mentirle otra vez y eso la hacía sentirse tan culpable... No era más que un chiquillo... pero no estaba preparada para eso, ¡por Dios! ¿Cómo demonios había sucedido todo aquello?

De nuevo le faltaba el aire, y su cuerpo, tenso, se colapsó en cuanto vio entrar a Ben en casa de Darío y que Elena la saludaba asintiendo; Tereza le devolvió la sonrisa.

—Enseguida vendré a por él, sólo necesito unos minutos —dijo.

—Vale, todo está bien, sin prisas —afirmó su amiga.

Una vez que el crío estuvo dentro de la vivienda, se encaminó hacia la suya y, con la puerta todavía abierta, se derrumbó; sus piernas no la sostuvieron por más tiempo. El aire le seguía faltando, por más que boqueaba como un pez fuera del agua para intentar meter oxígeno dentro de sus pulmones, y sintió que se desvanecía entre llanto y dolor.

Era increíble el dolor que sentía en ese instante; su alma se acababa de partir en dos, la cicatriz se había abierto, liberando el gran agujero que dejaba vacío su cuerpo de sentimientos, pues se lo tragaba todo a su paso. Recordó el dolor; las imágenes se sucedieron en su mente, creando un torbellino de sensaciones y emociones que se había encargado de enterrar igual que había tratado de hacer con todo lo referente a él.

—¡Estabas muerto! —exclamó para sí—. ¡Para mí estabas muerto! —chilló dando un portazo.

Después de aquella noche en la que había acudido de nuevo a su padre para que la ayudase a dar con Benji a cambio de regresar a casa y no obtener la respuesta que deseaba oír, se marchó lejos, acabó la carrera y empezó a trabajar en el hospital. Había estado sola, para todo: durante el embarazo, en el parto, mientras el niño crecía... y no se arrepentía de nada, ya que era el hijo del hombre al que amaba; lo había querido y extrañado tanto que después de él no había habido ninguno más. Nadie... aunque no se lo mereciera, porque la había abandonado por un puñado de euros, después de decirle que la amaba.

A veces, las personas que nunca habían experimentado ese amor a primera vista no la entendían. No podían comprender, como le pasaba a Elena, que alguien con quien no pasas demasiado tiempo pueda dejar una cicatriz tan profunda. En ocasiones, incluso ella misma se preguntaba si no era todo fruto de su imaginación, si no tenía grabado un recuerdo mucho más agradable de lo que

había sido en realidad, pero su pérdida dolió como mil demonios y ese sentimiento resultó tan palpable que la dejó jodida para el resto de su vida, soñando con esa persona, escapando, gracias a su imaginación, a un mundo en el que sólo existían los dos.

Eso había habido entre ellos, una atracción explosiva, tan extraña y repentina como la forma en la que se conocieron, igual de peligrosa que la bomba que, sin saberlo, sostenía entre sus manos y que al final explotó destrozando su corazón y parte del alma, que había quedado cosida a cicatrices.

Nunca habría pensado que en esas pocas semanas su vida iba a cambiar para siempre, pero en su caso así había sido y la prueba la tenía en casa de su vecina... su pequeño, el de ambos, el de él.

Todavía recordaba la súplica a su padre cuando supo que estaba embarazada.

* * *

—Hija...

—No me llames así, Dragos —lo interrumpió.

—Tereza, no hemos podido encontrarlo.

—Pero ¿estás seguro de saber de quién hablo?

—Sí, cariño, sé quién es Benji, pero no sabemos dónde está. Desde aquella noche en la que le ofrecí dinero a cambio de alejarse de ti... es como si hubiese desaparecido del mapa.

—Tienes que encontrarlo, Dragos, es muy importante para mí.

—¿Tanto como para que regreses?

—Si lo encuentras, volveré —claudicó. No lo deseaba, pero estaba desesperada; había pasado unos días terribles, pues sintió extraño su cuerpo y aún no tenía idea de lo que le sucedía hasta que llegó el día que esperaba su período y éste no llegó.

Necesitó hacerse varias veces el test de embarazo, porque no podía creer que estuviese encinta, pero al parecer así era. El análisis de sangre lo corroboró después.

Así que, sin saber muy bien qué hacer, reanudó una búsqueda que resultó ser infructuosa. Incluso el Manco y el Pelucas habían sido amables esa vez y le habían confesado que hacía ya varias semanas que no sabían nada de Benji... ni

ellos, ni sus antiguos compañeros bomberos... Parecía que el dinero que le había dado su progenitor había sido el suficiente como para hacerlo desaparecer.

* * *

—Todo esto es de locos, ¡maldita sea! —gritó a las paredes.

El llanto la sacudía con fuerza, cuando una voz que no había querido volver a oír la interrumpió.

—Tereza, abre la puerta, tenemos que hablar.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? ¡Vete! ¡No quiero verte!

—Tereza...

—¡Lárgate! No quiero oír tus excusas, llegan años tarde.

—O abres la puerta o me veré obligado a hacerlo yo mismo. Elige.

—¿Que elija? ¿Cuándo me has dado elección?

—Tereza... —suplicó.

—¿Qué? ¿Qué has venido a buscar? —chilló a la vez que abría la puerta, furiosa.

—Tereza, lo siento tanto... —murmuró triste al verla sufrir con esa intensidad—. Hay tanto que tengo que contarte...

—Mucho. Demasiado. Lo primero, ¿por qué estás aquí? ¿Lo sabías? ¿Vienes a por él? Porque, de ser así, quiero que sepas que estoy dispuesta a pelear como una fiera, es mi hijo... lo he criado yo sola. ¡Sola!

—Tereza... no, no pienses eso. Sé que lo has criado sola; no tengo derecho a nada, ni siquiera a que me escuches, pero dame esa oportunidad, por favor.

Tereza no era capaz de ver su rostro con claridad, pues las lágrimas nublaban su vista y emborronaban su cara, pero era él. Experimentó la misma maldita sensación que la primera vez, esa que la advirtió del peligro que suponía para ella y que, aun así, la atraía de forma irremediable.

Rendida, pues era consciente de que necesitaba saber, se giró y caminó hasta el salón, dónde dejó caer su cuerpo, sin fuerzas, en el sofá, a la espera de que se explicara. Benji llegó unos segundos después, era más que evidente la cojera que sufría en la pierna izquierda, y se sentó frente a ella, en un sillón oscuro que usaba para leer.

De repente, un manto de silencio, tan pesado como la importancia de todo lo que tenían que confesarse, cayó sobre ellos, sumiéndolos en la oscuridad de los recuerdos que empujaban con ansia para salir de sus escondrijos.

Benji no sabía por dónde empezar, sólo tenía ganas de levantarse y abrazarla con la fuerza suficiente como para que ese gesto borrara todo el dolor que había provocado, pero no pudo... Tenía miedo de estropear lo que quizá tenía arreglo. Un arreglo que costaría mucha paciencia y esfuerzo, pero que se podía salvar después de todo.

Así que suspiró en profundidad y decidió que debía contárselo todo sin detenerse, explicarle su versión sin que ella lo interrumpiese, ofreciéndole de ese modo la oportunidad de enmendar todo el daño que le había ocasionado.

—Tenía un hermano, Adam, un chico joven y testarudo, muy testarudo. De muy pequeños, cuando mi padre nos dejó, lo pasó mal, muy mal. Al cabo de los años, mi madre falleció. Yo estaba hasta el cuello con las pruebas para hacerme bombero, era el sueño de mi vida, y pasaba mucho tiempo fuera.

»Al regresar, cuando obtuve la plaza de bombero, me encontré con la sorpresa de que Adam había empezado a pelear para conseguir algo de dinero extra para costear los vicios que había adquirido: marihuana, coca, éxtasis... Traté de alejarlo de eso, de hacerle entender que iba a terminar fatal si no se mantenía apartado de ese mundo, de tu padre, Dragos, y él prometió que lo haría.

»Tuve que irme fuera una temporada y, al volver, había perdido a mi hermano para siempre... Estaba tan hasta el cuello que no podía dejar las peleas, y entonces sucedió: lo encontraron en un contenedor de basura, sin vida.

»Acabaron con él en el ring de tu padre. Perdió la vida por culpa de personas que se lucran a cambio del sufrimiento y la miseria de los demás, que a veces incluso les cuesta la vida. Y Adam tenía toda la vida por delante.

»Las autoridades no podían darme explicaciones de lo sucedido porque no había pruebas y porque, además, era una investigación en curso, por eso decidí entrar en el juego y empezar a combatir.

—Lo siento...

—Sí, yo también. El forense nos dijo que tenía los huesos y los órganos internos hechos puré y que murió en el contenedor; agonizó allí como un perro...

—¿Fueron los hombres de mi padre...?

—Sí, fue uno de ellos. El forense dijo que fue una patada en el pecho la que

lo sentenció a muerte.

—Lo siento —dijo otra vez, recordando aquella escena... y, sin saber por qué, supo que, a quien había visto destrozado sobre el cuadrilátero, había sido a su hermano.

—Tú no tienes la culpa.

—Pero me culpabas de ello, ¿no? De ahí que te acercaras a mí.

—Sí. Después de su muerte y la falta de pruebas, hablé con Ferrer y le pedí que me dejara participar. Por supuesto la Guardia Civil no quería ser responsable de alguien de fuera del cuerpo, así que asumí toda la responsabilidad. Gracias a mi entrenamiento, no me costó demasiado llamar la atención de tu padre, aunque en eso Ferrer también me echó una mano.

—La noche que...

—Sí, ahora voy a eso... Una noche te vi, hablabas con él, aunque no sé de qué, ya que sólo pasé por allí camino del sótano... Más tarde supe por rumores que te habías largado.

—Recuerdo aquella noche.

—Cuando te fuiste, tu padre se quedó destrozado y supe que la mejor manera de llegar hasta él y joderle la vida era a través de ti, así que empecé a buscarte y a urdir mi plan.

—¿La Guardia Civil estaba al tanto?

—No. Hubo un momento en el que tuve que elegir y decidí que estarían mejor si no daba señales de vida; tu padre es muchas cosas y una de ellas es que es muy inteligente y no quería que mi tapadera se descubriera, así que dejé de estar en contacto con ellos. Sabía lo que eso significaba: Ferrer me iba a dar por muerto o iba a pensar que había cambiado de bando.

—¿Y cuál era la opción acertada?

—La verdad es que estuve mucho tiempo tentado de olvidarme de todo y seguir ganando pasta fácil con las peleas, se me da bien combatir.

—No estoy de acuerdo. Por si se te ha olvidado, te recogí de la calle, destrozado.

—Sí, lo sé. Me arriesgué mucho esa noche... Alargué la pelea hasta casi el final, cuando sólo éramos él o yo, y gané, pero quedé hecho trizas y saqué fuerzas para llegar hasta tu lugar de trabajo; tenía la esperanza de que me atendieras... a pesar de todo.

—La noche del accidente...

—Eso fue fortuito. La verdad es que pensé en la suerte que estaba teniendo al rescatarte precisamente a ti.

—Sólo fui un escalón más que subir en tu escalada.

—Al principio, sí, Tereza, pero luego...

—Luego, ¿qué?

—Luego sentí por ti algo más y no pude seguir adelante; por eso me fui, desaparecí y traté de desenmascarar a tu padre, solo.

—¿Lo conseguiste?

—No. Lo que conseguí fue una paliza de campeonato cuando Dragos averiguó lo nuestro y acabé como mi hermano, agonizando en un puto contenedor de basura.

—¿Mi padre?

—Uno de sus esbirros nos había visto juntos, y a Dragos no le gustó el hombre con el que estabas.

—No puede ser... me dijo...

Tereza empezó a encajar las piezas en su lugar, y de pronto todo cobró sentido. Benji no la había dejado, su padre se había encargado de quitarlo de en medio porque pensaba que era un drogadicto enganchado a la adrenalina y las peleas.

—Sí, te contó que me había dado dinero y que te había abandonado.

—Sí, eso mismo. ¿Cómo...?

—¿Sobreviví? Por suerte había una teniente infiltrada en la casa de tu padre. Ella lo supo y dio la voz de alarma; me encontraron horas después, en el contenedor de basura, vivo a duras penas. Después de eso... pasé mucho tiempo en el hospital en coma y luego me hizo falta más tiempo aún para recuperarme.

—¿Me buscaste?

—Sí, pero nadie parecía saber dónde estabas, hasta ahora.

—Y, ahora, ¿cómo has dado conmigo?

—Ferrer y Trudy te han localizado; son los que desmantelaron la actividad de tu padre. Dragos les dijo que te buscaba a ti y a Elisa.

—¿Trabajas para ellos?

—No, ya no puedo ejercer. Aunque me salvé, me quedaron secuelas que me impiden realizar mi profesión, así que me prejubilaron... Un favor que Ferrer y

sus chicos consiguieron por haber sido en *acto de servicio*, aunque fuese de incógnito. No dejé de buscarte, Tereza, nunca... es sólo que he tardado más de la cuenta en encontrarte.

—¿Desde cuándo sabes que estoy aquí?

—Hace apenas unos días, pero no me había atrevido a decirte nada... y hoy, que había reunido las fuerzas suficientes, lo he visto y...

—¿Y?

—Ha sido como verme a mí mismo, y he sabido que era mío.

—Entonces...

—Entonces, aceptaré cualquier cosa que decidas. Tienes todas las cartas en tu mano.

—No tienes ni idea de lo que hemos tenido que pasar...

—No tengo derecho a pedirte nada, lo sé; aun así, te ruego que me dejes entrar poco a poco en vuestras vidas.

—¿Qué quieres que le diga? ¿Que eres su padre? —planteó Tereza llorando.

Todo estaba resultando ser abrumador... demasiado. Demasiado de todo, demasiadas emociones, demasiada información, demasiado de él.

—¿Quién es mi padre, mamá?

La voz de Ben los dejó sin aliento. No se habían dado cuenta de que el crío había regresado y Tereza no dejaba de pensar en cuánto habría escuchado su hijo; estaba claro que la parte que menos debía saber la había llegado a oír, pero ¿cuánto más? ¿Que su abuelo era un mafioso que había sido perseguido sin descanso hasta que por fin lograron atraparlo? ¿Que era fruto de una relación basada en la venganza y que su papá había estado a punto de morir?

Las manos empezaron a sudarle profusamente y sintió nervios; se llevó las palmas al abdomen y se sostuvo el cuerpo como pudo. No podía enfrentarse a su hijo, era demasiado pequeño como para comprender todo lo que pasaba en esos momentos por su cabeza a toda velocidad.

Tereza era incapaz de dejar de llorar, no podía. Había querido creer a Benji, y era bien cierto que lo que le había contado tenía todo el sentido del mundo, pero ¿de verdad su padre había sido tan cruel? Era imposible, su padre... su padre era Dragos, sí, pero con ella siempre había sido bueno, ¿no? «Hasta que sus hombres casi te matan al perseguirte.»

Necesitaba pensar en todo con calma. Tenía que recuperarse; estaba en

shock, era evidente, conocía los síntomas, para algo era médica. No había podido evitar la sorpresa, el pellizco que todavía sentía en el pecho, las lágrimas saladas y calientes que mojaban su rostro y sus ojos. Miraba a los ojos del hombre que había amado más de lo que pensaba, ese que con sus besos había dejado cicatrices profundas en su alma. Había visto su cojera... tal vez lo que contaba era cierto. ¿En serio su padre lo había mandado asesinar? ¿Y después lo había tirado como si fuera basura a un triste contenedor callejero? ¿De verdad había estado a punto de morir mientras ella lo maldecía por haber sido tan rastroso que la había dejado tirada a cambio de dinero?

Tenía que aclararse las ideas. En ese instante lo único que quería era coger a su pequeño Ben y abrazarlo con fuerza. ¿Sería cierto? ¿Podría decirle que su padre estaba vivo y que había regresado para que fuesen, por fin, una familia feliz?

—Lo siento —sonó una voz tras la puerta, era Elena—, ha salido corriendo. ¿Estás bien, Tereza?

—Sí, sí, es sólo que necesito estar unos momentos a solas.

Su amiga miró al hombre desconocido que parecía una estatua en el salón y al mirar de nuevo a Tereza algo vio en su mirada que le indicó, con exactitud a pesar de no haberlo visto nunca antes, quién era.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, de verdad, sólo necesito...

—Está bien. Yo me encargo —murmuró a su lado, apretando su antebrazo—. Ben, coge el pijama; esta noche vamos a hacer una fiesta de pijamas en casa, ¿te apetece?

—¡Sí! Mami, ¿puedo ir?

—Sí, cariño, puedes.

—Pero ¿estás bien? —volvió a preguntar el chiquillo, preocupado, o todo lo preocupado que un niño de su edad podía estar.

—Sí, cielo, sólo estoy cansada.

—Vale —dijo sin más. Todo parecía tan simple cuando uno era pequeño... Los problemas desaparecían tan rápido como aparecían y el dolor más infernal acababa con la misma rapidez.

Tereza miró a Elena a los ojos, y deseó que ésta no dijese nada. Su amiga pareció saber que no era el momento más adecuado, ya que esperó en silencio a

que Ben bajase con el pijama.

—Dale las buenas noches a mami.

—Buenas noches, mamá. —Sonrió antes de darle un beso en la mejilla.

—Pásalo genial.

—Pues claro, mami, ¡voy a una fiesta de pijamas!

Tereza sonrió, su hijo siempre le hacía aflorar ese gesto, aunque no le apeteciera.

Una vez a solas de nuevo, Tereza supo que había mucho de lo que hablar, así que decidió que era mejor que se pusieran cómodos.

CAPÍTULO 22

Benji estaba más nervioso que nunca. Algo le gritaba que se lo jugaba todo a una carta, sólo contaba con una oportunidad, y eso asustaba, daba miedo de verdad. Se pasó la mano por la frente para verificar que no tenía el sudor que sentía, que no se trataba más que de una sensación. Debía esperar a ver cómo se desarrollaba todo y, aunque no debía, sentía que tenía la ocasión de arreglarlo todo.

—La noche que discutí con mi padre...

—¿Sí? —la animó a continuar.

—Fue porque lo desobedecí y bajé a ver qué era lo que pasaba en el sótano de la casa. Entonces lo descubrí... Creo que era tu hermano. Vi lo que le hicieron y me enfadé. Peleé, grité, traté de que mi padre detuviera el combate, pero no me hizo ningún caso. Para él su vida no valía nada. Por eso me largué, por eso no tengo ninguna relación con él.

—No sabía que lo habías presenciado. No lo supe hasta días después, cuando lo encontraron en el contenedor de basura, sin vida.

—Dragos es un asesino, y lo odio por ello. Me avergüenza tener su sangre, pero desde luego no soy como él.

—Lo sé... y por eso me costaba tanto estar contigo. Quería usarte, romperte el corazón y que tu padre sufriera al verte hundida, pero, aunque en mi mente el plan era perfecto, no había contado con enamorarme de ti, de la persona que eras. Por eso era frío a veces, porque no quería admitir lo que sentía, no quería quererte. Deseaba destrozar a Dragos a toda costa, pero luego, a tu lado, eso carecía de importancia.

—Fui aquella noche... —confesó Tereza con voz pausada y todavía con

rastros de lágrimas por lo que estaba escuchando—. Nunca la olvidaré. No sabes cuánto me dolió pensar que me habías dejado por un puñado de euros.

—Tiene gracia, parece que los dos tenemos un recuerdo imborrable de aquel día.

—Cuando desperté, no te encontré en mi cama —empezó a relatar— y, después de unos días, decidí abrir la carta que me habías dejado. Después de leerla, fui a hablar con mi padre. No entendía qué era tan importante como para dejar que te apaleasen noche tras noche... Le rogué que te librara de la deuda que tuvieras con él, le confesé que te amaba... —Tras esas palabras, necesitó tragarse el nuevo nudo que se había formado en su pecho.

Benji quería decirle que él estaba loco por ella, que había sido el motivo de su decisión de que ese combate sería el último, pero la dejó continuar. No habría podido decir nada aunque lo deseara con todas sus fuerzas, pues su voz se había evaporado.

—Le supliqué que me ayudara; no me importaba lo demás, sólo que estuvieses bien, lejos de su alcance. Entonces me lo dijo.

—¿Qué?

—Que te habías alejado a cambio de dinero; una gran suma, añadió.

—¡Mentira! ¡Todo eso es mentira!

—Supongo que ahora ya no importa; el daño está hecho y los años que nos han robado no volverán. Después regresé una última vez... Me rebajé, le prometí a mi padre que, si sus hombres daban contigo, volvería con él. Lo hice porque acababa de descubrir que estaba embarazada y me asustaba más lo que iba a suceder que mi propio padre. Al cabo de un tiempo afirmó que no habían sido capaces de dar contigo y pensé que habías desaparecido del mapa usando la enorme cantidad de pasta que Dragos te había dado.

—¿Que no me encontraron? ¡Ellos sabían dónde estaba! En el puto contenedor en el que me habían dejado tirado.

—Supongo que mi padre pensó que habías muerto.

—Sí, exacto. Me lo dejó claro cuando fui a verlo.

—¿Viste a mi padre?

—Sí, fui a casa de Dragos. Le pedí que me diese una pista de tu paradero, que necesitaba encontrarte, pero juró que no tenía ni idea de dónde estabas. No es que me fiara de su palabra...

—Ya... bueno, supongo que, por una vez, te dijo la verdad.

—Tereza...

—Ya hemos hablado, MacKinney, así que puedes irte con la conciencia tranquila.

—Quiero conocerlo. Estar cerca de él. Tengo derecho.

—Perdiste tus derechos hace mucho, la misma noche en la que elegiste a Dragos antes que a mí.

—Pero ¡no lo entiendes! Te lo puse en la nota. Iba a volver, ese fin de semana acabaría todo, de una forma u otra. Ya no tenía sentido continuar con una venganza que no iba a curar mis heridas, sino a lastimarme más.

—¿A ti?

—Sí, porque me había dado cuenta de que estaba perdida e irremediabilmente loco por ti.

Tereza no podía continuar hablando con él. El dolor era tan intenso que le impedía respirar. Esa confesión llegaba demasiado tarde. Se dio media vuelta y se alejó unos pasos; necesitaba poner distancia entre ambos, pues jamás se habría imaginado algo así, nunca habría estado preparada para eso.

—Yo... no puedo... no puedo creerlo, no puedo asimilarlo... —balbuceó.

—¿No puedes? ¿De verdad te resulta tan difícil creer que tu padre me hizo eso?

—No, supongo que no, pero es que... ¡Entiéndelo, Ben! ¡Apareces después de más de cuatro años y no sé qué pretendes! ¿Qué quieres? ¿Que empecemos justo donde lo dejamos?

—Eso estaría bien.

—No, no puede ser, porque nada es igual que cuando nos conocimos, ni tú, ni yo... además, está él.

Ambos se habían acercado. La respiración agitada de Tereza lo llamaba; recordaba cada vez que la había tenido con la respiración alterada bajo su peso, disfrutando de su cuerpo. Cerró los ojos; no podía dejarse nada dentro, tenía que expresar todo lo que sentía, no iba a tener más oportunidades y lo sabía.

—¿Sabes, Tereza? Al principio me asusté —empezó a decir, acariciando los mechones de pelo que se habían desordenado—, mucho. No voy a negarte que pretendiera destrozarte a tu padre usándote, llegar a él a través de ti, pues parecías ser la única con el poder de hacerle daño. Y me sentí poderoso, pensé que tenía

en mis manos el poder de destruirte, de manejarte, de hacer que te enamoras de mí y luego romperte el corazón. Sabía que Dragos sufriría con ello.

—A mi padre nunca le importé tanto, me diste demasiado valor.

—Fuera como fuese, Tereza, algo cambió. Te conocí y, por más que luché contra ello, me enamoré de ti y entonces lo entendí.

—¿El qué?

—Que la que tenía el poder de destrozarme eras tú. Por eso fui a terminar con las relaciones con tu padre aquel fin de semana, iba a ser la última vez que pelease, saliera como saliese. Ya nada más me importaba, sólo mantenerte a salvo... pero no pude volver.

Tereza escuchaba embelesada sus suaves palabras, que la acunaban como unos brazos amorosos, esos mismos de los que ella no tenía apenas recuerdos.

Antes de darse cuenta, estaban unidos de nuevo, como hacía tanto ya... La boca de Benji seguía siendo tan exigente como lo había sido hacía tantos años y ella no lo apartó, sino que lo acercó, presa de ese deseo que la había estado consumiendo durante tanto tiempo. El hambre se había despertado feroz y quería ser calmado cuando antes. Las manos de él, torpes, pasearon por esas curvas que tanto había soñado, que tanto había anhelado.

No quería... no podía detenerse, era lo que había esperado durante demasiado tiempo. Ella seguía sintiendo algo por él; deberían descubrir cuáles eran en ese momento esos nuevos sentimientos que habían cambiado junto a ellos, que tampoco eran los mismos de entonces...

Tras el largo y profundo beso, se apartaron para recuperar algo del aliento que habían perdido y se fundieron en la mirada del otro. Tereza supo que la sensación había vuelto, por fin volvía a sentirse viva como mujer. El calor la abrasaba y le dificultaba la respiración, y por eso sólo deseaba deshacerse de la ropa, de toda la ropa. Quería verlo, tocarlo, sentirlo... tenerlo dentro y hacerlo suyo una vez más; al día siguiente quizá se arrepintiera, pero tenía clara una cosa: él no se iba a alejar esa vez, lo había visto en su mirada. Por fin tenía esa seguridad que le faltó entonces, y además deseaba estar con su hijo y no podía impedirselo, no después de saber que el culpable, como de todo lo malo de su vida, había sido su padre. Esa persona que se suponía que debería haberla protegido, amado y cuidado, y que por el contrario había sido el artífice de todo lo doloroso en su existencia.

Una vez que acabaron el beso, las lenguas seguían húmedas y con el sabor del otro impregnando sus sentidos, emborrachándolos de una felicidad con la que sólo habían soñado.

—Tereza —susurró Benji.

—No digas nada, ahora no, por favor.

Y se enredaron de nuevo en esa descarnada lucha de deseo... cuando el maldito timbre de la puerta, insistente, los obligó a separarse, dejando entre ellos una sensación de frío invierno.

Al abrir la puerta, Tereza se topó con una sorpresa que no esperaba. Sonrió al verla, pero acto seguido se puso seria cuando se dio cuenta de que no llegaba sola.

—Elisa... ¡cuánto tiempo! —murmuró abrazándola.

—Mi pequeña Tereza... siento interrumpiros —comentó, entrando sin solicitar permiso—; quería dejaros tiempo hasta mañana, pero los tenientes Ferrer y Arias no podían esperar más para hablar contigo.

—Claro, pasad —dijo confusa, apretando las manos de las dos personas que entraron en su casa tras Elisa.

—Ferrer, Trudy —los saludó Benji.

—¿Os conocéis?

—Tú también conoces a Ferrer: fuimos juntos al local donde trabajabas después del accidente; llevó tu caso.

—Sí, ahora lo recuerdo. Lo siento, pero hace tanto tiempo... —se disculpó.

—No se preocupe, señorita. Ella es la agente Trudy, fue la encargada de desarticular los negocios de Dragos.

—Enhorabuena, es todo un honor conocerla —la alabó.

—Parece que la relación con su padre no era buena.

—No, no lo era ni lo es. Me fui en cuanto supe en qué estaba metido.

—Entonces, ¿no ha tenido contacto con él?

—No, después de mi única visita a prisión hace ya tantos años. Desde aquel día no he vuelto a saber de él.

—Ha escapado, Tereza —sollozó Elisa.

—¿Cómo que ha escapado? —soltaron a la vez Tereza y Benji, que por instinto se acercó a ella y la apretó contra su pecho en señal de clara protección.

—Sí, bueno, prefería ser yo la que os lo contara —intervino la agente Trudy

Arias—. A Dragos se lo enviaba a Rusia para ser juzgado allí por otra serie de crímenes; habían concedido su extradición. España y Rusia tienen acuerdos que se respetan, y tu padre, antes de venir aquí, hizo de las suyas también en su país de origen. Resumiendo: se les concedió lo que pedían y se preparó el traslado. Todo fue bien, hasta que estuvo en territorio ruso. El convoy que lo escoltaba sufrió un ataque y ahora Dragos está desaparecido.

—¿Qué...?

—¿Eso es posible?

—Lo es, por desgracia. No estaba ya bajo nuestra tutela, pero tenemos motivos para pensar que su intención es regresar para encargarse de Elisa, pues dejó bien claro que quería su cabeza, y también tememos por ti y, sobre todo, por el pequeño Ben. Tu padre puede estar pensando en llevárselo para asegurarse un sucesor en el futuro. Uno de su misma sangre.

—Nunca haría eso —replicó molesta—. No se atrevería a llegar tan lejos.

—¿Estás segura, Tereza? —preguntó Elisa, mirándola con la tristeza grabada en sus grandes ojos.

—Sí, sí lo haría, desde luego que sería capaz —confesó derrotada hundiéndose los hombros.

—Por ello estáis bajo vigilancia; no podemos permitir que vuelva a hacer de las suyas.

—¿Se atreverá a volver al lugar del que ha escapado?

—Puede; tal vez crea que aquí nadie lo va a buscar, se supone que está en Rusia.

—Tiene amigos en todas partes —masculló Benji.

—Sí; además, por lo que he podido saber, tenía contactos activos en Rusia, aunque no operaban en España, pero quizá les haya interesado ponerlo a salvo. Sea como sea, estáis sobre aviso, vigilados, y tendréis que estar alerta.

—¿Crees que le haría algo al niño?

—No podemos estar seguros... En realidad no sabemos qué quiere o cómo de grande es su sed de venganza.

—Inmensa —murmuró Tereza, consciente de que el fin de su tranquilidad acababa de llegar.

CAPÍTULO 23

Oía su respiración, agitada a causa de la excitación. Era libre, de nuevo, y el fuego le quemaba por dentro como si en vez de sangre sus venas llevaran un río de lava. Quería verla, verlo. Tal vez se lo llevara a su país de origen, con él, donde todo empezó.

No había sido fácil escapar, salir de Rusia y regresar de nuevo a España. Con suerte no se habrían enterado todavía de su huida, con suerte podría echarles el guante antes de que esa entrometida de Arias apareciera para estropearlo todo... aunque, a decir verdad, deseaba a la teniente. Quería acabar lo que no había podido hacer ya tanto tiempo. Anhelaba clavarse en ella hasta hacerla olvidar su nombre, su profesión y a él, a Khaos. Otra gran decepción... ¡juntos podrían haber hecho cosas tan grandes! Una pena. Igual que lo fue perder al Ángel. Pero la vida seguía, él lo sabía mejor que nadie.

Respecto a Elisa, esa zorra iba a pagarlo muy caro... con Voris, con ese traidor. También tenía un plan para él. Sólo esperaba poder realizarlos todos antes de volver a Rusia para no regresar jamás, pero lo que más deseaba era a ese niño. Se lo llevaría y lo transformaría, amoldándolo a su imagen y semejanza. Lo convertiría en todo lo que su madre, su hija, odiaba. Le devolvería una nueva imagen de él con la que tendría que convivir, pues no creía que lo rechazara igual que lo rechazó a él. ¡Mocosa consentida! Se lo había dado todo, ¡todo!

Se acercó en silencio a la casa; parecía tranquila, tan sólo una tenue luz iluminaba su interior, tal vez la de la chimenea, cuyo humo adornaba el cielo sobre ellos, como una suave niebla.

Se apretó contra el tronco grueso del árbol que lo ocultaba y cerró los ojos.

Quizá ya no era tan joven, pero seguía estando en muy buena forma. No había dejado de ejercitarse en la cárcel, no tenía otra cosa mejor que hacer... eso y pensar en cada uno de los tormentos que estaba ansioso por probar con cada una de sus futuras víctimas. Las cazaría una a una. Empezaría por Arias, a ésa era a la que más ganas le tenía y disfrutaría viendo a Khaos enloquecer pensando en los horrores a los que la sometería, y lo haría.

Grabaría en su mente su recuerdo, su olor, el calor de su piel y ya nunca podría estar con nadie más, no podría estar con Ferrer sin sentir el fuego... pero no el del Khaos, sino el del Dragón... uno mejor, más poderoso, eterno.

La puerta se abrió y vislumbró el interior, para apretar la mandíbula de inmediato por lo que veía. Ya se habían enterado. Estaban todos allí... Mejor, así no tendría que ir de cacería muy lejos. Los tenía a todos a mano.

Los vio salir de la casa: a Khaos y a Arias, siempre juntos; y a Elisa, esa perra que lo había traicionado. Con ellos ya ajustaría cuentas, y... ¡no!, ese desperdicio humano seguía allí. Si el Ángel no estuviese muerto, se encargaría él mismo de terminar con su vida por haber hecho esa chapuza, tendría que haber matado a Benji... En todo caso, él se encargaría de reparar ese error. Y se relamía sólo de pensarlo.

Podía notar el sabor de la venganza impregnar su boca, humedecer su lengua, posarse en sus labios... Era vida, su vida, y la iba a recuperar; regresaría de su letargo más fuerte, más poderoso, con un fuego más abrasador, pero primero tenía que cerrar ese capítulo y ajustar todas las cuentas pendientes. Se vengaría de todos, sin dejar ni uno solo. No, ni siquiera ella, su hija, se iba a librar.

CAPÍTULO 24

Todos se habían ido, de nuevo estaban solos, acompañados del calor del hogar y de su cadencioso crepitar. Tereza se llevó las manos a los brazos, se dio media vuelta y miró fijamente al fuego. Notaba, a su espalda, cómo Benjamin dudaba. Podía leer su mente; sabía que se debatía entre quedarse o irse y dejarla reflexionar sobre todo lo acontecido. ¿Qué era lo que deseaba que hiciera? No estaba segura; se sentía exhausta, demasiadas cosas en poco tiempo habían alterado su ritmo de vida tranquilo y aislado.

A la mañana siguiente tenía que ir a trabajar, así que debía descansar, aunque no se veía capaz de ello. Tal vez lo mejor sería tomarse un día libre; hacía demasiado tiempo que no lo hacía y tenía días de asuntos propios que podía pedir. Además, eso le pareció de lo más apropiado.

—Tereza, sé que crees que no lo merezco, sé que crees que me rendí... pero te aseguro que te busqué hasta que no me quedaron fuerzas y, por supuesto, nunca supe que estabas embarazada.

—Te creo, Ben —murmuró dándose media vuelta—. Lo peor de todo es que te creo y no sé si es porque dices la verdad o tal vez porque deseo con todas mis fuerzas perdonarte, pensar que tenemos una oportunidad, que nuestro hijo tiene la posibilidad de disfrutar de una familia feliz, algo que yo no tuve.

—Ni yo —susurró acercándose más.

Tereza percibía su cuerpo a escasa distancia, y esa cercanía quemaba más que el fuego a su espalda. No podía dejar de mirar esos ojos tan profundos que parecían encerrar tanta tristeza como la que ella guardaba en su alma. Y lo deseaba. Añoraba su calor, sus caricias, esa forma salvaje que tenían de hacer el amor... porque para ella siempre fue eso... amor; deseo, sí, sexo... pero con amor.

¿Lo seguía amando? Tal vez sólo amaba su recuerdo, pero la atracción que sentía por él era auténtica, eso no tenía nada que ver con la idea romántica del amor, tan sólo era una necesidad imperiosa de volver a sentir, de volver a sentirlo.

Antes de darse cuenta, tenía sus largos brazos alrededor del cuello masculino y su boca se hacía con la de él. Ben trastabilló; lo había pillado por sorpresa y se había apoyado en la pierna que tenía lesionada, así que cayeron enredados sobre la alfombra, cerca del calor de la chimenea y acompañados de su sonido, que se unió a la risa nerviosa que apareció en sus labios, unidos.

—Te he echado tanto de menos, Tereza... —susurró perdido en su mirada.

La mujer no podía despegar la vista de sus ojos, oscuros, brillantes, mostrando un deseo que no se molestaba en disimular, con una fuerza tan devastadora que era capaz de acariciarla y besarla con la mirada.

—Yo también, no sabes cuánto. También te he maldecido, muchas noches. Cada vez que tenía que enfrentarme a todo sola, cada vez que no podía estar con nadie porque tu recuerdo se empeñaba en estropearlo todo, cada vez que lo miraba a él a los ojos, porque me recordaba demasiado a ti...

—¿No ha habido ningún otro? —preguntó presa de la sorpresa y a la vez complacido por descubrir que había significado algo profundo en la vida de alguien... en la vida de ella.

—No, no he podido.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tendría que haber rehecho mi vida; al fin y al cabo, tú te habías largado, nos habías dejado a cambio de un puñado de sucio dinero.

—Nunca hice eso.

—Pero yo pensaba que sí.

—¿Por qué? ¿De verdad me creíste capaz de eso?

—Era fácil de creer; al fin y al cabo, ¿por qué te ibas a haber enamorado de mí? No soy nada especial.

—Eres lo más especial que he tenido nunca, que he encontrado nunca, que he conocido nunca. Eres la única que supo iluminar mis zonas oscuras.

Y, entonces, Ben la besó con el dolor, la rabia, el deseo y la añoranza que tenía acumulados, con todo lo que había perdido, con lo que había encontrado; con toda su alma rota, con la parte de su corazón que todavía podía amar y con las ganas que tenía de ella, con todo lo que sentía: esperanza, deseo, alegría,

futuro... Todo eso quería demostrarle con su beso, porque con palabras no iba a ser capaz, las tenía atascadas en el pecho y no podía hablar y respirar a la vez, no podía pensar y sentir... Por eso decidió que dejaría las palabras para más tarde, era el momento de sentir. Sólo sentir. A ella. A los dos. De nuevo juntos. Uno solo.

Sus manos volaron por las curvas que seguían siendo perfectas, por su esbelto cuello, por sus brazos firmes, largos, suaves... y cuando sus dedos acariciaron la zona de su cadera bajo la ropa, ella jadeó y ese sonido casi lo hizo estallar y correrse en los pantalones sin ni siquiera sacar su miembro de ellos.

La había extrañado tanto, la deseaba tanto... que le asustaba hasta hacerle temblar, pero más miedo le daba volver a perderla.

La tumbó sobre la alfombra que momentos antes había tenido tantos pies diferentes sobre ella y acarició su melena larga, su mejilla, su labio inferior, y la miró como nunca había mirado a nadie, sólo a ella... con esa mirada que le pertenecía desde aquella primera vez, aunque hubiese querido negarlo.

Y la volvió a besar y su lengua se perdió en el sabor de ella, y sus manos se llenaron de su calor, y su cuerpo y su alma se entregaron hasta no dejar nada dentro.

La ropa voló, algo cayó dentro del fuego de la chimenea, arrancándoles una sonrisa olvidada, una de esas sinceras, de las de verdad, cómplices.

El olor les molestó un segundo, pero quedó relegado todo cuando la piel desnuda de Tereza brilló por el fuego, otorgándole ese tono tostado tan atractivo que daba ganas de comérsela.

Y eso iba a hacer: engullirla. Sería suya, sólo suya, de nadie más... como debería haber sido hacía tantos años y, a pesar de ello, no le era extraña. Era lo más natural. Eran ellos... juntos... como si el tiempo no hubiese transcurrido, como si los besos que se dieron no hubiesen dejado cicatrices.

Y la penetró despacio, con reverencia, disfrutando de cada centímetro apretado de su interior, gimiendo cuando su húmeda suavidad lo envolvió y cuando lo acogió tan adentro que sintió que tocaba su alma.

Y juntos llegaron al clímax, en el que liberaron los miedos y la soledad que los había atormentado durante esos años, y supieron, cuando sus jadeos se mezclaron en uno solo, que nunca más estarían incompletos.

Abrazados, se dejaron arropar por el suave manto de un sopor que los llevó a

ese sitio en el que nada malo les había sucedido, a ese mundo dentro de sus mentes en el que habían sido felices durante las largas y solitarias noches en las que habían estado alejados; en ese mundo particular en el que todo era posible y en el que se habían seguido amando.

Ese mundo que por fin podía volverse real.

* * *

La mañana llegó en forma de trino de pájaros. El sol entraba por la ventana y caía sobre el cuerpo desnudo de Benji. El fuego en la chimenea agonizaba y los restos de su pasión ardían con suavidad. Las braguitas eran lo que había caído al fuego y se habían consumido mezclándose con las cenizas.

Observó la piel de Benji y vio las marcas, las cicatrices de las operaciones... su cuerpo seguía siendo atractivo, estaba en forma, fuerte... cada músculo contorneado como cuando lo conoció; la pierna izquierda se había llevado la peor parte y aparecía deformada por la hendidura que tenía. Se la habrían hecho puré, seguro. Había pasado por más de una intervención quirúrgica, lo podía ver con claridad. Y le había quedado una leve cojera. Tal vez no pudiese volver a salvar vidas, pero había salvado la suya y eso era mucho. Todavía recordaba cómo fue testigo del final de la vida de aquel joven, frente a sus ojos, y de nuevo pensó en él... en su hermano. ¿Sería el mismo chico? Tenía que serlo; según él, todo empezó por aquella época, en la que ella se largó. Y ése fue el principal motivo. ¿Cómo pudo creer a su padre? No debería haberlo hecho, jamás.

Se levantó y se dirigió a la ducha sin hacer ruido. No quería molestarlo, parecía... en paz.

También debía de haber sufrido mucho por todo. ¿Cómo se tomaría Ben saber que tenía padre?, ¿que ese hombre era su papá? ¿Lo aceptaría? ¿Y ella? ¿Estaba de verdad preparada para olvidar todo lo ocurrido y seguir adelante?

Por su propio bien esperaba que sí, porque ya no tenía fuerzas para volver a pasar por el duelo de un corazón destrozado.

El agua caliente cayó por su cuerpo y sonrió cerrando los ojos para evocar la noche que habían pasado. Había sido tan fantástico como lo recordaba. Siempre había sido él. Nunca habría funcionado con otro. Era él. No entendía por qué entre ellos todo había sido extraño, desde la forma en la que se conocieron hasta

la manera en la que se habían reencontrado... pero pensaba disfrutarlo, tenerlo, vivir todo lo que se habían perdido. Le enseñaría las fotos de Ben que había guardado en álbumes durante esos años y le contaría anécdotas: la caída desde la trona, el día que dio su primer paso, cuando mordió el rabo de aquel perro... todo.

—¿Puedo? —la interrumpió su voz.

La cortina de la ducha se abrió y Ben pasó dentro, con ella. Tereza sintió un pellizco en el corazón cuando se dio cuenta del gesto de dolor que él pretendió ocultar al entrar en la bañera. No debería sentirse culpable, pero ¿cómo no hacerlo cuando el que había dado la orden de acabar con ese hombre era su propio padre? Claro que sentía que parte de la responsabilidad era suya, porque además lo había ordenado justo cuando le mintió a la cara y le dijo que la había abandonado por un puñado de euros.

Lo odiaba. Más que nunca. No quería volver a saber nada de él. Le había hecho daño... le arrebató a su madre, aunque él lo negara, le arrebató a Elisa, su oportunidad de ser feliz, se lo había quitado todo. Pero ya no más, no dejaría que la sombra oscura y alargada del Dragón se interpusiera más entre ella y su felicidad. Perdonaría a Benji, lo creía. Él era su futuro, su felicidad, y a partir de entonces sería a su padre y su recuerdo a los que enterrase en el olvido.

—Siempre podrás —contestó besándolo de nuevo.

El agua caía sobre sus cuerpos desnudos. Tereza miró el del hombre que amaba; lo sabía, aunque fuera una locura, aunque fuese casi imposible, era así. Acarició cada una de las cicatrices, besó cada una de ellas por igual. Sabía que había besos que dejaban cicatrices, pero también había besos que las sanaban, que las cerraban e incluso que lograban hacer desaparecer algunas, y ella tenía besos de sobra y él los necesitaba.

Sus cuerpos de nuevo se unieron en esa danza especial que sólo ocurría cuando ambos estaban juntos. Ben la giró para dejarla de cara a los azulejos, apartó la larga y mojada melena y besó su cuello a la vez que acariciaba sus senos. Los pezones se elevaron como por efecto de un frío que no era tal y por ellos goteó el agua de la ducha que quedaba en ellos. Era preciosa. Era suya. A pesar del tiempo, a pesar de todo el dolor, seguía siendo suya y no iba a desaprovechar esa nueva oportunidad.

Sus manos se aferraron a sus senos y la penetró desde atrás. Estaba tan

deliciosamente húmeda que parecía una maldición. La invadió con fuerza y la hizo llegar a un orgasmo tan salvaje como lo estaba siendo su encuentro. Nada de delicadeces, nada de romance, sólo sexo desesperado, deseo y pasión desmedidos... como lo era su amor por ella.

* * *

Una vez vestidos, se dispusieron a salir para ir a recoger a Ben. Habían decidido no llevarlo al colegio. Tenían mucho de lo que hablar y no querían postergarlo más.

No sabían cómo lo iban a hacer, pero había que hacerlo. Era como si ambos temiesen que el otro se arrepintiera si el proceso se alargaba. Las palabras sobraban, estaban todas dichas. Había llegado el momento de actuar, de acabar las cosas que se habían quedado a medias.

Cuando Tereza abrió la puerta para ir a casa de Elena, se la encontró en la puerta con el rostro descompuesto y plagado de amargas lágrimas.

Sólo necesitó oír las primeras palabras para saber con exactitud qué había pasado.

—Tereza, ¡se lo han llevado!

CAPÍTULO 25

Elisa lo conocía tan bien que no necesitaron intercambiar ni una sola palabra. Cuando lo vio aparecer frente al hostel en el que se alojaban, salió sin decirle nada a Voris. Prefería que el asunto quedase entre ellos; de todas formas, lo tenía asumido. Tarde o temprano la encontraría y llegaría su fin. Se había preparado mentalmente para ello, desde que lo conocía. Para ser honestos, debía admitir que había sobrevivido mucho más de lo que habría creído posible en un principio... y los últimos años habían sido especiales, pues había sido amada de verdad y había amado con todo su ser... o lo que quedaba de él.

Ése había sido el motivo por el que no advirtió a Voris, porque no deseaba que acabara como ella, atrapado por Dragos. No se lo merecía. Se merecía ser feliz. Aunque al principio la echaría de menos, estaba segura de que, al final, encontraría a otra mujer a quien amar, alguien que lo mereciera más que ella, alguien que no tuviese una sentencia de muerte pendiendo de un hilo sobre su cabeza.

Así que, cuando lo vio por la ventana del hostel de dos plantas, se escabulló de la habitación y se dirigió hacia el lugar donde sabía que la aguardaba. Habían pasado tantos años juntos que cada uno conocía a la perfección el modo de actuar del otro.

—Cuánto tiempo, amor.

—No el suficiente.

—Creía que me habrías echado de menos.

—Nada más lejos de la realidad.

—Pues yo he pensado mucho en ti.

—Puedo adivinar en qué dirección iban esos pensamientos —replicó seria.

Caminó a su lado; no tuvo que forzarla ni apuntarla con un arma. Sabía que no iba a hacer ningún intento por escapar. Lo seguiría, dejaría que pusiera fin a su vida. No pelearía. Había ido a avisar a Tereza, lo había conseguido y era consciente del precio que debía pagar; no le importaba que fuera con su propia vida.

De repente se vio atrapada por los musculosos brazos de Dragos y notó cómo la besaba con violencia. Sintió una repulsión tan grande que su cuerpo se dobló en dos, pero aguantó las ganas de vomitar con indolencia. No podía dejar que pensara que activaba algún sentimiento en ella, ninguno.

Dragos se enfureció, tal como Elisa había previsto. No era el único que sabía jugar a ese juego, también ella, sólo que le costaba mucho más olvidar las escasas reglas. Al notar que su beso no surtía ningún efecto en ella, cogió fuerza y le golpeó el rostro.

Elisa no dijo nada, tan sólo perdió un poco el paso y se inclinó hacia atrás. Se recompuso y lo enfrentó, sin mostrar miedo, echando mano de un falso valor que había practicado tanto que parecía real.

—Zorra —escupió con ira.

—Ya no tienes el poder de hacerme daño, Dragón —dijo con voz suave y firme—, lo perdiste hace mucho. Ya no eres ni la sombra de lo que fuiste.

Dragos levantó la mano dispuesto a abofetearla otra vez, pero se detuvo y sonrió; acababa de descubrir otra forma de lastimarla, de hacerle daño de verdad.

—Sube al coche —pidió.

Elisa obedeció sin pensarlo, sin titubear. Sabía lo que le esperaba, tan sólo rogaba que el fuego del Dragón la consumiera con rapidez. Desde unos arbustos lejanos, Trudy apretaba los dientes. Quería matarlo. Le cortaría la cola y se la haría tragar. Dio un paso adelante con la intención de ir a por él y rescatar a Elisa, a Tereza, a Benji y a ella misma de ese animal que no sabía hacer nada más que provocar dolor y muerte allí por donde pasaba.

—Arias, ni se te ocurra —ordenó Ferrer.

—No puedo consentir que... —empezó a protestar, hasta que se dio cuenta de lo que el teniente le indicaba—. Mierda.

—Sí, mierda. Tenemos que dividirnos. Ve a avisar a la madre, no sabemos si hay alguien más con él ni si los demás estarán a salvo. Yo los seguiré.

—No, yo los seguiré.

—¡Joder, nena! Siempre tienes que correr hacia el peligro.

—Ferrer, es mío. Necesito acabar con esto.

—¿Tuyo? Era mi caso hasta que llegó una rubia cañón y loca y se metió por medio.

—Lo siento, Ferrer, pero no voy a ceder.

—Estás loca, Gertrudis.

—Si vuelves a llamarme así, te corto los huevos y se los meto al Dragón en la boca para que los abra con el fuego que va a exhalar mientras acabo con él.

—No puedo evitar que vayas, ¿verdad?

—No, no puedes.

—Está bien, pero mantente a salvo y no hagas ninguna locura. Avisa cuando tengas la localización de a dónde los lleva. Estaré allí en un suspiro. No voy a permitir que te ocurra nada.

Trudy sonrió. Nacho siempre se ponía protector cuando tenía que meterse en una misión hasta el fondo, pero al final acababa claudicando, pues le costaba mucho decirle que no. Era esa vena de héroe que tenía y que lo hacía tan malditamente atractivo, tanto que en ese momento sintió unas ganas tremendas de follárselo entre los árboles.

—No te preocupes, teniente, cuidaré de que no me ocurra nada. ¿Todavía no te has percatado de que no necesito que me salves?

—¡Joder, nena! Lo sé y eso te hace más atractiva si cabe —rugió, agarrándola con fuerza para darle un beso intenso.

—Te quiero, Nacho —murmuró sin aliento—, pero ahora tengo que ir tras ellos.

—Que no se den cuenta de que los sigues.

—Seré invisible. ¿Cómo vas a avisarlos?

—Llamaré a Benji por teléfono y le explicaré la situación. No te preocupes por eso.

—Está bien, nos vemos.

—Más te vale.

Trudy sonrió pícara, dejó un suave beso en sus labios y, todavía con la boca sobre la de Ferrer, susurró:

—Te lo compensaré.

—Vas a tener que esforzarte. Mucho.

—Vale, te dejaré hacérmelo «al estilo lechuga».

Y con la risa flotando a sus espaldas, se subió al vehículo y dejó a Ferrer más caliente que el infierno en el que iba a volver a adentrarse.

* * *

Benjamin estaba alterado. Oía una y otra vez lo que explicaba la vecina de Tereza. Parecía que su condena no iba a tener fin; era una tortura larga y pesada y sintió que le faltaban las fuerzas. Elena contaba repetitivamente que, cuando había ido a despertar al pequeño Ben para desayunar, había encontrado su cama vacía; primero había pensado que estaba en el baño, pero, tras recorrer varias veces la casa, se percató de que el niño no estaba y acto seguido había agarrado al suyo en brazos y había acudido a toda prisa a avisarlos.

Él tenía claro que todas las sospechas recaían sobre Dragos y esa certeza se pegaba a sus hombros, haciéndolos más pesados. Benji necesitó sentarse para intentar pensar con claridad. Tereza lloraba mientras pedía a Elena que le contase de nuevo dónde había buscado... ¿tal vez habría vuelto a casa?, ¿quizá se había ido a jugar al jardín?, ¿habían mirado bien en todos los sitios posibles?, ¿estaba la cerradura forzada?, ¿había signos de que alguien hubiese entrado en la vivienda?

—¡Ha sido él! —gritó fuera de sí Tereza.

Benjamin, al oírla, se levantó y notó cómo su pierna izquierda le fallaba. Le dolía horrores, pero no podía detenerse a pensar en eso. Se acercó y la abrazó con fuerza. Teresa levantó la mirada y la impresionó ver que él parecía tan afectado como ella a pesar de que apenas conocía al que era su hijo.

—¿Quién lo tiene? —preguntó la vecina, aturdida.

—Elena, no te preocupes, está con su abuelo. —Tereza trató de sonreír para calmar a su amiga.

Aunque estaba muy lejos de sentir calma, no deseaba entrar en cosas íntimas estando Elena presente y necesitaba que se fuera a su casa tranquila, creyendo que todo estaba aclarado.

—Entonces, ¿todo está bien?

—Sí, no te preocupes. —Sonrió con falsedad.

—¿Seguro?

—De verdad, Elena —mintió secándose las lágrimas.

—Estupendo, pero, cuando vuelva, por favor, avísame.

—Lo haré, no te preocupes. Gracias por todo y lamento el susto.

Elena asintió y salió por la puerta con paso trémulo. No estaba segura de nada, pero se dijo que, si la madre del crío estaba tranquila, eso debía significar que todo estaba solucionado.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Tereza se desplomó sobre una silla y empezó a llorar sin control.

—¡Hijo de puta! —gritó—. ¡Se lo ha llevado! ¡Ha tenido que ser él!

Benji iba a abrir la boca, pero no pudo. Su teléfono vibró y al ver que era Ferrer contestó sin dudarlo, parecía que había caído del cielo. No podría haber recibido la llamada en mejor momento.

Tereza apenas notó que Ben hablaba entre murmullos, sumida, como estaba, en el dolor que le causaba pensar en qué sería capaz de hacerle su padre a su hijo. ¿Estaría a salvo Elisa?

—Entendido, salgo ahora mismo.

—¿Qué sucede? —preguntó entre hipidos.

—Era Ferrer. Tiene también a Elisa. Los han visto. Están con vida, todavía —añadió en voz más baja—. La teniente Arias los está siguiendo; va a ver dónde se oculta con ellos y, en cuanto lo sepa, lo pondrá sobre aviso. Tengo que ir a recoger a Nacho porque Arias se ha llevado el coche para seguirlos.

—¿También a Elisa? Va a hacerles daño, Benjamin, lo sé —murmuró con voz trémula.

—Arias lo tiene vigilado. No te preocupes, Trudy no dejará que nada malo le suceda a nuestro hijo ni a Elisa.

En cuanto lo hubo dicho, supo que lo había hecho, más que para convencer a Tereza para convencerse a sí mismo. Él había sentido en sus propias carnes la ira de Dragos.

¿Es que ese demonio iba a perseguirlo toda la vida? ¿No iba a darle ninguna tregua? ¿No se merecía ser feliz? Tal vez no; había hecho mucho daño tratando de vengar a su hermano, quizá sólo tenía lo que se merecía.

—Está bien —murmuró ella.

—Enseguida vuelvo, ellos se encargarán de todo. No le pasará nada, Tereza, te lo prometo.

—Quiero creerte, pero no olvides que es de mi padre de quien hablamos; lo conozco.

Ben asintió, no podía decir nada a favor de esa bestia que tenía como padre, así que salió por la puerta tan rápido como su pierna se lo permitió y condujo hasta el lugar que Ferrer le había indicado.

CAPÍTULO 26

Trudy había tomado todas las precauciones posibles, y por eso mismo aparcó a una distancia prudencial de donde lo había hecho Dragos. Estaban en una zona de acampada a las afueras de Córdoba. Se puso a caminar con el fin de eliminar el espacio que la separaba de donde estaba él y, antes de continuar, compartió su ubicación con Ferrer.

Estaba más lejos de lo que le había parecido en un primer momento, por lo que se dijo que tardaría más de lo previsto en llegar, pero lo haría a tiempo, siempre lo hacía. No se veía a nadie alrededor, ni tampoco alguna otra cabaña o tienda, aparte de la de Dragos. De todas formas, pensó que, por si acaso, debía actuar como si fuera una turista más. Sacó del maletero una gorra y ocultó su pelo con ella; después se puso unas gafas de sol, escondió su arma en una de sus botas y se ató la camiseta de algodón a un lado... ¡como si tuviese mucho calor en las fechas que estaban!, pero todos los guiris iban así, ¿verdad?

Trató de convencerse de que tenía calor; corría sangre inglesa por sus venas, así que no debería resultarle tan complicado. Suspiró y anduvo lo bastante rápido como para ver que Dragos llevaba al niño en brazos; éste parecía dormido. ¿Inconsciente o drogado? Casi podía asegurar que lo había drogado con alguna de esas mierdas que usaban también para las chicas. Elisa lo seguía con paso lento, pero seguro. Parecía resignada. Siempre la había admirado y en ese momento todavía más. Enfrentaba su destino con una entereza que pocos hombres demostraban en una situación así; la mayoría de ellos lloraba sin parar cuando veía las orejas al lobo, o el fuego del Dragón, en este caso.

Trudy se acercó lo que pudo a la cabaña. Era de madera oscura y sólo tenía un par de ventanas, que no dejaban nada a la vista gracias a las cortinas opacas

que colgaban de ellas.

Decidió esperar. ¿Qué más podía hacer? No podía llamar, entrar y tomar un café tan tranquila con Elisa y Dragos, ¿verdad? Si pudiera hacerlo, entrar, ¿se atrevería Dragos a dispararles allí mismo a todos? Por supuesto que sí. Estaban a solas. En realidad no había nadie cerca y, si decidía acabar con ellos, luego tendría tiempo de hacer un agujero profundo donde quemar sus cuerpos y dificultar así su identificación.

—Joder, Trudy, piensa —se dijo tratando de trazar un plan, pero no tuvo tiempo, pues oyó un grito y el llanto del crío, así que decidió correr a toda prisa hasta llegar a la casa y golpear con todas sus fuerzas la puerta. Cuando estaba llegando a la puerta, ésta se abrió sin previo aviso y la teniente pasó a toda velocidad por ella, estrellándose contra una de las paredes de madera.

—Vaya, esto sí que es una verdadera sorpresa. Una encantadora sorpresa, he de añadir.

Dragos cerró de nuevo la puerta, olvidando para qué iba a salir, y la atrancó. Trudy respiraba agitada; miró alrededor para descubrir a Elisa tirada en el suelo abrazando al niño, quien lloraba desconsolado. La sangre brotaba del rostro de la mujer. No podía estar segura de si era de la nariz o del labio, pero el muy cabrón la había golpeado de nuevo.

—Si vuelves a ponerle una de tus garras encima, te mataré.

—Siempre me gustó tu arrojo. Te diré qué haremos: primero me la cargaré a ella y, después, antes de acabar contigo, te marcaré. Me gustaría ver la cara de Ferrer mientras le dicen que tienes restos de mí entre tus piernas.

—Eres un pedazo de...

—No olvides, teniente, que hay niños delante.

—Déjalo ir. Déjalos ir. Me tienes a mí.

—Es tentador, pero no, gracias. El chico se vendrá conmigo, a Rusia. Allí le enseñaré el negocio familiar. Ahora tengo a quién dejar la herencia. —Rio.

—No te atreverás —siseó Elisa, furiosa.

—Calla, tú eres prescindible.

—No vas a volver a tocarla —rugió Trudy echando mano a la pistola, pero Dragos contaba con ello y fue más rápido, así que, antes de que pudiese coger el arma, se la quitó.

—¿Pensabas que no iba a darme cuenta?

—Esperaba que me diera tiempo a volarte la cabeza.

—Nena, siempre me dices esas cosas... tan románticas, que no puedo contenerme.

Tras esas palabras, la besó. No era la primera vez y, como en las demás ocasiones, fue igual de brusco y desagradable. Ella no se rindió: le mordió la lengua en el momento en el que la introdujo en la boca.

—Zorra.

—Soy una chica de costumbres. —Sonrió.

Dragos levantó la mano y la golpeó con fuerza, tumbándola hacia atrás.

—Vaya —Trudy sonrió de nuevo—, veo que estás perdiendo tu fiereza. Será la edad. Apenas si me he enterado.

Dragos se enfureció y la golpeó otra vez, con más potencia, lo que hizo que cayera hacia atrás y su espalda impactara contra la pared de madera.

La teniente volvió a sonreír tragándose las lágrimas. Le dolía horrores, pero no iba a dejar que él lo supiera. Ya ajustarían cuentas; en ese preciso instante sólo necesitaba entretenerlo un rato más. Hacía ya algo más de quince minutos, si no se equivocaba, que había facilitado la ubicación. Ferrer no debería tardar mucho más, no debería...

—Bueno, Dragón, ése ha estado un poco mejor.

—¿Te ha gustado, zorra?

—Oh, sí.

—Sabía que te iba la marcha. —Rio—. ¿Dónde está ahora Khaos? ¿No piensa venir a salvarte?

El silencio se cernió sobre ellos. Trudy no quería que supiera más de lo necesario y no debía descubrir que Nacho estaba a punto de llegar.

—Lo imaginaba, te conozco. No le has dicho nada, igual que las otras veces. Tienes demasiado carácter para tu propio bien. —Dragos se carcajeó.

Entonces se colocó sobre ella y empezó a besarla de nuevo con ese deseo que más parecía necesidad... una necesidad de someterla a la que no se podía resistir. Trudy intentó apartar la cara, alejarse de sus manos, pero la verdad era que tenía demasiado lastimada la espalda y el costado como para poder revolverse y zafarse de Dragos. Cada maldito movimiento le hacía derramar una amarga lágrima.

Entonces recordó que no estaban solos... ¿No sería capaz, no?

—Está tu nieto delante. ¿Piensas violarme con él mirando? —murmuró.

—¡Que aprenda! —gritó frenético.

Trudy empezó a sentir miedo, del de verdad, de ese que te deja inmóvil, sin poder hacer nada salvo pensar en cosas que parecen no tener sentido. Pensó en la primera vez que se encontró con Ferrer, en los años que habían pasado desde entonces, en lo mucho que lo amaba y en que todo iba a acabar para ella. Ni siquiera tenía claro cuándo se enamoró de él... Tal vez cuando la llevó en brazos después de su caída o justo después de mantener relaciones con él. No... Fue cuando, sin ni siquiera haberlo visto, puso su mundo patas arribas. Ella aún no lo sabía, pero su alma lo había adivinado: era él.

Y en breve iba a morir bajo el peso de Dragos y no podía hacer nada, excepto tratar de hacerlo durar lo máximo posible para darle tiempo a Ferrer a llegar y que la encontrase... a ella o lo que quedara de ella.

Dragos empezó a quitarse la camisa a toda prisa, dedicándole miradas propias de lo que era, un depredador. Dejó su pecho, aún musculado, desnudo y volvió al ataque. Pegó un tirón de la camiseta de Arias con tanta fuerza que le hizo daño y lastimó su piel, y después rompió el sujetador, dejando sus pechos al aire.

Al verlos, sus ojos se velaron de deseo y los acarició sin control. Por fin, después de tanto tiempo soñando con eso, lo iba a obtener. Otro trofeo más. La suerte le sonreía. Cuando acabara con la zorra de Elisa, se llevaría al niño lejos. El crío no tardaría en olvidar a Tereza; era pequeño y maleable y no le costaría trabajo convencerlo de que su madre había sido una zorra porque lo abandonó, y que él fue el único dispuesto a cuidarlo.

Trudy empezó a sentir que se mareaba; tuvo ganas de vomitar, de doblarse en dos del dolor, y ya no pudo contenerse más y trató de liberarse. Apretó los dientes; no estaba dispuesta a que la viera llorar, aunque eso era exactamente lo que deseaba.

—Déjame, apártate de mí.

—No. Voy a terminar lo que empecé aquella lejana noche.

—Nunca, ¿me oyes? Nunca te lo permitiré.

—¿No? Creo que te equivocas, ya está sucediendo.

—Por encima de mi cadáver, cabrón.

—No sería la primera vez, Mía —la llamó con el apodo que el Ángel le

había dado hacía ya tanto tiempo.

Ese recuerdo le trajo otro más doloroso, aquel en el que se vio en una situación parecida a ésta, ese momento en el que tuvo que vender parte de su alma y yacer con un demonio, sólo que en aquel entonces Ferrer no era una parte tan importante en su vida como sí lo era en la actualidad.

—¡Déjala! —gritó Elisa, golpeándolo—. Déjala. ¿No me querías a mí? ¡Aquí me tienes!

Era la primera vez que lo enfrentaba. Elisa había escondido al crío en el pequeño baño y le había dicho que echase el cerrojo y no lo abriese hasta que su madre o la policía acudieran a rescatarlos. Había protegido al inocente niño todo lo que se lo había permitido el reducido espacio, y ya era hora de enfrentarse a ese hombre que no había hecho otra cosa que lastimarla.

—Vaya, vaya. ¡Qué divertido! ¿Te atreves, Elisa, a darme órdenes? Parece que Voris te ha dado algo de valor... no está mal. Me gusta. Me pone.

Trudy se vio libre de él por unos instantes y se incorporó para tomar aire. Tenía rasguños y sangre repartidos por todo el pecho. Estaba hecha una puta pena. Ferrer iba a matarla, eso si no lo hacía antes Dragos.

—Aléjate de ella, Dragos —murmuró casi sin aliento.

—Calla, nadie te ha invitado a esta pequeña fiesta. No tardaré, Elisa, será rápido. La zorra de Mía me ha puesto a cien. ¿Me echabas de menos?

—Ni un solo instante.

El puñetazo sonó tan fuerte como el desplome de Elisa. Cayó hacia atrás y se golpeó contra la madera de la cabaña. Trudy se incorporó, sacando fuerzas de no supo dónde, y se abalanzó sobre Dragos. Se encaramó a él y le mordió una oreja con firmeza, tiró y le arrancó un trozo.

—¡Hija de perra! —aulló.

Y en ese instante se impulsó hacia atrás, hasta que la pared los detuvo. Trudy percibió cada uno de sus huesos romperse; estaba segura de que al menos un par de costillas se habían fracturado. Ahogó un grito que reverberó en su pecho y que la dejó sin aire. La fuerza hizo que lo soltara y que se rindiera a un sopor agradable en el que apenas sentía dolor.

Sus ojos se velaron mirando hacia el techo y empezó a dejarse ir a ese mundo de sombras en el que sólo estaban Nacho y ella. Nacho... ¿por qué no llegaba? ¿Qué le había ocurrido?

* * *

Estaban en casa de Tereza sopesando las posibilidades mientras esperaban a que Trudy les indicara dónde debían ir. Tereza no entendía qué pretendía su padre llevándose a su pequeño, ni a Elisa, pero las más oscuras posibilidades se le pasaron por la cabeza y todas la aterraron. El móvil de Ferrer sonó; había recibido la ubicación, por fin, y se puso nervioso.

—Necesito tu coche, Benji. Ya tengo la dirección. Voy a dar el aviso al cuartel para facilitar la dirección y me largo. No puedo esperar a que lleguen, no me fío de Trudy, esa mujer es capaz de cualquier locura.

—No puedes ir solo, te acompañaré —afirmó Benjamin.

—Es mi hijo, yo iré también —afirmó Tereza.

—Yo también —soltó Voris, que nada más descubrir que Elisa no estaba, acudió a ellos—, tiene a mi esposa.

—Está bien, no quiero perder más tiempo. Subid al coche. Todos. Sólo os pediré una cosa: quedaos al margen, esto es trabajo para mí.

Todos estuvieron de acuerdo y asintieron, aunque el teniente tuvo claro que ninguno iba a obedecer y que serían más un estorbo que una ayuda, pero también sabía que no iba a haber forma de irse sin ellos y no quería perder más tiempo.

Una vez en el vehículo apretó a fondo el acelerador y puso rumbo al lugar que Trudy le había indicado.

* * *

Aparcó justo al lado de su coche. No había ni rastro de Trudy, ¡mierda! Como siempre, no le había hecho ni caso. Maldecía para sí cuando oyó un grito y varios ruidos sordos. Algo iba mal, muy mal. Echó a correr hacia el sitio del que procedían los gritos, una cabaña de madera solitaria en la que sin duda estaban.

—¡Hija de perra! —oyó a Dragos gritar.

No le hizo falta estar dentro para saber que se lo decía a Trudy; captó el estruendo, el jadeo ahogado, casi agonizante, y se asustó. Los golpes y los ruidos se intensificaron y Ferrer no esperó más y atacó con fuerza la puerta, que cedió

al cabo de dos firmes empujones; al abrir se encontró a Dragos casi desnudo sobre Trudy. Elisa lo miraba horrorizada y él le hizo una señal para que saliera. Ella asintió con la cabeza y se levantó. Voris apareció justo tras la ancha espalda de Ferrer y la cogió por la cintura en volandas para ponerla a salvo.

—El niño —susurró—, está en el baño.

—Allí no correrá peligro. Corre, ve con Tereza.

Elisa obedeció y no sin dificultad se alejó de la cabaña hacia la zona donde Tereza esperaba acompañada de Benji, que al verla llegar se acercó a ayudarla.

—¿Y Ben? —gritó Tereza, asustada.

—Está bien; lo he escondido en el baño.

—Iré a buscarlo —dijo él, decidido.

—Benji —lo llamó Tereza —, ten cuidado.

—Lo traeré sano y salvo —prometió.

Se acercó lo más rápido que pudo a la cabaña. Al llegar, vio que Dragos sonreía con la mirada perdida. Ferrer apretaba su cuello y lo estaba dejando sin oxígeno.

—Hay que detenerlo —le murmuró a Voris.

—Déjalo que acabe de una vez por todas con él. Se lo merece.

—Sí, se lo merece, pero creo que es mejor que de eso se encargue la justicia.

—La justicia nunca es justa ni suficiente para alguien como él.

—Tal vez, pero no puedo dejar que acabe con él. Se arrepentirá toda su vida.

—No lo creo.

—¿Que se arrepienta?

—Ni que puedas detenerlo; he visto esa mirada demasiadas veces, ese odio profundo que destruye hasta lo más sagrado.

—Tengo que intentarlo. Ferrer —lo llamó—, déjalo. Ya es suficiente.

—¿Suficiente? ¿Has visto lo que ha hecho con Trudy? ¡Ni siquiera estoy seguro de que siga con vida! ¡Este hijo de puta va a ir directo al infierno!

—Voy a comprobar cómo está —susurró.

Benjamin se acercó a Trudy; tenía mal color, estaba demasiado pálida y su torso presentaba graves contusiones. Tenía como poco varias costillas rotas y seguro que necesitaba atención médica.

Se agachó y comprobó que tenía pulso; le dio unos suaves golpes en la mejilla y ésta pareció volver en sí.

—Arias, Arias, ¿estás bien?

—¡Joder! No, me duele todo —balbuceó.

—Ferrer va a matar a Dragos.

Esas palabras parecieron activar algo en su mente y buscó a su compañero con la mirada.

—Nacho, no. Nuestro trabajo ya está hecho. Lo tenemos... —susurró, pues no era capaz de nada más.

—¿Trudy? ¿Estás bien?

—Saldré de ésta y te quiero a mi lado, así que deja a ese cabrón.

Ferrer pareció reaccionar y lanzó a Dragos al suelo con fuerza para acercarse a Trudy; necesitaba comprobar que de verdad estaba fuera de peligro.

Benji se alejó, dejándoles espacio, y se acercó al baño; una vez allí tocó a la puerta para sacar al pequeño, que sin duda tenía que estar muy asustado.

—Ben, soy Benji, el amigo de tu mamá, abre. Te llevaré con ella.

—No, la señora me dijo que no abriera a nadie.

—¿Ni siquiera a la policía? —intentó convencerlo.

—Sí, a ellos sí.

—Pues abre, están aquí.

El crío descorrió el cerrojo y abrió la puerta con cautela. En cuanto Benjamin vio que la puerta se abría, empujó con suavidad y sacó al chiquillo de allí, seguido de Voris.

Ferrer se incorporó en busca de algo con lo que tapar a Trudy para sacarla de ese infernal lugar; Tereza tendría que asistirle mientras llegaba la ambulancia, pero iba a salir de ésta, tenía que salir de ésta.

Se acercó a la puerta, donde, tirada en el suelo, descubrió una manta con la que podría cubrir el cuerpo de la teniente; se agachó a recogerla y, cuando iba a incorporarse, sintió amortillado un arma sobre su nuca.

Se había descuidado y ese cabrón se había aprovechado de la situación. Iba a volarle la tapa de los sesos; moriría, pero no era eso lo que le preocupaba, lo que de verdad le dolía era pensar que Trudy iba a quedar desprotegida en manos de ese cerdo.

—Vas a ir al infierno, Khaos. Tal vez allí seas bien recibido.

—Te esperaré con ansias. No creas que te vas a salir con la tuya.

—¿No? Me parece que sí —se carcajeó—. Por lo pronto, te puedes ir

tranquilo. La voy a cuidar bien... muy bien. La dejaré satisfecha, te lo prometo.

Ferrer apretó tanto los dientes que pensó que éstos iban a salir disparados como balines. Dragos era un cabrón con suerte. Tenía que pensar en cómo cambiar la situación; no podía dejarse vencer, no podía dejarla, ¡maldita fuera! No estaba listo para despedirse de ella, no le había dicho suficientes veces que la quería y, ¡demonios!, la amaba como nunca pensó amar a nadie.

Dragos sonrió, triunfal. Iba a enterrar a Khaos, contra todo pronóstico.

—Fuera están Benji y Voris, y vendrán refuerzos, no te vas a salir con la tuya.

—Puede, pero ¿sabes?... Antes de irme acabaré contigo y me follaré a esa puta que lleva pidiéndolo a gritos desde que me conoció.

—Estás loco si crees que ella te ha deseado alguna vez.

—Claro que sí, sólo que no quiere reconocerlo. Ahora, despídete.

—Despídete tú, cabrón —murmuró Trudy, clavándole a fondo la navaja que siempre llevaba encima.

Tal vez la había desprovisto del arma, pero no de su navaja. Tan sólo había necesitado la oportunidad para sacarla sin ser vista, y la arrogancia de Dragos se la había facilitado.

Una vez dentro de su carne, la retorció, deseando que fuera el final de ese demonio que no era capaz de nada que no fuera sembrar el mal.

Ferrer se dio la vuelta en cuanto oyó la voz de Trudy; miró a Dragos, que perdía la fuerza por los ojos, cuya mirada cada vez estaba más y más vacía, desprovista de cualquier sentimiento que no fuese el miedo.

Era consciente de que se estaba muriendo, y Trudy lo fue también. Se alejó dejando el puñal hundido en Dragos y se dejó caer llorando contra la pared. Dragos cayó a la vez, de rodillas, se llevó una mano al abdomen y su mano quedó manchada por la sangre que salía a raudales de su cuerpo.

La teniente supo que había tocado algún órgano vital y que no iban a llegar a tiempo para salvarlo, ¿o sí? Su hija, Tereza, estaba fuera, era médica, así que sabría cómo actuar.

—Tereza —empezó a llamarla—, Tereza.

Al oír su nombre, ésta acudió rauda, dejando a su hijo fuera con su padre. Se acercó y vio a Dragos en el suelo, sobre un charco de sangre. Trudy estaba pálida, tenía serias contusiones en el torso y no parecía que fuese capaz de

permanecer consciente durante mucho más tiempo.

Tereza sabía que el hombre que le había dado la vida moriría si no hacía algo por evitarlo; sin embargo, no pudo, así que pasó por encima de éste, dedicándole una mirada de odio inmenso, y atendió a Trudy, que no supo qué decir.

—Tu padre...

—No tengo padre, y tú necesitas ayuda. Él no tiene salvación. —Y con esas palabras, su progenitor expiró su último aliento.

Todos se quedaron en silencio. Tereza atendió a Trudy entre lágrimas. Necesitaba llorar, aunque no tenía claro por qué; tal vez porque al fin eran libres.

EPÍLOGO

Regresaban de pasar el día en el parque cuando se percataron del coche que estaba parado frente a la puerta de casa. Tenían visita, una agradable. Desde hacía varios meses, Elisa pasaba un fin de semana de vez en cuando en Córdoba para estar con la única familia que tenía.

Tereza sonrió al ver cómo su hijo salía corriendo mientras la llamaba «abuela». Elisa siempre lo miraba de esa manera, como si en verdad lo fuera... y lo era, porque para Tereza ella había sido lo más parecido a una madre, al menos lo más parecido que su padre le había dejado ser.

Hacía ya muchas noches que dormía tranquila; su peor pesadilla yacía bajo tierra. Lloraba de vez en cuando, pero no de pena, sino de alivio, y eso la atormentaba en ocasiones; al fin y al cabo, era su padre, aunque sin él todos eran más felices.

La sorpresa llegó para la familia días después: su padre tenía un dinero ahorrado, legal... o por lo menos la ley lo dio como tal, y la única heredera había resultado ser ella. No tendrían que preocuparse nunca más por su futuro, ni tampoco sus hijos.

Acarició su barriga, pronto serían cuatro. Estaba feliz, pues podría compartir con Benjamin todo lo que no pudo hacer cuando se quedó embarazada de Ben. Por fin tenía todo lo que siempre había soñado, una familia de verdad, *su* familia.

—Ten cuidado, Ben —advirtió su padre.

Tereza no podía evitar sentir ese orgullo que llenaba su pecho cada vez que el pequeño lo llamaba «papá». El niño lo había aceptado de una forma tan natural que al principio ella temió durante días que al crío le diese una crisis o

que estuviese en *shock*, pero no había sido así, y sin duda todos estaban felices. Trudy se había recuperado bastante bien, aunque seguía de baja por las lesiones. Ferrer estuvo a punto de matarla, pero luego creyó que lo mejor que podía hacer era casarse con ella, así que le pidió matrimonio en la ambulancia, de camino al hospital, y la teniente se enfadó por el momento y lugar elegidos y lo golpeó en la cabeza.

En unos meses se casarían, en Londres, en la casa que la abuela de Arias tenía en las afueras, y estaban todos invitados. Tereza esperaba ese acontecimiento con muchas ganas, porque iban a aprovechar el viaje para hacer una visita a Escocia. Desde que era pequeña había soñado con ir allí y ver todos los paisajes con los que llevaba años soñando, así como a los hombres con falda, pero eso nunca se lo confesaría a Benjamin.

Benji le pasó el brazo por los hombros —nunca lo confesaba, pero muchas veces lo hacía para aliviar el dolor que la humedad y el frío causaban en su muslo— y caminaron juntos hacia su hogar.

Todos entraron en casa, como la familia feliz que habían logrado llegar a ser, a pesar del *khaos*, del infierno, del frío acero y de las cicatrices que llevaban dentro.

AGRADECIMIENTOS

Siempre tengo la sensación de que la parte más difícil de todas son los agradecimientos. No quiero dejar a nadie en el olvido, pero a veces es complicado cuando tienes tanto que agradecer como yo. Nunca esperé conseguir nada, ni siquiera imaginé que mis historias llegaran a los lectores, que esperasen la próxima historia o que me llenasen de regalos, no solo materiales sino de afecto.

He recibido tanto en estos más de cuatro años que tengo la sensación de que decir «Gracias» no es suficiente. Aun así, gracias a todos por ayudarme a realizar mis sueños, paso a paso.

Gracias a mi editora, Esther Escoriza, por estar siempre disponible y dispuesta tras cada llamada. Por tenderme una mano. Por confiar en mí, en mis locuras, en mis historias... en éstas en las que hay más verdad de la que me gustaría admitir.

Gracias al equipo de Planeta, por escucharme y tener en cuenta mis opiniones para las cubiertas que son el reflejo del alma que esconden dentro.

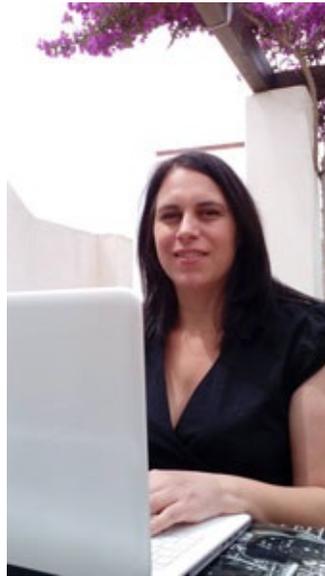
Gracias a mi familia por aguantar mis interminables encierros y por disfrutar de mi felicidad. Álvaro, qué decir que ya no sepas... sólo espero que después de estos años, este 10 de julio ya van a ser 14, tengas la certeza de que sin ti, sin tu apoyo y tu compañía nada sería posible. Esperaba poder este año, por nuestro aniversario, regalarte el jaguar que quieres, pero lo siento, no ha sido posible, tal vez el año próximo ;)

Gracias a mis compañeras, esas que siempre están ahí cuando las necesito y que han llegado a convertirse en una parte de mi vida. No doy nombres porque sabéis quiénes sois. Os quiero.

Y gracias a mis niñas del café antiestrés, porque sin esos superdesayunos me gastarían un montón de euros en masajes ;) Nos vemos el jueves.

En definitiva, gracias por darle una oportunidad a mis historias, gracias por dejaros arrastrar por el Khaos, por arder en el Infierno, por tratar de doblegar al Acero y por probar esos Besos que dejan Cicatrices.

BIOGRAFÍA



Alissa Brontë nació en Granada en 1978. Desde su adolescencia ha destacado como autora de literatura romántica, juvenil y fantástica, y ha sido galardonada durante tres años consecutivos en diversos certámenes literarios.

Bajo el seudónimo de María Valnez ha obtenido un notable éxito con sus libros autopublicados, *Devórame* y *Precisamente tú*. Entre sus títulos destaca el best seller *La Elección* y la serie *Operación Khaos*. En la actualidad reside en Sevilla con su marido y sus tres hijos.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

www.alissabronte.webs.com.

Besos que dejan cicatrices
Alissa Brontë

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Blackday / Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Alissa Brontë, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2018

ISBN: 978-84-08-19237-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

